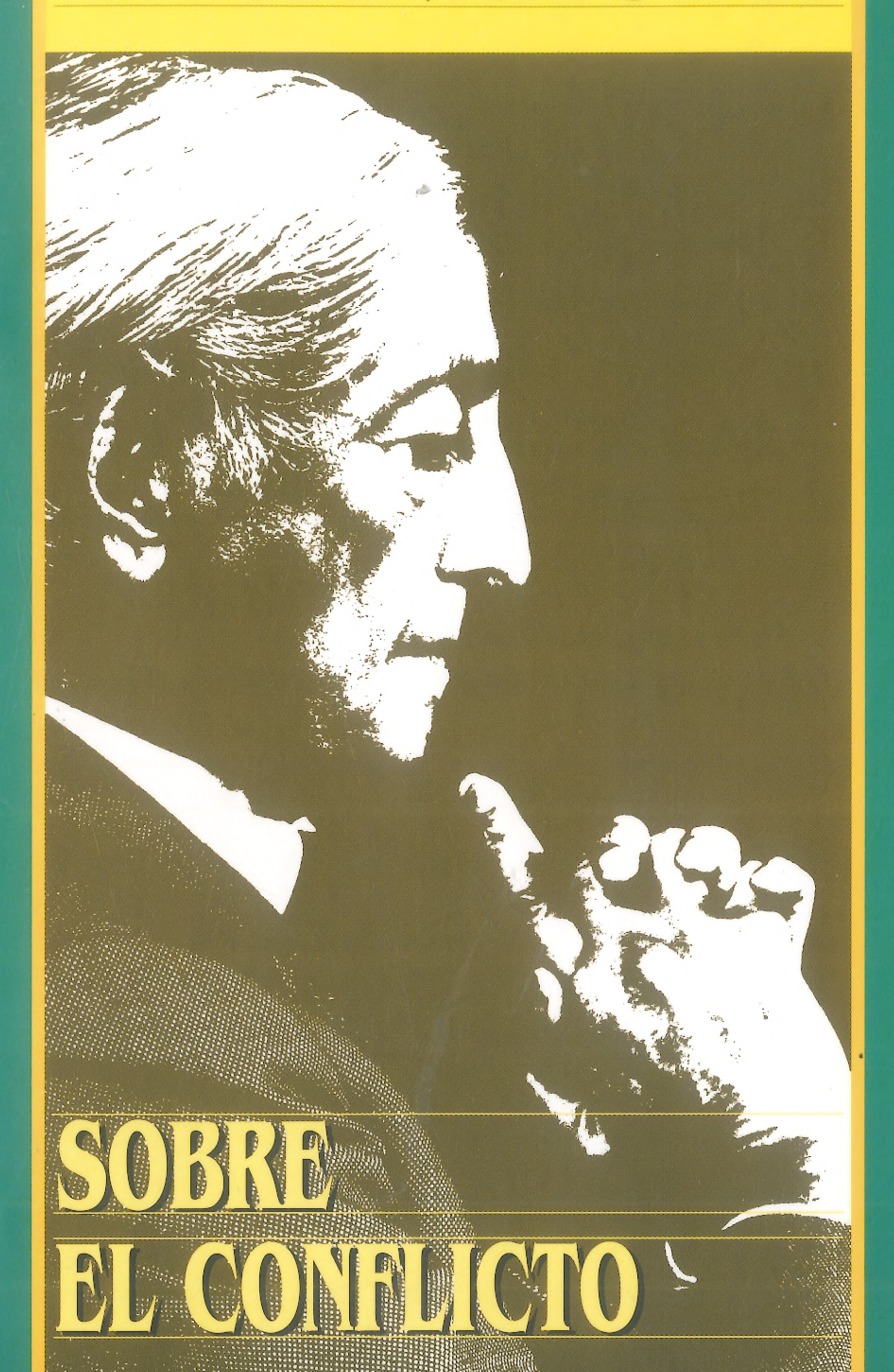
KRISHNAMURTI



SOBRE EL CONFLICTO

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895, siendo recogido a la edad de 13 años por la Sociedad Teosófica y educado en Inglaterra.

En 1929 renunció a toda vinculación con dicha sociedad, al rechazar cualquier tipo de organización que jerarquizara la conciencia.

Se dedicó durante su vida a dar conferencias por todo el mundo y mantuvo diálogos con renombrados científicos, políticos y líderes religiosos como David Bohm, el Dalai Lama, Jonás Salk, etc.

Urgía a sus oyentes a que fuesen maestros de sí mismos, promoviendo una actitud de autodescubrimiento del conflicto y de la conciencia en general, y rechazaba todo dirigismo religioso o sectario.

Estudió el panorama de la civilización actual, vinculando el nivel de conciencia del ser humano con los problemas sociales.

Creó cuatro Fundaciones para conservar sus escritos y conferencias, así como escuelas para niños y jóvenes.

Falleció en California a la edad de 90 años.

J. KRISHNAMURTI

SOBRE EL CONFLICTO

OBRAS DE KRISHNAMURTI

En el momento en que uno cuestiona la causa de la guerra, está cuestionando su relación con otro ser humano; eso significa que está cuestionando toda su existencia, toda su manera de vivir.

Bombay, 7 de marzo de 1948

Ustedes tienen que examinar voluntariamente la vida que viven, sin decir esto está bien o esto está mal; simplemente, mirar. Cuando miren de ese modo, descubrirán que miran con ojos llenos de afecto, sin condenar ni juzgar, sino con atención. Se miran a sí mismos con atención y, por lo tanto, con un afecto inmenso; sólo cuando hay gran afecto y amor puede uno ver la vida en su totalidad.

Madrás, 22 de diciembre de 1965

Índice

Págs.

Prólogo

JIDDU KRISHNAMURTI nació en la India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el "instructor del mundo" cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible o inclasificable; sus pláticas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era "una tierra sin senderos" a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida, rechazó insistentemente la condición de guru que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influen-

cias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas. Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese "vasto espacio en el cerebro que contiene en sí una energía inimaginable". Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

Ojai, 27 de mayo de 1945

INTERLOCUTOR: Estoy seguro de que casi todos hemos visto en películas y revistas, imágenes auténticas de los horrores y barbaridades de los campos de concentración. ¿Qué debe hacerse, en su opinión, con los que han perpetrado estas atrocidades monstruosas? ¿No deben ser castigados?

KRISHNAMURTI: ¿Quién va a castigarlos? ¿Acaso el juez no es a menudo tan culpable como el acusado? Cada uno de nosotros ha edificado esta civilización, ha contribuido a su desdicha y es responsable por las acciones que en ella tienen lugar. Somos la consecuencia de nuestras acciones y reacciones mutuas; esta civilización es un resultado colectivo. Ningún país, ningún pueblo está separado de otro; todos están relacionados entre sí, somos todos uno. Lo reconozcamos o no, cuando una desgracia le ocurre a un pueblo, tenemos nuestra parte en ella, igual que en su buena suerte. Uno no puede separarse para condenar o para alabar.

El poder de oprimir es maligno, y todo grupo grande y bien organizado se convierte en una fuente posible del mal. Ustedes piensan que vociferando respecto de las crueldades de otro país pueden pasar por alto las propias. No sólo el país hoy derrotado, sino todos los países son responsables por los horrores de la guerra. La guerra es

una de las mayores catástrofes; el mal más grande que existe es matar a otro. Una vez que ustedes admiten un mal semejante en sus corazones, dan rienda suelta a incontables desastres menores. No condenan la guerra en sí misma, sino a quien ha sido cruel en ella.

Ustedes son responsables por la guerra. La han engendrado mediante la acción cotidiana de la codicia, la mala voluntad, las pasiones. Cada uno de nosotros ha contribuido a desarrollar esta civilización cruel y competitiva en la que el hombre está contra el hombre. Queremos erradicar las causas de la guerra, de las barbaridades en otros, mientras nosotros mismos nos entregamos a ellas. Esto conduce a la hipocresía y a guerras futuras. Tenemos que extirpar las causas de la guerra, de la violencia, en nosotros mismos, y eso exige paciencia y bondad, no el condenar sanguinariamente a otros.

La humanidad no necesita más sufrimientos para comprender eso; lo que necesitamos es tornarnos conscientes de nuestras propias acciones, darnos cuenta de nuestra propia ignorancia y de nuestro dolor, y así generar en nosotros mismos compasión y tolerancia. Ustedes no deberían interesarse en castigos y recompensas, sino en erradicar en sí mismos esas causas que se manifiestan como odio y violencia, antagonismo y mala voluntad. Asesinando al asesino, ustedes se vuelven como él; se convierten en el criminal. Un error no se corrige empleando medios erróneos; sólo con medios correctos puede llevarse a cabo un fin correcto. Si quieren tener paz, deben emplear medios pacíficos, y los asesinatos en masa, la guerra, sólo pueden conducir a más asesinatos, a mayores sufrimientos. No puede haber amor mediante derramamientos de sangre; un ejército no es un instrumento de paz. Sólo la buena voluntad y la compasión pueden traer paz al mundo, no el poder y el ingenio ni la mera legislación.

Somos responsables por la desdicha y el desastre que existen; en nuestra vida diaria somos crueles, opresores,

codiciosos, ambiciosos. El sufrimiento continuará hasta que erradiquemos en nosotros mismos aquellas causas que engendran pasiones, codicia y crueldad. Tenga usted compasión y paz en su corazón, y encontrará la respuesta correcta a su pregunta.

Ojai, 17 de junio de 1945

INTERLOCUTOR: Usted desaprueba la guerra y, sin embargo, ¿no la está apoyando?

KRISHNAMURTI: ¿Acaso no estamos todos nosotros sosteniendo este terrible asesinato en masa? Cada uno de nosotros es responsable por la guerra; la guerra es un resultado extremo de nuestra vida cotidiana; es engendrada por nuestros pensamientos y sentimientos, por nuestras acciones de todos los días. Proyectamos aquello que somos en nuestras relaciones ocupacionales, sociales y religiosas; el mundo es lo que somos nosotros.

A menos que comprendamos los problemas principales y secundarios implicados en la responsabilidad por la guerra, nos confundiremos y seremos incapaces de librarnos de sus desastres. Debemos saber dónde poner el acento, y sólo entonces comprenderemos el problema. El objetivo inevitable de esta sociedad es la guerra. Es una sociedad pertrechada para la guerra, su industrialización conduce a la guerra, sus valores promueven la guerra. Cualquier cosa que hacemos dentro de sus límites, contribuye a la guerra. Cuando compramos algo, el impuesto se dedica a la guerra, los sellos postales ayudan a sostener la guerra.

Sea donde fuere que vayamos, no podemos escapar de la guerra, especialmente ahora que la sociedad está

organizada para la guerra total. El más simple e inofensivo trabajo contribuye a la guerra de una manera u otra. Nos guste o no, por el sólo hecho de existir estamos ayudando a sostener la guerra. Entonces, ¿qué hemos de hacer? No podemos retirarnos a una isla o a una comunidad primitiva, porque la actual cultura está en todas partes. ¿Qué podemos hacer, entonces? ¿Nos negaremos a sostener la guerra, no pagando impuestos, no comprando estampillas? ¿Es ése el problema principal? Si no lo es y si sólo es secundario, entonces no nos dejemos distraer por él.

¿No es más profundo el problema principal, el de la causa de la guerra misma? Si podemos comprender la causa de la guerra, entonces el problema secundario puede ser abordado desde un punto de vista por completo diferente; si no la comprendemos, entonces nos perderemos en él. Si podemos liberarnos de las causas de la guerra, entonces el problema secundario quizá no surja en absoluto.

Debemos, pues, hacer hincapié en el descubrimiento, dentro de nosotros mismos, de las causas de la guerra; este descubrimiento debe ser hecho por cada uno y no por un grupo organizado, porque las actividades grupales tienden a servir para la irreflexión, para la mera propaganda y los eslóganes, que sólo engendran más lucha e intolerancia. La causa debe ser descubierta por uno mismo y, de este modo, cada uno puede liberarse de ella mediante la experiencia directa.

Si lo consideramos a fondo, veremos que estamos bien conscientes de las causas de la guerra: las pasiones, la mala voluntad, la ignorancia, la sensualidad, el espíritu mundano, el anhelo de fama y continuidad personal, la codicia, la envidia y la ambición, el nacionalismo con sus soberanías separadas, las fronteras económicas, las divisiones sociales, los prejuicios raciales y la religión organizada. ¿No puede, cada uno de nosotros, darse cuenta de su codicia, de su mala voluntad e ignorancia, y así libe-

rarse de ellas? Nos aferramos al nacionalismo porque es una salida para nuestros instintos crueles, criminales; en nombre de nuestro país o de nuestra ideología, podemos asesinar o liquidar con impunidad, volvernos héroes, y cuantos más semejantes nuestros matamos, más honores recibimos de nuestro país.

Entonces, el problema fundamental, ¿no es, acaso, el de liberarnos del conflicto y del dolor? Si no ponemos el acento en esto, ¿cómo es posible que la solución de los problemas secundarios termine con la guerra? Si no erradicamos las causas de la guerra en nosotros mismos, ¿de qué vale ocuparse ineficazmente de los resultados exteriores que genera nuestro estado interno? Cada uno de nosotros debe ahondar profundamente en la lujuria, la mala voluntad y la ignorancia a fin de disolverlas; debemos abandonar por completo el nacionalismos, el racismo y esas causas que engendran enemistad. Debemos interesarnos totalmente en aquello que es de importancia fundamental y no confundirnos con problemas secundarios.

I.: Usted es muy desalentador. Yo busco inspiración para seguir adelante. Usted no nos alienta con palabras de valor y esperanza. ¿Es malo buscar inspiración?

K.: ¿Por qué quieren ustedes que se los inspire? ¿No es porque en sí mismos se sienten vacíos, solitarios, faltos de creatividad? Quieren llenar esta soledad, este vacío doloroso; deben haber intentado diferentes modos de llenarlo, y también esperan escapar de ese vacío viniendo aquí. A este proceso de encubrir la árida soledad se lo llama inspiración. La inspiración se convierte, entonces, en mero estímulo y, como ocurre con todo estímulo, pronto trae su propio aburrimiento y su insensibilidad. Vamos, así, de una inspiración a otra, de un estímulo a otro, cada uno trayendo su propia decepción y su cansancio; de esta manera, la mente-corazón pierde su flexibili-

dad, su sensibilidad; la capacidad interna de tensión dinámica se pierde a causa de este proceso constante de estirar y aflojar. La tensión dinámica interna es necesaria para descubrir, pero una tensión que requiere relajación o estímulo, pronto pierde su capacidad de renovarse, de ser flexible, alerta. Esta flexibilidad alerta no puede ser inducida desde afuera; llega cuando no depende de la estimulación, de la inspiración.

¿No es todo estímulo similar en sus efectos? Ya sea que uno se entregue a la bebida o sea estimulado por una imagen o una idea, que vaya a un concierto o a una ceremonia religiosa, o encuentre estímulo en cierta actividad, ¿acaso todo esto no embota la mente? Una ira justa —lo cual es un absurdo—, por estimulante o inspiradora que sea, contribuye a la insensibilidad; y ¿no es acaso necesaria la más alta forma de sensibilidad, de receptividad e inteligencia, para poder experimentar la realidad? El estímulo engendra dependencia, y la dependencia, estimable o no, causa temor. Carece relativamente de importancia la manera como uno es inspirado o estimulado, si es mediante la iglesia organizada, la política o las distracciones, porque el resultado será el mismos: insensibilidad causada por el temor y la dependencia.

Las distracciones se convierten en estímulos. Nuestra sociedad fomenta principalmente la distracción, la distracción en todas las formas posibles. Nuestro pensar y nuestro sentir mismos han llegado a ser un proceso de apartarnos del centro, de apartarnos de la realidad. Resulta, pues, extremadamente difícil alejarnos de todas las distracciones, porque nos hemos vuelto casi incapaces de percibir, sin opción alguna, *lo que es*. Por eso surge el conflicto, el cual distrae aún más el pensamiento-sentimiento, y sólo por obra de una constante percepción alerta, estos pensamientos y sentimientos pueden liberarse de la red de las distracciones.

Además, ¿quién puede darle ánimo, valor y esperanza? Si confiamos en otro, por grande y noble que sea,

estamos totalmente perdidos, porque la dependencia engendra el espíritu posesivo, y éste implica una lucha y un dolor interminables. El buen ánimo y la felicidad no son fines en sí mismos; como el valor y la esperanza son incidentes en la búsqueda de algo que sí es un fin en sí mismo. Es este fin el que debe ser buscado con paciencia y diligentemente, y sólo gracias a su descubrimiento podrán cesar nuestra confusión y nuestro dolor. El viaje hacia ese descubrimiento es un viaje a través de uno mismo; todo otro viaje es una distracción que conduce a la ilusión y la ignorancia. El viaje dentro de uno mismo debe ser emprendido no en procura de un resultado, no con el fin de resolver el conflicto y el dolor; porque la búsqueda en sí es devoción, inspiración. El viajar mismo es, entonces, un proceso revelador, una experiencia constantemente liberadora y creativa. ¿No ha notado usted que la inspiración llega cuando no la está buscando? Llega cuando ha cesado toda expectativa, cuando la mente y el corazón están en silencio. Lo que se trata de adquirir es autocreado y, por lo tanto, no es real.

Bombay, 7 de marzo de 1948

INTERLOCUTOR: ¿Qué nos aconseja usted hacer si estalla la guerra?

KRISHNAMURTI: ¿Puedo sugerirle que, en vez de buscar consejo, examinemos el problema juntos? Porque es muy fácil aconsejar, pero eso no resuelve el problema. Si examinamos el problema juntos, tal vez seamos capaces de ver cómo hemos de actuar cuando estalle una guerra. Tiene que ser una acción directa, no una acción basada en el consejo o en la autoridad de otra persona, lo cual sería demasiado estúpido en un momento de crisis. En momentos de crisis, seguir a otro conduce a nuestra propia destrucción. Después de todo, en épocas críticas como la de una guerra, somos llevados a la destrucción, pero, si conocemos todas sus implicaciones, si vemos cómo actúa, cómo se origina, cuando la crisis surja efectivamente, actuaremos de manera directa y verdadera sin buscar consejo ni seguir a nadie. Esto no quiere decir que yo trate de eludir el problema no contestando directamente su pregunta. No la estoy esquivando. Por el contrario, le muestro que podemos actuar virtuosamente cuando esta catástrofe espantosa se abate sobre el hombre.

Ahora bien, ¿qué haría usted si hubiera una guerra? Siendo hindú o indio o alemán, siendo nacionalista, patriota, tomaría naturalmente las armas, ¿no es así? Por-

que, mediante la propaganda, las terribles fotografías y todo lo demás, se sentiría estimulado y dispuesto a combatir. Estando condicionado por el patriotismo, el nacionalismo, las fronteras económicas, por el así llamado amor al país, su respuesta inmediata sería combatir. De modo que no tendría problemas, ¿verdad? Usted tiene un problema sólo cuando comienza a cuestionar las causas de la guerra, que no son meramente económicas sino, mucho más que eso, psicológicas e ideológicas.

Cuando uno comienza a cuestionar todo el proceso de la guerra, la manera como ésta se origina, tiene que ser, entonces, directamente responsable por sus propias acciones. Porque la guerra ocurre sólo cuando uno, en su relación con otro, genera conflicto. Al fin y al cabo, la guerra es una proyección de nuestra vida cotidiana, sólo que más espectacular y destructiva. En la vida de todos los días estamos matando, destruyendo, mutilando a miles de personas a causa de nuestra codicia, de nuestro nacionalismo, de nuestras fronteras económicas y demás. De modo que la guerra es una continuación de nuestra existencia cotidiana convertida en algo más espectacular; y, en el momento en que uno cuestiona directamente la causa de la guerra, está cuestionando la relación que tiene con otro ser humano, lo cual implica que está cuestionando toda su existencia, toda su forma de vivir.

Si usted investiga inteligentemente, no de manera superficial, cuando llegue la guerra responderá de acuerdo con su investigación y comprensión. Para un hombre pacífico —no a causa de un ideal de no violencia, sino porque de hecho está libre de violencia—, la guerra no tiene sentido. Obviamente, no participará en ella; podrán fusilarlo por eso, pero aceptará las consecuencias. Por lo menos, no tomará parte en el conflicto, pero no será a causa del idealismo. El idealista es una persona que elude la acción inmediata. El idealista que persigue la no violencia es incapaz de liberarse de la violencia; porque, dado que toda nuestra vida se basa en el conflicto y la

violencia, si no me comprendo a mí mismo hoy, ¿cómo podré actuar correctamente mañana cuando haya una calamidad? Siendo adquisitivo, estando condicionado por el nacionalismo, por mi posición social —ya conoce usted todo el proceso—, ¿cómo puedo yo, condicionado por la codicia y la violencia, actuar sin codicia ni violencia cuando hay una catástrofe? Naturalmente, seré violento. También, cuando hay una guerra, muchas personas gustan de los beneficios que ofrece la guerra: el gobierno va a cuidarme, alimentará a mi familia; y hay una ruptura de mi rutina diaria, de mi oficina, de las cosas monótonas de la existencia. La guerra es, pues, un escape, y a muchos les ofrece una salida fácil para eludir la propia responsabilidad. ¿Ha oído usted lo que dicen muchos soldados? "Gracias a Dios. Es una cosa brutal, pero al menos es excitante." La guerra ofrece también una liberación para nuestros instintos criminales. Somos criminales en nuestra vida cotidiana, en nuestro mundo de los negocios, en nuestras relaciones, pero todo eso es subterráneo, está muy cuidadosamente oculto, disimulado por un manto de corrección, por una aceptación legalizada. Y la guerra nos brinda una liberación respecto de esa hipocresía; al menos, podemos ser violentos.

Por lo tanto, el modo como actuará en tiempos de guerra depende de usted, de la condición, del estado de su propio ser. A un hombre que está condicionado para la violencia, es completamente inútil decirles: "Usted no debe ir a la guerra." Es una pérdida de tiempo decirle que no pelee, porque está condicionado para pelear, le gusta pelear. Pero aquellos de nosotros que tenemos un propósito serio, podemos investigar nuestras propias vidas; podemos ver cómo somos violentos en nuestras existencias cotidianas, en nuestra manera de hablar, en nuestros pensamientos y sentimientos, en nuestras acciones, y podemos liberarnos de esa violencia, no por medio de un ideal, no tratando de transformarla en no violencia, sino afrontándola realmente mediante el simple hecho de estar

atentos a ella; entonces, cuando la guerra llegue, seremos capaces de actuar correctamente. Un hombre que busca un ideal actuará falazmente, porque su respuesta estará basada en la frustración. Mientras que, si somos capaces de tomar conciencia plena de nuestros pensamientos, sentimiento y actos en la vida cotidiana —sin condenarlos, sino estando plenamente atentos a ellos—, entonces nos liberaremos del patriotismo, del nacionalismo y todas esas tonterías, que son los símbolos mismos de la violencia. Y, al estar libres de ellos, sabremos cómo actuar correctamente cuando llegue esa crisis que llamamos guerra.

I.: ¿Puede un hombre que aborrece la violencia, tomar parte en el gobierno de un país?

K.: Bien, ¿qué es un gobierno? Al fin y al cabo, es, representa lo que somos nosotros. En la así llamada democracia —cualquier cosa que eso pueda significar— elegimos para que nos representen, a aquellos que son como nosotros, que nos agradan, que tienen la voz más estentórea, la mente más hábil y cosas así. Por lo tanto, el gobierno es lo que somos nosotros, ¿verdad? Y, ¿qué somos nosotros? Somos un cúmulo de respuestas condicionadas: violencia, codicia, afán adquisitivo, envidia, deseo de poder, etc. De modo que el gobierno es, naturalmente, lo que somos nosotros, o sea, violencia en diferentes formas; entonces, ¿cómo un hombre que en su ser no contiene violencia alguna, puede pertenecer a una estructura violenta? ¿Puede la verdad coexistir con la violencia, siendo violencia eso que llamamos gobierno? ¿Puede un hombre que está buscando o experimentando la realidad, tener algo que ver con gobiernos soberanos, con el nacionalismo, con una ideología, con partidos políticos o con un sistema de poder? La persona pacífica piensa que, ingresando en el gobierno, podrá hacer algún bien. Pero ¿qué ocurre cuando ingresa en el gobierno? La estructura

es tan poderosa que la absorbe y es muy poco lo que esa persona puede hacer. Señor, esto es un hecho, está realmente sucediendo en el mundo. Cuando uno ingresa en un partido político o se presenta como candidato al parlamento, tiene que aceptar la línea del partido. Por lo tanto, deja de pensar. Y ¿cómo puede un hombre que se ha entregado a otros —ya sea que se trate de un partido, un gobierno o un guru—, cómo puede encontrar la realidad? Y ¿cómo puede aquel que está buscando la verdad, tener relación alguna con los poderes políticos?

Ya lo ve, formulamos ciertas preguntas, porque nos gusta confiar en una autoridad externa, en el medio, para nuestra propia transformación. Esperamos que líderes, gobiernos, partidos, sistemas, patrones de acción, nos transformarán de algún modo y generarán orden y paz en nuestras vidas. Por cierto, tal es la base de todas esas preguntas, ¿no es así? ¿Puede algún otro, ya sea un gobierno o un guru o quien fuere, brindarle paz y orden? ¿Puede otro traerle felicidad y amor? Ciertamente, no. La paz puede existir sólo cuando la confusión que hemos creado ha sido totalmente comprendida, no en el nivel verbal sino en el interno; cuando se han eliminado las causas de la confusión, de la lucha, obviamente hay paz y libertad. Pero, sin haber eliminado las causas, esperamos que alguna autoridad externa nos traiga la paz, y lo externo es siempre sumergido por lo interno. En tanto exista el conflicto psicológico con su búsqueda de poder, de posición y demás, por bien construida que esté, por buena y ordenada que sea la estructura externa, la confusión interna siempre la superará. Por eso debemos, indudablemente, poner el acento en lo interno y no atender tan sólo a lo externo.

Bangalore, 11 de julio de 1948

INTERLOCUTOR: ¿Cómo podemos resolver nuestro actual caos político y la crisis que reina en el mundo? ¿Hay algo que un individuo pueda hacer para detener la guerra?

KRISHNAMURTI: La guerra es la proyección espectacular y sangrienta de nuestra vida cotidiana. La guerra es simplemente una expresión externa de nuestro estado interno, una ampliación de nuestra acción de todos los días. Es más espectacular, más sangrienta, más destructiva, pero es el resultado colectivo de nuestras actividades individuales. Por lo tanto, usted y yo somos responsables por la guerra, y ¿qué podemos hacer para detenerla? Obviamente, la guerra no puede ser detenida por usted y por mí, porque ya está en movimiento; ya está ocurriendo, aunque todavía principalmente en el nivel psicológico. Ya empezó en el mundo de las ideas, aunque pueda tomar un poco más de tiempo hasta que nuestros cuerpos sean destruidos. Como ya está en movimiento, no podemos detenerla; los problemas ya implicados son muchísimos y demasiado grandes. Pero usted y yo, viendo que la casa se incendia, podemos comprender las causas de ese incendio, alejarnos de él y construir en un lugar nuevo con materiales diferentes que no sean combustibles, que no produzcan otras guerras. Eso es todo cuanto podemos hacer.

Usted y yo podemos ver qué es lo que origina las guerras y, si estamos interesados en ponerles fin, podemos comenzar por transformarnos a nosotros mismos, que somos las causas de la guerra. Entonces, ¿qué es lo que da origen a la guerra, ya sea religiosa, política o económica? Obviamente, la creencia, creencia en el nacionalismo, en una ideología o en un dogma particular. Si en vez de creencias hubiera buena voluntad, amor y consideración entre nosotros, entonces no habría guerras. Pero estamos alimentados a base de creencias, ideas y dogmas; por lo tanto, engendramos descontento. La presente crisis es de una naturaleza excepcional, y nosotros, como seres humanos, o bien debemos seguir el camino del conflicto constante y las guerras continuas que son el resultado de nuestra acción cotidiana, o si no, debemos ver las causas de la guerra y volverles la espalda.

Lo que causa la guerra es el deseo de poder, posición, prestigio, dinero, y también la enfermedad llamada nacionalismo, la veneración de una bandera, así como la enfermedad de la religión organizada, la veneración de un dogma. Todas éstas son las causas de la guerra; y si usted, como individuo, pertenece a cualquiera de las religiones organizadas, si es codicioso de poder, si es envidioso, tiene que producir por fuerza una sociedad cuyo resultado será la destrucción. Así que, de nuevo, esto depende de usted y no de los líderes, no de Stalin, Churchill y todos ellos. Depende de usted y de mí, pero no parecemos darnos cuenta de eso. Si alguna vez sintiéramos de veras la responsabilidad de nuestras propias acciones, ¡cuán rápidamente podríamos poner fin a todas estas guerras, a esta terrible desdicha! Pero ya lo ve, somos indiferentes. Tenemos nuestras tres comidas diarias, nuestros empleos, nuestras cuentas bancarias, grandes o pequeñas, y decimos: "¡Por Dios, no nos moleste, déjenos tranquilos!" Cuanto más arriba estamos, más seguridad queremos, más permanencia y tranquilidad, más deseamos que se nos deje en paz, que las cosas se mantengan fijas como

están; pero no pueden mantenerse como están, porque no hay nada que mantener. Todo se está desintegrando.

No queremos enfrentarnos a estas cosas, no queremos enfrentarnos al hecho de que usted y yo somos los responsables de las guerras. Usted y yo podemos hablar acerca de la paz, podemos dar conferencias, sentarnos alrededor de una mesa y discutir; pero internamente, psicológicamente, ansiamos poder, posición, estamos motivados por la codicia. Intrigamos, somos nacionalistas, nos hallamos atados por creencias, dogmas, y por esas cosas estamos dispuestos a morir, a destruirnos unos a otros. ¿Cree usted que hombres así pueden tener paz en el mundo? Para tener paz, debemos ser pacíficos. Vivir pacíficamente significa no crear antagonismo. La paz no es un ideal. Para mí, un ideal es tan sólo un escape, una evasión, una contradicción respecto de "lo que es", impide actuar directamente sobre "lo que es". Para tener paz, tendremos que amar, tendremos que empezar a vivir, no una vida ideal, sino viendo las cosas como son y actuando sobre ellas, transformándolas. Mientras cada uno de no-sotros esté buscando seguridad psicológica, la seguridad fisiológica que necesitamos —alimento, ropa y vivienda— será destruida. Buscamos la seguridad psicológica que no existe, y la buscamos, si es posible, mediante el poder, la posición, los títulos, los nombres, todo lo cual destruye la seguridad física. Éste es un hecho obvio, basta con que lo miremos.

Así pues, para producir paz en el mundo, para poner fin a todas las guerras, tiene que haber una revolución en el individuo, en usted y en mí. Sin esta revolución interna, la revolución económica no tiene sentido, porque el hambre es el resultado del desequilibrio de las condiciones económicas, pero este desequilibrio es producido por nuestros estados psicológicos: codicia, envidia, mala voluntad y espíritu posesivo. Para poner fin al dolor, al hambre, a la guerra, tiene que haber una revolución psicológica, y somos pocos los que estamos dispuestos a

encarar eso. Discutiremos la paz, planearemos legislaciones, crearemos nuevas Ligas, Naciones Unidas y demás; pero no ganaremos la paz, porque no renunciaremos a nuestra posición, a la autoridad, al dinero, a la propiedad, a nuestras vidas estúpidas. Es totalmente inútil depender de otros; otros no pueden traernos la paz. Ningún líder va a darnos paz, ningún gobierno, ningún ejército, ningún país. Lo que nos traerá paz es una transformación interna que conducirá a la transformación externa. La transformación interna no implica aislamiento, no consiste en apartarse de la acción externa. Por el contrario, puede haber un recto pensar, pero no es posible un recto pensar cuando no hay conocimiento propio. Sin conocernos a nosotros mismos, no hay paz.

Para poner fin a la guerra externa, debemos comenzar por poner fin a la guerra que se desarrolla dentro de nosotros. Algunos de ustedes sacudiran la cabeza y dirán: "Estoy de acuerdo", y saldrán y harán exactamente lo mismo que han estado haciendo durante los últimos diez o veinte años. El acuerdo de ustedes es tan sólo verbal y nada significa, porque las desdichas del mundo y las guerras no serán detenidas por ese asentimiento fortuito. Llegarán a su fin sólo cuando ustedes comprendan el peligro, cuando comprendan la responsabilidad que les incumbe, cuando no la dejen en manos de algún otro. Si ven el sufrimiento, si ven la urgencia de una acción inmediata y no la posponen, entonces se transformarán; y la paz llegará sólo cuando ustedes mismos sean pacíficos, cuando cada cual esté en paz con su vecino.

I.: La familia es la estructura de nuestro amor y nuestra codicia, de nuestro egocentrismo y nuestra división. ¿Qué lugar ocupa en su esquema de las cosas?

K.: Yo no tengo ningún esquema de las cosas. ¡Vea cuán absurdamente pensamos acerca de la vida! La vida es un vivir dinámico, activo, y usted no puede insertarla

en una estructura. Son los intelectuales los que ponen la vida en un marco, los que tienen un esquema para sistematizarla. Yo no tengo esquemas; miremos, pues, los hechos. Ante todo, está el hecho de nuestra relación con otro ser humano, ya sea con una esposa, un marido o un hijo, es decir, la relación que llamamos la familia. Examinemos el hecho de "lo que es", no lo que nos gustaría que fuese. Cualquiera puede tener ideas acerca de la vida familiar; pero si podemos observarla, examinarla, comprender "lo que es", entonces quizá seamos capaces de transformarla. Pero no tiene ningún sentido disimular "lo que es", mediante una hermosa serie de palabras tales como *responsabilidad, deber, amor.* Examinemos, pues, lo que llamamos la familia. Para comprender algo, debemos examinar "lo que es" y no encubrirlo con frases agradables.

¿Qué es lo que ustedes llaman "familia"? Obviamente, es una relación de intimidad, de comunión. Ahora bien, en sus familias, en la relación que tienen con la esposa, con el marido, ¿hay comunión? Por cierto, eso es lo que entendemos por relación. La relación significa comunión sin temor, libertad para comprendernos el uno al otro, para comunicarnos directamente. Eso significa la relación, estar en comunión con el otro. ¿Lo está usted? ¿Está en comunión con su esposa? Tal vez lo está físicamente, pero eso no es relación. Usted y su esposa viven en lados opuestos de un muro de aislamiento, ¿no es así? Usted tiene sus propias ocupaciones, sus ambiciones, y ella tiene las suyas. Usted vive detrás del muro y, ocasionalmente, se asoma por arriba y mira; y eso es lo que llama relación. Puede ampliar eso, suavizarlo, introducir una nueva serie de palabras para describirlo, pero el hecho real es ése: que usted y el otro viven aislados, y a esa vida en aislamiento la llaman relación.

Ahora bien, si hay una verdadera relación entre dos personas, lo cual significa que entre ellas hay comunión, las implicaciones de eso son inmensas. Entonces no hay

aislamiento, lo que hay es amor y no responsabilidades o deberes. Las personas aisladas detrás de sus muros son las que hablan de deberes y responsabilidades. Pero un hombre que ama no habla de responsabilidades: ama. Por consiguiente, comparte con otro su alegría, su dolor, su dinero. ¿Son así nuestras familias? ¿Existe una comunión directa con la esposa, con los hijos? Obviamente, no. Por lo tanto, la familia es tan sólo una excusa para que continúe nuestro nombre o nuestra tradición, para que nos provea lo que deseamos, sexual o psicológicamente. La familia se convierte en un medio de autoperpetuación. Ésa es una clase de inmortalidad, una forma de permanencia. La familia es usada, también, como un medio de gratificación. Yo exploto despiadadamente a otros en el mundo de los negocios, en el mundo exterior político o social, pero en el hogar trato de ser amable y generoso. ¡Qué absurdo! O el mundo es demasiado para mí; quiero paz y entonces vuelvo a mi casa tratando de hallar consuelo. Uso, pues, la relación como un medio para gratificarme, lo cual implica que no admito de ella perturbación alguna.

En nuestras familias hay aislamiento, no comunión; por lo tanto, no hay amor. El amor y el sexo son dos cosas diferentes; eso lo discutiremos en otra ocasión. En nuestro aislamiento podemos desarrollar una forma de abnegación, de devoción, de benevolencia, pero siempre detrás del muro, porque estamos mucho más interesados en nosotros mismos que en otros. Si se interesaran en otros, si estuvieran realmente en comunión con sus esposas o sus maridos y, por ende, abiertos al prójimo, el mundo no se encontraría sumido en esta desdicha. Por eso las familias en aislamiento se vuelven un peligro para la sociedad.

¿Cómo podemos, entonces, acabar con este aislamiento? Para hacerlo, debemos tomar conciencia de él; no desentendernos o decir que no existe. Existe, es un hecho evidente. Dense cuenta del modo como tratan a la

esposa, al marido, a los hijos; tomen conciencia de la dureza, la brutalidad, las aseveraciones tradicionales, la falsa educación. ¿Creen, acaso, que si amaran a sus esposas o a sus maridos, tendríamos este conflicto y esta desdicha en el mundo? Debido a que no saben cómo amar a la esposa, ni marido, no saben ustedes lo que es amar a Dios. Quieren a Dios como un medio más de aislarse, de encontrar la seguridad. Al fin y al cabo, Dios es la seguridad máxima. Pero esa búsqueda de Dios no es tal; es meramente un refugio, un escape. Para encontrar a Dios, debemos saber cómo amar, no a Dios, sino a los seres humanos que nos rodean, amar los árboles, las flores, los pájaros. Entonces, cuando sepamos cómo amarlos, sabremos realmente qué es amar a Dios. Sin amar a otro ser humano, sin saber qué es estar en comunión completa con alguien, uno no puede estar en comunión con la verdad. Pero ya lo ve, nosotros no pensamos en amar, no nos interesa estar en comunión con otro ser humano. Lo que queremos es seguridad, ya sea en la familia, en la propiedad o en las ideas; y donde la mente está buscando la seguridad, jamás puede conocer el amor. Porque el amor es algo sumamente peligroso, porque cuando amamos a alguien somos vulnerables, estamos expuestos; y no queremos estar expuestos a ser vulnerables. Queremos encerrarnos en nosotros mismos y así sentirnos más cómodos y tranquilos.

Producir una transformación en nuestras relaciones no es un asunto de legislación, de compulsión conforme a las Escrituras. Para dar origen a esa transformación radical en la relación, debemos comenzar con nosotros mismos. Obsérvese a sí mismo, vea cómo trata a su esposa y a sus hijos. Su esposa es una mujer, y ahí se terminó la cosa, ¡está para ser usada como un felpudo! Yo no creo que ustedes se den cuenta de cuán catastrófico es el estado actual del mundo; de lo contrario, no se mostrarían tan despreocupados respecto de todo esto. Estamos al borde de un precipicio, un precipicio moral, social y espiritual.

Ustedes no ven que la casa en que viven se está incendiando. Si supieran que la casa se está incendiando, que están al borde de un precipicio, actuarían. Pero, por desgracia, son complacientes, temerosos, cómodos; están embotados o cansados, y exigen satisfacción inmediata. Dejan que las cosas vayan a la deriva y, en consecuencia, la catástrofe mundial se aproxima. No es una mera amenaza, es un hecho real. En Europa, la guerra ya está en movimiento: guerra, guerra, guerra, desintegración, inseguridad. Al fin y al cabo, lo que afecta a otro les afecta a ustedes. Ustedes son responsables por el otro, no pueden cerrar los ojos y decir: "Yo estoy seguro en Bangalore." Ése es, obviamente, un pensamiento muy miope y estúpido.

La familia se vuelve un peligro cuando hay aislamiento entre marido y esposa, entre padres e hijos, porque entonces la familia fomenta el aislamiento general; pero cuando los muros del aislamiento se derrumban en la familia, uno está en comunión no sólo con su esposa y sus hijos, sino con su prójimo. Entonces la familia no es una estructura cerrada, limitada; no es un refugio, un escape. De modo que éste no es el problema de otros, sino que es nuestro propio problema.

Poona, 1.º de septiembre de 1948

INTERLOCUTOR: Ante la posibilidad de la guerra y de la probable devastación atómica de la humanidad, ¿no es inútil concentrarse en la mera transformación individual?

KRISHNAMURTI: Ésta es una pregunta muy complicada y requiere un estudio muy cuidadoso. Espero que tenga la paciencia de avanzar paso a paso conmigo y no se detenga a mitad de camino. Las causas de la guerra son bastante obvias e incluso un escolar puede verlas: codicia, nacionalismo, búsqueda de poder, divisiones geográficas y nacionales, conflictos económicos. Estados soberanos, patriotismo, una ideología, de izquierda o de derecha, tratando de imponerse sobre otra, etc. Estas causas son engendradas por usted y por mí. La guerra es la expresión espectacular de nuestra existencia cotidiana. Nos identificamos con un grupo en particular, nacional, racial o religioso, porque nos da un sentido de poder, y el poder origina, inevitablemente, catástrofes. Usted y yo somos los responsables de la guerra, no Hitler, Stalin o algún otro superlíder. Resulta conveniente decir que los capitalistas o ciertos líderes dementes son los responsables de la guerra. En el fondo, cada uno de nosotros desea ser rico, desea el poder. Éstas son las causas de la guerra, de las cuales usted y yo somos los responsables.

Creo que resulta bastante obvio que la guerra es el producto de nuestra existencia cotidiana, sólo que de manera más espectacular, más sangrienta. Dado que todos estamos tratando de acumular posesiones, de amontonar dinero, es natural que demos origen a una sociedad con fronteras, límites y barreras arancelarias. Y cuando una nacionalidad aislada entra en conflicto con otra, la consecuencia inevitable es la guerra. Se trata de un hecho. No sé si ha reflexionado en absoluto sobre este problema. Nos enfrentamos con la guerra; ¿no debemos, pues, descubrir quién es el responsable de que ella exista?, Indudablemente, un hombre sensato verá que él es responsable y dirá: "Mire, yo estoy engendrando esta guerra. Por lo tanto, dejaré de ser nacional. No tendré más patriotismo ni nacionalidad. No seré hindú, cristiano o musulmán, sino un ser humano." Eso requiere cierta claridad de pensamiento y de percepción, cosa que la mayoría de nosotros no está dispuesta a afrontar. Si usted se opone personalmente a la guerra, pero no a causa de un ideal —porque los ideales son un impedimento para la acción directa—, ¿qué hará? ¿Qué ha de hacer un hombre cuerdo que se opone a la guerra? Ante todo, debe depurar su propia mente, liberarse de las causas de la guerra, causas tales como la codicia. Por lo tanto, puesto que usted es responsable por la guerra, es importante que se libere de sus causas. Eso significa, entre otras cosas, que debe dejar de ser nacional. ¿Está dispuesto a hacer eso? Evidentemente, no, porque le gusta ser llamado hindú, brahmín, o cualquiera que sea su rótulo. Eso significa que rinde culto al rótulo y lo prefiere a vivir de manera cuerda y racional; por consiguiente, va a ser destruido, le guste o no.

¿Qué ha de hacer una persona que desea liberarse de las causas de la guerra? ¿Cómo ha de detener la guerra? El impulso de la codicia, el poder del nacionalismo que cada ser humano ha puesto en movimiento, ¿pueden ser detenidos? Es obvio que no. La guerra podrá detenerse

sólo cuando Rusia, Norteamérica y todos nosotros nos transformemos inmediatamente y digamos que no tendremos más nacionalismo, que no seremos rusos, norteamericanos, hindúes, musulmanes, alemanes o ingleses, sino seres humanos; seremos seres humanos en relación, tratando de vivir dichosamente juntos. Si las causas de la guerra son erradicadas del corazón y de la mente, entonces no hay guerra. Pero el ímpetu del poder continúa su movimiento. Les daré un ejemplo. Si una casa se está incendiando, ¿qué hacemos? Tratamos de salvar de la casa tanto como sea posible, y después estudiamos las causas del incendio. Encontramos la clase apropiada de ladrillos, de material resistente al fuego, mejoramos la construcción, etc., y edificamos de nuevo. De igual modo, cuando una civilización se está desmoronando, destruyéndose a sí misma, hay hombres cuerdos, sensatos que, al ver que no pueden hacer nada al respecto, construyen una nueva que no se desmorone. Por cierto, es la única manera de actuar, es el único método racional: no limitarse a reformar lo viejo, a "remendar" la casa que se quema.

Ahora bien, si yo reuniera, aquí y en otras partes, a todos los que sienten que están verdaderamente libres de las causas de la guerra, ¿qué ocurriría? Es decir, ¿puede organizarse la paz? Mire las implicaciones de ello, vea lo que involucra la paz organizada. Una de las causas de la guerra es el deseo de poder, poder individual, grupal y nacional. ¿Qué sucede si formamos una organización para la paz? Nos convertimos en un punto focal de poder, y la búsqueda de poder es una de las causas de la guerra. Tan pronto nos organizamos para la paz, invitamos inevitablemente al poder; y cuando tenemos poder, estamos engendrando otra vez las causas de la guerra. ¿Qué he de hacer, pues? Viendo que una de las causas de la guerra es el poder, ¿he de oponerme a la guerra, lo cual implica fomentar el poder? En el proceso mismo de oposición, ¿no estoy creando poder? Por lo tanto, mi problema es

muy diferente. No es un problema de organización. Yo no puedo hablar a un grupo como tal, sino sólo a usted como individuo, mostrándole cuáles son las causas de la guerra. Usted y yo, como individuos, debemos meditar sobre ello y no dejar que lo haga algún otro. Por cierto, igual que en una familia, cuando hay afecto, compasión, no necesitamos ninguna organización para la paz. Lo que necesitamos es comprensión mutua, cooperación mutua. Cuando no hay amor, es inevitable que haya guerra.

Para comprender el complejo problema de la guerra, debemos abordarlo de manera muy simple. Ello implica comprender nuestra propia relación con el mundo. Si en esa relación hay un sentido de poder, de dominación, la relación que esa sociedad engendra se basa por fuerza en el poder y la dominación, lo cual a su vez da origen a la guerra. Eso puedo verlo con mucha claridad, pero si hablo al respecto a diez personas y las organizo, ¿qué he hecho? He creado un poder, ¿no es así? No se necesita ninguna organización. La organización es el elemento de poder que da origen a la guerra. Tiene que haber individuos contrarios a la guerra; pero cuando uno los reúne en una organización o representa con ellos una creencia, está en la misma posición que el atizador de guerras. Casi todos nos satisfacemos con palabras, vivimos a base de palabras, sin sentido, pero si examinamos el problema muy atentamente, con mucha claridad, el problema mismo entrega la respuesta. Uno no tiene que buscarla. Así pues, cada uno de nosotros debe darse cuenta de cuáles son las causas de la guerra y cada uno debe liberarse de ellas.

I.: En vez de discutir sobre sutilezas tales como el ser y el devenir, ¿por qué no se dedica usted a algunos de los problemas candentes del país y nos muestra una salida? ¿Cuál es su posición, por ejemplo, en las cuestiones de la unidad hindú-musulmana, de la amistad india-paquistaní, de la rivalidad entre brahmines y no brahmines? Nos

haría un gran servicio si pudiera sugerir una solución efectiva a estos difíciles problemas.

K.: El problema de la unidad entre hindúes y musulmanes es igual a los problemas que los seres humanos afrontan en todo el mundo. ¿Son problemas difíciles, o son problemas infantiles, inmaduros? Por cierto, deberíamos haber dejado muy atrás esta infantil clase de cosas, ¿y usted las llama problemas candentes de nuestros días? Cuando usted se autodenomina hindú y dice que pertenece a determinada religión, ¿no está discutiendo acerca de palabras? ¿Qué entiende por hinduismo? Un grupo de creencias, dogmas, tradiciones y supersticiones. La religión, ¿es una cuestión de creencias? Evidentemente, la religión es la búsqueda de la verdad, y las personas religiosas no son las que tienen estas estúpidas ideas. Un hombre religioso es el hombre que busca la verdad, y no necesita rótulos tales como hindú, musulmán o cristiano. ¿Por qué nos concedemos a nosotros mismos estos títulos? Porque no somos, en absoluto, personas verdaderamente religiosas. Si tuviéramos amor, compasión en nuestros corazones, no nos importarían un pepino tales nombres; y eso *es* religión. Debido a que nuestros corazones están vacíos, se llenan con cosas que son infantiles; ¡y a esas cosas las llama usted problemas candentes! No hay duda de que eso es muy inmaduro. Si debe haber brahmines y no brahmines... ¿son éstos los problemas candentes, o son una fachada detrás de la cual ustedes se esconden? Después de todo, ¿quién es un brahmín? Por cierto, no es aquel que trae puesto el hilo sagrado. Un brahmín es una persona que comprende, que no ejerce autoridad social alguna, que es independiente de la sociedad, que no es codiciosa ni busca el poder, que es por completo ajena a todo poder; una persona así es un brahmín.

¿Somos personas así? Obviamente, no lo somos. Entonces, ¿por qué nos rotulamos con un nombre que no tiene sentido? Lo hacemos porque ese rótulo es prove-

choso; nos brinda una posición en la sociedad. Un hombre sensato no pertenece a ningún grupo, no busca ninguna posición en la sociedad, puesto que eso tan sólo engendra guerra. Si ustedes fueran realmente sensatos, no les importaría cómo los llaman; no rendirían culto a un rótulo. Pero los rótulos, las palabras, se vuelven importantes cuando el corazón está vacío. A causa de que el corazón de ustedes está vacío, tienen miedo y están dispuestos a matar a otros. Es realmente un problema absurdo esta cuestión de los hindúes y los musulmanes. Cuando usted ve cómo las personas inmaduras hacen una confusión de las cosas, ¿cuál es su actitud? De nada sirve que las golpee en la cabeza. O trata de ayudarlas o se aparta y las deja en plena libertad de seguir con su confusión. A ellas les gustan sus juguetes, de modo que uno se aparta y construye una nueva cultura, una nueva sociedad. El nacionalismo es un veneno, el patriotismo es una droga, y los conflictos del mundo son una distracción que nos aleja de la relación directa con la gente. Si usted lo sabe, ¿puede seguir complaciéndose en tales cosas? Si ve eso con claridad, no habrá división entre el hindú y el musulmán. Nuestro problema es, entonces, mucho más vasto y, por lo tanto, no nos extraviaremos en cuestiones tontas al enfrentarnos con los reales problemas de la vida.

Estos problemas reales están cerca, a la mano, en la batalla que tiene lugar entre usted y yo, entre el marido y la esposa, entre uno mismo y su prójimo. A causa de nuestras vidas personales, hemos creado esta confusión, estas disputas entre brahmín y no brahmín, entre hindú y musulmán. Usted y yo hemos contribuido a esta confusión, y somos nosotros, no ciertos líderes, los responsables directos de ella. Puesto que es nuestra responsabilidad, tenemos que actuar. Para actuar, debemos pensar correctamente, y para pensar correctamente debemos descartar las cosas infantiles, todo lo que sabemos que es falso y carente de sentido. Para que seamos seres humanos maduros, tenemos que desechar los juguetes absurdos

del nacionalismo, de la religión organizada; no debemos seguir a nadie ni política ni religiosamente. Ése es nuestro problema. Si usted es realmente serio respecto de todo esto, se liberará naturalmente de los actos infantiles de calificarse con determinados rótulos, ya sean nacionales, políticos o religiosos; sólo entonces tendremos un mundo pacífico. Pero si se limitan a escuchar, saldrán de aquí y harán exactamente lo mismo que han hecho antes. Sé que se ríen, y ahí es donde está la tragedia. No les interesa terminar con la guerra; no están verdaderamente interesados en tener paz en el mundo.

Nos hallamos todos al borde de un precipicio. Toda esta civilización en que el hombre ha creído puede ser destruida; las cosas que hemos producido y cultivado con esmero, todo eso está en peligro. A fin de que el hombre pueda salvarse del precipicio, tiene que haber una verdadera revolución, no una revolución sangrienta, sino una revolución de regeneración interna. No puede haber regeneración sin conocimiento propio. Sin conocernos a nosotros mismos, no hay nada que podamos hacer. Tenemos que examinar cada problema de un modo nuevo; y para eso debemos liberarnos del pasado, lo cual implica que el proceso del pensamiento tiene que llegar a su fin. Nuestro problema es comprender el presente en toda su magnitud, con sus inevitables catástrofes e infortunios; debemos afrontarlo todo de una manera nueva. Esa calidad de lo nuevo no puede existir si meramente continuamos con el pasado, si analizamos el presente mediante el proceso del pensamiento. Por eso, para que podamos comprender un problema, debe terminar el proceso del pensamiento. Cuando la mente está callada, quieta, tranquila, sólo entonces se resuelve el problema. Por consiguiente, es fundamental que nos comprendamos a nosotros mismos. Usted y yo tenemos que ser la sal de la Tierra, debemos profesar un nuevo pensamiento, una nueva clase de felicidad.

Bombay, 19 de febrero

INTERLOCUTOR: Mediante movimientos como el de las Naciones Unidas y las Conferencias Mundiales Pacifistas, los hombres de todo el mundo están haciendo esfuerzos individuales y colectivos para impedir una tercera guerra mundial. ¿En qué difiere su intento del de ellos, y espera usted obtener algunos resultados apreciables? ¿Puede evitarse la guerra?

KRISHNAMURTI: Despachemos primero los hechos obvios y después entremos más profundamente en la cuestión. ¿Podemos impedir la guerra? ¿Qué piensa usted? Los hombres tienen propensión a matarse despiadadamente unos a otros; usted es propenso a matar a su prójimo, tal vez no con la espada, pero sí a explotarlo política, religiosa y económicamente. Hay divisiones sociales, comunales, lingüísticas; ¿no hacen ustedes una gran bulla en torno de todo esto? No desean impedir la guerra, porque con ella algunos de ustedes van a hacer dinero. Los astutos harán dinero, y los estúpidos también querrán hacer más dinero. ¡Por Dios!, vea la fealdad, la crueldad de eso! Cuando ustedes tienen el propósito fijo de ganar a toda costa, el resultado es inevitable. La tercera guerra mundial surge de la segunda guerra mundial, y la segunda surge de la primera, y la primera fue el resultado de guerras anteriores. Hasta que pongan fin a la

causa, el mero entretenerse con los síntomas carece de significación. Una de las causas de la guerra es el nacionalismo, con sus gobiernos soberanos y toda la fealdad que los acompaña: poder, prestigio, posición y autoridad. Pero muy pocos de nosotros queremos poner fin a la guerra, porque nuestras vidas son incompletas, toda nuestra existencia es un campo de batalla, un conflicto incesante, no sólo con nuestra esposa, nuestro marido, nuestro prójimo, sino con nosotros mismos —la constante lucha por "llegar a ser" alguna cosa—. Ésa es nuestra vida, de la cual la guerra y la bomba de hidrógeno son tan sólo proyecciones violentas y espectaculares. En tanto no comprendamos todo el significado de nuestra existencia y produzcamos en ella una transformación radical, no podrá haber paz en el mundo.

Ahora bien el segundo problema es mucho más difícil y exige mucho más de nuestra atención, lo cual no implica que el primero no sea importante. Consiste en que casi todos prestamos escasa atención a la transformación de nosotros mismos, porque *no queremos* transformarnos. Estamos satisfechos y no deseamos que se nos perturbe. Nos satisface seguir siendo como somos, y por eso mandamos a nuestros hijos a la guerra, por eso necesitamos el adiestramiento militar. Todos queremos salvar nuestras cuentas bancarias, aferrarnos a nuestra propiedad; y todo en el nombre de la no violencia, en el nombre de Dios y de la paz, lo cual es un montón de mojigatos disparates. ¿Qué entendemos por paz? Ustedes dicen que las Naciones Unidas están tratando de establecer la paz organizando a sus naciones miembros, lo cual implica que tratan de establecer un equilibrio de poder. ¿Es eso buscar la paz?

Luego están los individuos que se reúnen alrededor de cierta idea de lo que ellos consideran que es la paz. Es decir, el individuo se resiste a la guerra, ya sea conforme a su convicción moral o a sus ideas económicas. Situamos la paz, o bien sobre una base racional o sobre una

base moral. Decimos que debemos tener paz porque la guerra no es provechosa, o sea, la razón económica; o decimos que debemos tener paz porque es inmoral matar, es irreligioso, porque el hombre es de naturaleza divina y no debe ser destruido, etcétera. Están, pues, todas estas explicaciones de por qué no debemos tener guerra; por una parte, las razones religiosas, morales, humanitarias o éticas a favor de la paz, y por la otra, las razones económicas, sociales o racionales.

Ahora bien, ¿es la paz una cosa de la mente? Si tenemos una razón, un motivo para la paz, ¿traerá eso la paz? Si me abstengo de matarlo, porque pienso que una cosa así es inmoral, ¿es eso ser pacífico? Si por razones económicas no ingreso en el ejército porque pienso que no resulta ventajoso, ¿es ser pacífico eso? Si baso mi paz en un motivo, en una razón, ¿puede eso generar paz? Si amo a alguien por su buena apariencia, porque me agrada corporalmente, ¿es amor eso? Esto es muy importante. Casi todos nosotros hemos cultivado tanto nuestras mentes, somos tan intelectuales, que queremos encontrar razones para no matar, siendo las razones el carácter espantosamente destructivo de la bomba atómica, los argumentos morales y económicos a favor de la paz, etc.; y creemos que cuantas más razones tengamos para no matar, más paz habrá. Pero ¿podrán ustedes tener paz a causa de una razón? ¿Puede la paz ser convertida en una causa? La causa misma, ¿no forma parte del conflicto? ¿Es la no violencia, es la paz un ideal para perseguirse y obtenerse finalmente mediante un proceso gradual de evolución? Todas éstas son razones, racionalizaciones, ¿no es así?

Por lo tanto, si somos algo reflexivos, lo que realmente tenemos que preguntarnos es si la paz es un resultado, la consecuencia de una causa, o si la paz es un estado del ser, no en el futuro ni en el pasado, sino ahora. Si la paz, la no violencia es un ideal, indica por cierto que, en realidad, uno es violento, no pacífico. Uno *anhela* ser pacífico y ofrece razones por las que *debiera* ser pacífico; y,

estando satisfecho con las razones, sigue siendo violento. En realidad, un hombre que desea la paz, que ve la necesidad de ser pacífico, no tiene ideal alguno con respecto a la paz. No hace un esfuerzo para volverse pacífico, sino que ve la necesidad, la verdad que implica ser pacífico. Sólo el hombre que no ve la importancia, la necesidad, la verdad de ser pacífico, hace de la no violencia un ideal, el cual no es sino una postergación de la paz. Eso es lo que todos están haciendo: todos están venerando el ideal de la paz y, mientras tanto, se complacen en la violencia. (*Risas*). Se ríen, es fácil divertirlos. Éste es para ustedes otro entretenimiento; y cuando dejen esta reunión, ¡seguirán exactamente como antes! ¿Esperan tener paz mediante argumentos fáciles y una charla ocasional? No tendrán paz porque no quieren tener paz; no les interesa. No ven la importancia, la necesidad de tener paz ahora, no mañana. Sólo cuando no tengan motivos para ser pacíficos tendrán ustedes paz.

En tanto encuentren ustedes una razón para vivir, no están viviendo, ¿verdad? Viven sólo cuando no hay razones ni causas; simplemente, viven. De igual modo, en tanto tengan un motivo para la paz, no tendrán paz. Una mente que inventa una razón para ser pacífica se halla en conflicto, y una mente así producirá caos y conflicto en el mundo. Sólo reflexionen sobre ello y lo verán. ¿Cómo puede ser pacífica una mente que inventa razones para la paz? Ustedes podrán usar muy ingeniosos argumentos y contraargumentos, pero ¿no se basa en la violencia la estructura misma de la mente? La mente es el resultado del tiempo, del ayer, y está siempre en conflicto con el presente; pero el hombre que de veras quiere ser pacífico ahora no busca razones para ello. Para el hombre pacífico, la paz no se basa en un motivo. ¿Acaso la generosidad tiene un motivo? Cuando uno es generoso con un motivo, ¿es generosidad eso? Cuando un hombre renuncia al mundo con el fin de alcanzar a Dios, de encontrar algo más grande, ¿es eso renunciación? Si yo abandono esto

para encontrar aquello, ¿he abandonado algo en realidad? Si soy pacífico por diversas razones, ¿he encontrado la paz?

Así pues, ¿no es la paz algo que está mucho más allá de la mente y de las invenciones de la mente? La mayoría de nosotros, la mayoría de las personas religiosas con sus organizaciones, llega a la paz a causa de una razón, mediante la disciplina, mediante el amoldamiento, debido a que no hay una percepción directa de la necesidad de ser pacífico, de la verdad que ello implica. La serenidad, ese estado de paz, no es estancamiento; por el contrario, es un estado sumamente activo. Pero la mente sólo puede conocer la actividad de su propia creación, que es el pensamiento, y el pensamiento nunca puede ser pacífico; el pensamiento es dolor, el pensamiento es conflicto. Como sólo conocemos el dolor y la desdicha, tratamos de hallar medios y arbitrios para trascenderlos, y cualquier cosa que la mente inventa sólo contribuye a incrementar más su propia desdicha, su propio dolor, su propia lucha. Ustedes dirán que son muy pocos los que podrán comprender esto, que muy pocos serán pacíficos alguna vez en el verdadero sentido de la palabra. ¿Por qué dicen eso? ¿Acaso no es porque resulta para ustedes un escape muy conveniente? Dicen que la paz jamás podrá alcanzarse del modo como yo lo expongo, que eso es imposible. En consecuencia, ustedes necesitan razones para la paz; necesitan organizaciones para la paz; necesitan una hábil propaganda a favor de la paz. Pero todos estos métodos son, evidentemente, una mera postergación de la paz.

Sólo cuando estén en contacto directo con el problema, cuando vean que sin paz hoy no podrán tener paz mañana, cuando no tengan motivos para la paz sino que vean realmente la verdad de que sin paz la vida es imposible, que la creación es imposible, que sin paz no puede haber sentido alguno de felicidad, sólo cuando vean la verdad de eso, tendrán ustedes paz. Entonces tendrán paz sin ningún tipo de organizaciones para la paz. Para eso

deben ser vulnerables, deben exigir la paz con la totalidad del corazón, deben descubrir la verdad de ello por sí mismos, no por medio de organizaciones, de la propaganda, de ingeniosos argumentos a favor de la paz y contra la guerra. La paz no es la negación de la guerra. Es un estado del ser en el que han cesado todos los conflictos y todos los problemas. Esto no es una teoría, no es un ideal para alcanzarse después de diez encarnaciones o diez años o diez días. En tanto la mente no haya comprendido su propia actividad, creará más desdicha; y la comprensión respecto de la mente es el principio de la paz.

Charla con estudiantes en la Escuela de Rajghat

22 de enero de 1954

INTERLOCUTOR: Qué es el conflicto? ¿Cómo aparece en nuestra mente?

KRISHNAMURTI: Tú quieres ser el capitán de un equipo de cricket. Pero hay alguien que es mejor que tú. Eso no te gusta. Por lo tanto, tienes un conflicto. Quieres obtener algo, no puedes, y entonces hay conflicto. Si puedes obtener lo que deseas, entonces la dificultad está en conservarlo; luchas, pues, otra vez o quieres más de eso. De modo que siempre hay un conflicto en marcha, porque siempre deseas alguna cosa. Si eres un oficinista, deseas llegar a gerente; si tienes una bicicleta, deseas un automóvil, y así sucesivamente; si eres desdichado, deseas ser feliz.

Por consiguiente, no es importante lo que deseas, sino lo que *eres*. Lo que te libera del conflicto es comprender lo que eres, penetrar en ello, ver todas las implicaciones de lo que eres.

Rajghat, 9 de enero de 1955

INTERLOCUTOR: ¿Qué hay respecto de las bombas atómica y de hidrógeno? ¿Podemos discutir eso?

KRISHNAMURTI: Eso implica todo el problema de la guerra y de cómo evitarla. ¿Podemos discutirlo como para clarificar nuestras propias mentes, discutirlo de manera seria e intensa, proseguirlo hasta el fin y, de tal modo, conocer por completo la verdad al respecto?

¿Qué entendemos por paz? ¿Es la paz lo opuesto, la antítesis de la guerra? Si no hubiera guerra, ¿tendríamos paz? ¿Estamos buscando la paz, o lo que llamamos paz es meramente un espacio entre dos actividades contradictorias? ¿Queremos realmente la paz, no sólo en un nivel —económico o espiritual— sino totalmente? ¿O estamos continuamente en guerra dentro de nosotros mismos y, por ende, exteriormente? Si deseamos impedir la guerra, es obvio que debemos dar ciertos pasos, lo cual implica, en realidad, no tener fronteras mentales, porque las creencias engendran enemistad. Si usted cree en el comunismo y yo creo en el capitalismo, o si usted es hindú y yo soy cristiano, es obvio que hay antagonismo entre nosotros. Si usted y yo deseamos la paz, ¿no debemos abolir todas estas fronteras mentales? ¿O deseamos la paz tan sólo en términos de satisfacción, de mantener el *statu quo* después de alcanzar cierto resultado?

Vea, yo no creo que para los individuos sea posible detener la guerra. La guerra es como un mecanismo gigantesco que, una vez puesto en marcha, acumula un gran ímpetu y probablemente continúe andando y nos triture y destruya en el proceso. Pero si uno desea salirse de ese mecanismo, de toda la maquinaria de la guerra, ¿qué puede hacer? Ése es el problema. ¿Queremos de verdad terminar con la guerra, tanto interna como externamente? Al fin y al cabo, la guerra es tan sólo la dramática expresión externa de nuestra lucha interna, ¿no es así? Y, ¿puede cada uno de nosotros dejar de ser ambicioso? Porque en tanto seamos ambiciosos, seamos crueles, lo cual produce, inevitablemente, conflicto entre uno mismo y los demás, así como entre un grupo y otro grupo, entre una nación y otra. Esto significa, de hecho, que en tanto usted y yo estemos buscando poder en cualquier dirección —y el poder es maligno—, tenemos que producir guerras. ¿Es posible, para cada uno de nosotros, investigar el proceso de la ambición, de la competencia, de querer ser alguien en el terreno del poder, y poner fin a todo eso? Me parece que sólo entonces podremos, como individuos, salirnos de esta cultura, de esta civilización que está produciendo guerras.

¿Podemos, como individuos, poner fin dentro de nosotros mismos a las causas de la guerra? Una de las causas es, obviamente, la creencia, nuestra propia división como hindúes, budistas, cristianos, comunistas o capitalistas. ¿Podemos desechar todo eso?

I.: Todos los problemas de la vida son irreales. Y tiene que haber algo real en lo que podamos confiar. ¿Qué es esa realidad?

K.: ¿Piensa usted que es tan fácil dividir lo real y lo irreal? ¿O lo real se manifiesta sólo cuando empiezo a comprender lo irreal? ¿Alguna vez ha considerado usted

qué es lo irreal? ¿Es irreal el dolor? ¿Es irreal la muerte? Si usted pierde su cuenta bancaria, ¿es irreal eso? Un hombre que dice: "Todo esto es irreal; por lo tanto, encontremos lo real", está escapando de la realidad.

¿Podemos usted y yo poner fin, dentro de nosotros, a los factores que contribuyen a la guerra, tanto interna como externamente? Discutamos eso, no sólo de manera verbal; investiguémoslo de hecho, examinémoslo seriamente y veamos si podemos erradicar en nosotros mismos las causas del odio, de la enemistad, este sentimiento de que somos superiores, esta ambición y demás. ¿Podemos erradicar todo eso? Si de veras deseamos la paz, debemos erradicarlo. Si usted quiere descubrir qué es lo real, qué es Dios, qué es la verdad, debe tener una mente muy quieta; y, ¿puede uno tener una mente así si es ambicioso, envidioso, codicioso de poder, posición y todo eso? La seriedad, ¿no consiste en comprender el proceso de la mente, del "yo" que crea todos estos problemas y, de ese modo, disolverlos?

I.: ¿Cómo podemos liberarnos del condicionamiento?

K.: ¡Pero si se lo estoy mostrando! ¿Qué es el condicionamiento? Es la tradición que le han impuesto desde la infancia, son las creencias, las experiencias, el conocimiento que usted mismo ha acumulado. Todas esas cosas condicionan la mente.

Ahora bien, antes de examinar los aspectos más complejos de la cuestión, ¿puede usted dejar de ser hindú, con todo lo que eso implica, de modo que su mente sea capaz de pensar, de responder no conforme a un hinduismo modificado, sino de un modo completamente nuevo? ¿Puede haber en usted una revolución total a fin de que la mente sea clara, fresca y, por lo tanto, capaz de investigar? Ésa es una pregunta muy simple. Puedo ofrecer una plática al respecto, pero nada significará si usted se limita a escuchar y después se va, ya sea concordando o discre-

pando, mientras que si usted y yo discutimos este problema y nos abrimos paso por él juntos, hasta el fin, entonces quizá nuestra conversación podrá ser valiosa. ¿Podemos, pues, usted y yo, que deseamos tener paz o que hablamos acerca de la paz, podemos erradicar en nosotros las causas del antagonismo, de la guerra?

I.: ¿Son impotentes los individuos ante las bombas atómica y de hidrógeno?

K.: Seguirán experimentando con estas bombas en Norteamérica, Rusia y en otras partes, y ¿qué podemos hacer al respecto usted y yo? ¿Cuál es, entonces, el punto a discutir en esta cuestión? Uno puede tratar de crear una opinión pública escribiendo a los diarios acerca de lo terrible que es eso, pero ¿logrará con ello que los gobiernos dejen de investigar y crear la bomba H? Pueden usar la energía atómica tanto para fines pacíficos como para propósitos destructivos, y es probable que dentro de cinco o diez años tengan fábricas funcionando a base de energía atómica; pero también se estarán preparando para la guerra. Podrán limitar el uso de las armas atómicas, pero el impulso de la guerra está ahí; ¿qué podemos hacer nosotros? Los sucesos históricos están en movimiento, y no creo que usted y yo, viviendo aquí, podamos detener ese movimiento. Pero podemos hacer algo por completo diferente. Podemos salirnos de la actual maquinaria de la sociedad, que está preparándose constantemente para la guerra, y mediante nuestra propia y total revolución interna tal vez seamos capaces de contribuir a la formación de una civilización absolutamente nueva.

Al fin y al cabo, ¿qué es la civilización? ¿Qué es la civilización india o la civilización europea? Es una expresión de la voluntad colectiva, ¿no es así? La voluntad de la mayoría ha creado esta civilización actual en la India; ¿podemos usted y yo romper con ella y pensar de una manera por completo diferente acerca de estas cuestio-

nes? ¿No es responsabilidad de las personas serias hacer esto? ¿No deben existir, acaso, seres humanos serios que vean este proceso de destrucción que tiene lugar en el mundo, que lo investiguen y que se salgan de él, en el sentido de no ser ambiciosos y todo lo demás? ¿Qué otra cosa podemos hacer? Pero ya lo ve, no estamos dispuestos a ser serios; ésa es la dificultad. No queremos habérnoslas con nosotros mismos; queremos discutir algo exterior a nosotros, lejano.

I.: Tienen que existir algunas personas muy serias; ¿acaso han resuelto sus propios problemas o los problemas del mundo?

K.: Ésa no es una pregunta seria, ¿verdad? Es como decir que otros han comido cuando yo estoy hambriento. Si estoy hambriento, investigaré dónde puedo encontrar comida, y no viene al caso decir que otros están bien alimentados. Eso indica que en realidad no tengo hambre. No es importante si hay personas serias que han resuelto sus problemas. Usted y yo, ¿hemos resuelto *nuestros* problemas? Eso es mucho más importante. ¿Podemos, unos cuantos de nosotros, discutir con mucha seriedad esta cuestión, proseguir investigándola intensamente y ver qué podemos hacer, no sólo en lo intelectual o verbal, sino de hecho, efectivamente?

I.: ¿Es realmente posible para nosotros escapar al impacto de la civilización moderna?

K.: ¿Qué es la civilización moderna? Aquí, en la India, existe una cultura antigua a la cual se le han superpuesto ciertas capas de cultura occidental tales como el nacionalismo, la ciencia, el parlamentarismo, el militarismo, etc. Entonces, o bien seremos absorbidos por esta civilización, o debemos romper con ella y crear una civilización por completo diferente.

Es un hecho desafortunado que estemos deseosos tan sólo de escuchar, porque escuchamos de una manera sumamente superficial, y eso, al parecer, es suficiente para la mayoría de nosotros. ¿Por qué parece resultarnos tan extraordinariamente difícil discutir con seriedad las cosas que causan antagonismo y guerra, y erradicarlas de nosotros?

I.: Tenemos que considerar los problemas inmediatos.

K.: Al considerar los problemas inmediatos, encontrará usted que tienen raíces profundas; son el resultado de causas que se encuentran dentro de nosotros mismos. Para resolver, pues, el problema inmediato, ¿no debería usted investigar los problemas más profundos?

I.: Hay únicamente un problema, y es descubrir el propósito de la vida.

K.: ¿Podemos discutir eso con verdadera seriedad, investigarlo de manera completa a fin de saber por nosotros mismos cuál es el propósito de la vida? ¿Qué es, en todas partes, la vida? ¿Hacia dónde nos está conduciendo? Ésa es la pregunta, no cuál es el propósito de la vida. Si tan sólo buscamos una definición acerca del propósito de la vida, usted la definirá de un modo y yo de otro, y escogeremos erróneamente, conforme a nuestra idiosincrasia, la que cada cual considera mejor. Por cierto, no es eso lo que quiere decir el interlocutor. Él quiere saber cuál es el propósito de toda esta lucha, esta búsqueda, esta batalla constante, este unirnos y separarnos, este nacer y morir. ¿Adónde conduce toda esta existencia? ¿Qué significado tiene?

Y bien, ¿qué es esta cosa que llamamos vida? Conocemos la vida sólo por la conciencia que tenemos de nosotros mismos, ¿no es así? Yo sé que estoy vivo porque hablo, pienso, como, tengo distintos deseos contradicto-

rios, conscientes e inconscientes, diversas compulsiones, ambiciones y demás. Sólo cuando estoy consciente de estas cosas, o sea, en tanto tengo conciencia de mi mismo, sé que estoy vivo. Y ¿qué entendemos por ser conscientes de nosotros mismos? Evidentemente, tengo conciencia de mí mismo sólo cuando hay alguna clase de conflicto; de lo contrario, no estoy consciente de mí mismo. Cuando pienso, cuando hago un esfuerzo, cuando estoy argumentando, discutiendo, exponiendo algo de este modo o del otro, estoy consciente de mí mismo. La propia naturaleza de la autoconciencia es la contradicción. La conciencia es un proceso total; es tanto lo oculto como lo activo, lo manifiesto. Ahora bien, ¿qué significa este proceso de la conciencia y adónde conduce? Conocemos el nacimiento y la muerte, la creencia, la lucha, el dolor, la esperanza, el conflicto incesante. ¿Cuál es el significado de todo eso? Uno puede descubrir el verdadero significado de ello sólo cuando la mente tiene la capacidad de investigar, o sea, cuando no está fijada en ninguna conclusión.

I.: ¿Es eso investigación o reinvestigación?

K.: Hay reinvestigación sólo cuando la mente se halla atada, cuando es repetitiva y, por eso, está constantemente reinvestigándose. Estar libre para investigar y descubrir lo verdadero requiere una mente no aprisionada en el cautiverio de ninguna conclusión. Ahora bien, ¿podemos usted y yo descubrir cuál es el significado de esta lucha con todas sus ramificaciones? Si ésa es nuestra intención y somos serios, intensos, ¿puede nuestra mente tener conclusión alguna al respecto? ¿No debe uno estar abierto a esta confusión? ¿No debe investigarla con una mente libre, para descubrir lo verdadero? Lo importante, pues, no es el problema, sino ver la posibilidad de que la mente esté libre para investigar y descubrir la verdad de esta confusión.

¿Puede la mente verse libre de todas las conclusiones? Una conclusión es meramente la respuesta a un condicionamiento particular, ¿no es así? Tomemos la conclusión acerca de la reencarnación. No viene al caso si la reencarnación es un hecho o no. ¿Por qué tienen ustedes esa conclusión? ¿Es porque la mente teme a la muerte? Una mente así, que cree en cierta conclusión que es el resultado del temor, de la esperanza, del anhelo, es evidentemente incapaz de descubrir lo verdadero en relación con la muerte. Por lo tanto, si somos del todo serios, nuestro primer problema, antes aún de que nos preguntemos qué significa todo este proceso de la vida, es descubrir si la mente puede liberarse de todas las conclusiones.

Ojai, 6 de agosto de 1955

INTERLOCUTOR: Todos nuestros contratiempos parecen provenir del deseo, pero ¿podemos jamás estar libres del deseo? El deseo, ¿es inherente a nosotros o es un producto de la mente?

KRISHNAMURTI: ¿Qué es el deseo? Y ¿por qué separamos el deseo de la mente? ¿Quién es la entidad que dice: "El deseo crea problemas; por lo tanto, debo liberarme del deseo"? Tenemos que comprender qué es el deseo, no preguntar cómo liberarnos del deseo porque crea contratiempos, o si el deseo es un producto de la mente. ¿Cómo surge el deseo? Lo explicaré y usted lo verá, pero no se limite a escuchar mis palabras. Experimente de hecho, a medida que avanzamos eso de que estamos hablando, y entonces ello tendrá significación.

¿Cómo nace el deseo? Indudablemente, a causa de la percepción sensoria, o sea, el ver, el contacto, la sensación; y entonces surge el deseo. Primero, uno ve un automóvil, después viene el contacto, la sensación y, finalmente, el deseo de poseer el automóvil, de manejarlo. Le ruego que siga esto despacio y con paciencia. Entonces, al tratar de obtener ese automóvil, lo cual es deseo, hay conflicto. El conflicto existe, pues, en la satisfacción misma del deseo: hay pena, sufrimiento, alegría; y uno quiere retener el placer y descartar el dolor. Esto es lo que

de hecho ocurre en cada uno de nosotros. La entidad creada por el deseo, la entidad que se identifica con el placer, dice: "Debo liberarme de aquello que no es placentero, que es doloroso." Jamás decimos: "Quiero liberarme del dolor y del placer." Queremos retener el placer y descartar el dolor, pero el deseo da origen a ambos. El deseo, que nace a causa de la percepción sensoria, el contacto y la sensación, se identifica como el "yo" que desea aferrarse a lo placentero y descartar lo doloroso. Pero lo doloroso y lo placentero son igualmente el resultado del deseo, el cual forma parte de la mente. En tanto haya una entidad que diga: "Quiero retener esto y descartar aquello", tiene que haber conflicto. Debido a que queremos desembarazarnos de todos los deseos dolorosos y aferrarnos a aquellos que consideramos fundamentalmente placenteros y útiles, jamás tomamos en cuenta el problema íntegro del deseo. Cuando decimos: "Debo liberarme del deseo", ¿quién es la entidad que trata de liberarse de algo? ¿Acaso no es también la consecuencia del deseo?

Por favor, uno debe tener infinita paciencia para comprender estas cosas. Para preguntas fundamentales no hay respuestas absolutas de "sí" o "no". Lo importante es el hecho de formular una pregunta fundamental, no el de encontrar una respuesta; y si somos capaces de considerar esa pregunta fundamental sin buscar una respuesta, entonces esa observación misma de lo fundamental genera comprensión.

Nuestro problema, pues, no es cómo liberarnos de deseos dolorosos mientras nos aferramos a aquellos que resultan placenteros, sino comprender toda la naturaleza del deseo. Esto suscita la preguntas: ¿Qué es el conflicto? Y ¿quién es la entidad que siempre está optando entre lo placentero y lo doloroso? La entidad que llamamos el "yo", el sí mismo, el ego, la mente que dice: "Esto es placer, eso es dolor; retendré el placer y rechazaré el dolor", esa entidad, ¿no sigue siendo el deseo? Pero si somos capaces de mirar todo el campo del deseo, y no en térmi-

nos de conservar algo o de desembarazarnos de ello, entonces descubriremos que el deseo tiene un significado completamente distinto.

El deseo crea contradicción, y a la mente que está del todo alerta no le agrada vivir en contradicción; por lo tanto, trata de liberarse del deseo. Pero si la mente puede comprender el deseo sin tratar de eliminarlo, sin decir: "Éste es un deseo mejor y aquél es un deseo peor, voy a conservar éste y descartaré el otro", si puede estar atenta a todo el campo del deseo sin rechazar ni optar ni condenar, entonces verá usted que la mente *es* deseo, que no está separada del deseo. Si usted comprende realmente esto, la mente se torna muy quieta. Los deseos llegan, pero ya no pueden ejercer efecto, ya no tienen mayor significación: no arraigan en la mente creando problemas. La mente reacciona, de lo contrario no está viva, pero la reacción es superficial y no echa raíces. Por eso es importante comprender todo este proceso del deseo en el que se halla atrapada la mayoría de nosotros. Estando atrapados, sentimos la contradicción, el dolor infinito de ello; por eso luchamos contra el deseo, y la lucha crea dualidad. Si podemos mirar el deseo sin juzgarlo, evaluarlo ni condenarlo, encontraremos que ya no echa más raíces. La mente que ofrece terreno a los problemas permitiéndoles que arraiguen, jamás puede encontrar lo real. La cuestión, pues, no es cómo resolver el deseo, sino cómo comprenderlo, y eso es posible únicamente cuando no lo condenamos.

Nueva Delhi, 27 de octubre de 1963

ANTES DE examinar esta cuestión del conflicto y si es de algún modo posible liberarse de él, me parece que debemos comprender la estructura de las palabras, el significado que asignamos a una palabra en particular, y descubrir, mediante el conocimiento de las palabras, cómo la mente está atrapada en una telaraña verbal. Porque casi todos vivimos a base de fórmulas, de conceptos, ya sean creados por nosotros mismos o transmitidos por la sociedad, a los que llamamos ideales; necesitamos tener cierto patrón, cierta norma conforme a la cual vivir. Si ustedes examinan esas fórmulas e ideas, esos conceptos y patrones, verán que son palabras, y esas palabras controlan nuestras actividades, moldean nuestros pensamientos, nos hacen sentir de una determinada manera. Las palabras condicionan nuestro pensar, nuestro ser.

Una mente atrapada en las palabras, no puede ser libre. Funcionando dentro del molde de una fórmula es, sin duda, una mente condicionada, esclava. Es incapaz de pensar de un modo nuevo, fresco; y la mayor parte de nuestro pensar, de nuestra actividad, está dentro de los límites de las palabras y las fórmulas. Tomen una palabra como *Dios* o *amor*. ¡Qué de imágenes y fórmulas extraordinarias acuden a la mente! Un hombre que quiera descubrir si Dios existe, que quiera descubrir qué significa el amor, debe liberarse de todos los conceptos, de todas las

fórmulas. Y, debido a que hay temor, la mente rehúsa romper con la fórmula, con el concepto, a fin de liberarse. El temor se refugia en las palabras, y nosotros combatimos por palabras. Así pues, un hombre que de veras quiera examinar esto seriamente a fin de descubrir si existe o no la realidad, algo más allá de la medida de las palabras, debe ante todo comprender de manera absoluta las palabras y estar libre de todas las fórmulas.

* * *

LO QUE QUIERO DISCUTIR ahora es el conflicto interno y el conflicto externo, y si es del todo posible, viviendo en este mundo, liberarse del conflicto totalmente, no parcialmente. ¿Es en absoluto posible liberarse por completo del conflicto? No digan "sí" o "no". Una mente seria no adopta una posición semejante; investiga. Y la mente debe estar libre del conflicto que crea confusión, contradicción, diversas formas de neurosis. Si no está libre de esta confusión, ¿puede una mente así ver, comprender, observar? Sólo puede hilar un montón de palabras acerca de la verdad, de la no violencia, de Dios, de la bienaventuranza, del nirvana... y esas palabras no tienen en absoluto sentido alguno.

Una mente que quiera dar con la realidad debe estar libre de conflicto en todos los niveles de la conciencia, lo cual no implica perseguir la paz, retirarse del mundo, irse a un monasterio o meditar bajo un árbol; eso es tan sólo un escape. Debe estar libre totalmente, en todos los niveles de la conciencia, libre de todo conflicto a fin de que haya claridad. Sólo una mente clara puede ser libre, y es sólo en completa libertad que uno puede descubrir lo verdadero.

Tenemos, pues, que investigar la anatomía, la estructura del conflicto. Ustedes no me están escuchando a mí escuchan su propia conciencia. Escuchan, observan, ven el conflicto que reina en sus propias vidas, ya sea en la

oficina, con la esposa o el marido, con los hijos, con el prójimo, con sus ideales; observan su propio conflicto. Porque estamos interesados en la revolución que debe producirse *en ustedes,* no en mí, una revolución radical en el núcleo mismo del ser. De lo contrario, el cambio es superficial, es un ajuste que carece por completo de valor. El mundo está experimentando cambios tremendos no sólo en el campo tecnológico, sino en el moral, en el ético; y el mero adaptarse a un cambio no genera claridad de visión, claridad mental. Esa claridad extraordinaria se genera cuando la mente ha comprendido por completo el proceso íntegro del conflicto interno y externo; y esa comprensión misma trae libertad. Una mente así es clara, y en esa claridad hay belleza. Ésa es la mente religiosa; no lo es la mente falsa que acude a un templo, repite interminablemente palabras y práctica diez mil veces las mismas ceremonias que ya no tienen ningún sentido.

Lo que nos interesa, pues, es la comprensión del conflicto, no cómo liberarnos del conflicto, no cómo sustituir el conflicto por una serie de fórmulas llamadas paz, o cómo resistir o evitar el conflicto, sino que nos interesa comprenderlo. Espero estar expresándome con claridad cuando uso la palabra *comprender.* Vean, comprender algo es vivir con ello, y uno no puede vivir con algo si le ofrece resistencia, si encubre con el propio temor lo que es un hecho, si escapa o si, cuando experimenta un tremendo conflicto interno, uno busca la paz, lo cual es simplemente otra forma de escape. Uso la palabra *comprender* en un sentido particular: en el de afrontar el hecho de que uno está en conflicto y vivir completamente con ese hecho, sin evitarlo, sin escapar de él. Vean si pueden vivir con el hecho, no lo traduzcan a sus propios términos, no introduzcan opiniones de unos y otros acerca del hecho; vivan con él.

Ante todo, la mente se halla en conflicto no sólo en el nivel consciente, sino también en lo profundo, en lo inconsciente. Somos un cúmulo de conflictos, de contra-

dicciones, tanto en el nivel del pensamiento como en el nivel donde el pensamiento consciente no ha penetrado. Esto requiere atención completa por parte de ustedes. Están en conflicto, les guste o no; la vida que llevan es desdicha, confusión, una serie de contradicciones: violencia y no violencia. Todos los "santos" los han destruido con sus idiosincrasias peculiares, con sus patrones particulares de violencia y no violencia. Romper con todo eso y descubrir por uno mismo exige atención, una gran seriedad, a fin de abrirse paso por este problema y terminar con él.

Todo lo que hacemos trae conflicto. Desde los tiempos de la escuela hasta ahora no conocemos un momento en que hayamos estado sin conflicto. El ir a la oficina, que es un fastidio terrible, nuestras plegarias, nuestra búsqueda de Dios, nuestras disciplinas, nuestras relaciones... todo contiene en sí la semilla del conflicto. Esto es bastante obvio para cualquier hombre que quiera conocerse a sí mismo; cuando se observa como en un espejo, ve que está en conflicto. ¿Qué hace? Inmediatamente quiere escapar del conflicto o encontrar una fórmula capaz de absorber el conflicto. Lo que aquí tratamos de hacer es observar este conflicto, no huir de él.

El conflicto surge cuando hay contradicción en nuestras actividades, en nuestro pensamiento, en nuestro ser, tanto externa como internamente. Aceptamos el conflicto como una manera de progresar. Para nosotros, el conflicto es una lucha. Los ajustes, las represiones, los innumerables deseos, impulsos y esfuerzos contradictorios, todo eso crea conflicto dentro de nosotros. Nos educan para que seamos ambiciosos, para que hagamos de la vida una cuestión de éxito; y donde hay ambición, hay conflicto. Esto no significa que ustedes deban echarse a dormir, que deban practicar la meditación. Cuando comprenden la naturaleza misma del conflicto, llega una energía nueva, una energía no contaminada por ningún esfuerzo; y eso es lo que vamos a explorar.

Así que lo primero es darnos cuenta de que estamos en conflicto, no cómo trascenderlo, no qué hacer con él, no cómo reprimirlo, sino darnos cuenta del conflicto y no hacer nada al respecto; eso es esencial. Haremos algo más tarde, pero primero no hagamos nada en relación con lo que hemos descubierto, con el hecho de que estamos en conflicto y de que tratamos de evadirlo de diferentes maneras. Ése es el hecho. Y cuando permanezcamos con ese hecho por unos cuantos minutos, veremos que nuestra mente se resiste a permanecer con él. Quiere escapar, actuar sobre el hecho, hacer algo al respecto. Jamás puede vivir con el hecho. Para comprender algo, *tenemos* que vivir con ello; y para vivir con ello, debemos ser extremadamente sensibles. O sea, vivir con un hermoso árbol o un cuadro o una persona, no es acostumbrarse a ello. Tan pronto uno se acostumbra a algo, ha perdido la sensibilidad al respecto. Eso es un hecho. Si me acostumbro a la montaña donde vivo toda mi vida, ya no soy sensible a la belleza de su contorno, a la luz, a la forma, a su brillantez extraordinaria en las mañanas o en los atardeceres. Me he acostumbrado, lo cual implica que me he tornado insensible a ella. Del mismo modo, vivir con algo desagradable requiere igual sensibilidad. Si me acostumbro a las calles sucias, a los pensamientos sucios, a las situaciones desagradables, si tolero las cosas, también me vuelvo insensible. Vivir con algo, ya sea hermoso o feo, o con una cosa que ocasiona dolor, implica ser sensible a ello y no acostumbrarse. Eso es lo primero.

El conflicto existe no sólo porque tenemos deseos contradictorios, sino que toda nuestra educación, todas las presiones de la sociedad producen en nosotros esta división, esta hendidura entre "lo que es" y "lo que debería ser", entre el hecho y el ideal. Estamos dominados por los ideales. Una mente clara no tiene ideales. Funciona de hecho en hecho, no de idea en idea. Conocemos el conflicto no sólo en el nivel consciente, sino también en el inconsciente. No tengo la intención de discutir aquí

qué es lo consciente y qué lo inconsciente; lo haremos otro día. Ahora estamos interesados en el conflicto, en el conflicto que ocupa la totalidad de nuestro ser, tanto en los niveles conscientes como en los inconscientes. El conflicto *existe*. Cualquier esfuerzo para desembarazarnos del conflicto implica otro conflicto. Eso es bastante obvio y absolutamente lógico. Por lo tanto, la mente debe encontrar un modo que le permita liberarse del conflicto sin que en ello intervenga esfuerzo alguno. Si ofrezco resistencia al conflicto o a todos los patrones, a todas las intimaciones contenidas en el conflicto, esa resistencia misma es otra contradicción y, por ende, un conflicto.

Vean, lo expondré muy sencillamente. Me doy cuenta de que estoy en conflicto. Soy violento, y todos los santos y todos los libros han dicho que no debo serlo. Hay, pues, en mí dos cosas contradictorias: violencia y también que debo ser no violento. Eso es una contradicción, ya sea impuesta por mí mismo o por otros. En esa contradicción propia hay conflicto. Ahora bien, si ofrezco resistencia al conflicto, tanto para comprenderlo como para evitarlo, sigo estando en conflicto. La resistencia misma engendra conflicto. Eso está completamente claro: para comprender el conflicto y liberarme de él, no debo resistirlo ni evadirlo. Debo mirarlo, prestar atención a todo el contenido del conflicto —el conflicto con mi esposa, con mis hijos, con la sociedad, con todas las ideas que albergo—. Si ustedes dicen que no es posible estar libres de conflicto en esta vida, entonces no hay más relación entre ustedes y yo. Si dicen que es posible, tampoco hay relación entre ustedes y yo. Pero si dicen: "Quiero descubrir, quiero investigar eso, quiero demoler la estructura del conflicto que está siendo erigida en mí y de la cual formo parte", entonces ustedes y yo estamos relacionados; entonces podemos proseguir juntos.

Toda forma de resistencia, escape y evitación del conflicto sólo lo incrementa, y el conflicto implica confusión, brutalidad, dureza. Una mente en conflicto no puede ser compasiva, no puede tener la claridad que trae la

compasión. En consecuencia, la mente debe estar atenta al conflicto, sin resistirlo ni evitarlo ni tener opinión alguna sobre él. En esa acción misma nace una disciplina, una disciplina flexible que no se basa en ninguna fórmula, en ningún patrón, en ninguna represión. Consiste en observar todo el contenido del conflicto interno, y esa observación misma trae consigo, naturalmente y sin esfuerzo, una disciplina. Uno *debe* tener esta disciplina. Uso la palabra *disciplina* en el sentido de claridad, en el sentido de una mente que piensa con precisión, con salud; y una mente así no es posible si hay conflicto.

Por consiguiente, lo primero y esencial es comprender el conflicto. Quizás ustedes dirán: "Yo no estoy libre del conflicto. Dígame cómo puedo liberarme de él." Ése es el patrón que han aprendido. Quieren que se les diga cómo verse libres del conflicto, y seguirán ese patrón con el fin de liberarse; por lo tanto, continuarán estando en conflicto. Eso es sumamente sencillo de entender. No hay, pues, un "cómo". Les ruego que comprendan esto. No hay un método respecto de la vida; uno tiene que vivirla. Un hombre que tiene un método para lograr la no violencia o algún estado extraordinario está meramente preso en un patrón; y, en realidad, el patrón produce un resultado, pero éste no conducirá hacia la verdad. Por lo tanto, cuando uno pregunta: "¿Cómo puedo liberarme del conflicto?", está cayendo de vuelta en el viejo molde, lo cual indica que sigue estando en conflicto, que no ha comprendido; significa, además, que no ha vivido claramente con el hecho.

Estar en conflicto implica, pues, una mente confusa, y esto pueden verlo en todo el mundo. Todos los políticos del mundo están confusos y han traído desdicha a la humanidad. Lo mismo han hecho los así llamados santos. Y si ustedes son serios y quieren estar libres de conflicto, tienen que abolir totalmente la autoridad en sí mismos, porque para un hombre que quiere encontrar la verdad no hay autoridad alguna, ni el Gita, ni los santos de ustedes,

ni sus líderes; nadie. Eso significa que deben permanecer completamente solos. Ese estado de soledad creativa adviene sólo cuando la mente se halla libre de conflicto.

Vean, la mayoría de nosotros quiere evitar la vida, y hemos encontrado diversas maneras y métodos para evitarla. La vida es total, no es una cosa parcial. Incluyo la belleza, religión, la política, la economía, las relaciones, las disputas, la desdicha, la tortura, la agonía de la existencia, la desesperación. Todo eso —no sólo una parte, un fragmento de ello— es la vida, y tenemos que comprender esa totalidad, lo cual requiere una mente sana, cuerda, clara. Por eso debemos tener una mente sin conflicto, una mente que no conserve huella alguna de conflicto, que no haya sido dañada por éste. O sea, que el conflicto, en cualquiera de sus formas, sólo puede ser comprendido si estamos atentos a él.

Por "estar atento" entiendo observarlo. La observación requiere que uno lo mire sin opinar. Debo mirarlo, pero no con mis ideas, mis juicios, mi comparación, mi condena. Si hay condena, resistencia, no estoy observando; por consiguiente, mi interés no es el conflicto. El problema de ustedes es que no pueden mirar nada sin hacerlo con una idea. Quieren observar el conflicto, pero no pueden observarlo si introducen en ello una opinión o una evaluación o una idea acerca de ese conflicto, o si se resisten a él. De este modo, al apartarse del conflicto, se tornan conscientes de la resistencia que oponen. ¿Por qué se resisten? Pueden descubrir por qué. Para la mayoría de nosotros, el conflicto se ha convertido en un hábito. Nos ha embotado tanto, que ni siquiera somos capaces de advertirlo. Lo hemos aceptado como parte de la existencia. Cuando uno se encuentra con el conflicto, cuando lo ve como un hecho, lo resiste o trata de evitarlo, de hallarle una salida. Observar el hecho de que uno ofrece resistencia al conflicto es, entonces, mucho más importante que intentar comprenderlo; observar cómo uno trata de evitarlo, de aplicarle una fórmula. Entonces, uno empieza a observar sus fórmulas, sus opiniones, sus

resistencias. Estando atento a todo eso, uno acaba con su condicionamiento y, en consecuencia, es capaz de afrontar el conflicto.

De modo que para comprender el conflicto y liberarnos de él, no a la larga, no al final de nuestra vida, no pasado mañana, sino inmediatamente y de manera total —y eso puede hacerse—, se requiere una asombrosa facultad de observación, la cual no puede ser cultivada, porque tan pronto la cultivamos estamos de vuelta en el conflicto. Lo que se necesita es la percepción inmediata del proceso total, del contenido total de la conciencia; observación inmediata y, en consecuencia, visión de la verdad acerca del conflicto. En el momento en que vemos esa verdad estamos fuera del conflicto. No podemos ver la verdad al respecto, en ninguna forma, en ningún nivel, si tratamos de resistir al conflicto o de imponerle ciertas fórmulas que hemos aprendido.

Eso suscita una cuestión muy importante: el cambio no implica tiempo. O uno cambia *ahora,* o no cambia nunca. No entiendo el "nunca" en el sentido ortodoxo o en el sentido cristiano de "condenado por la eternidad". Quiero decir que uno cambia ahora, en el presente activo; ese presente activo puede ser mañana, pero sigue siendo el presente activo. Sólo en el presente activo hay una mutación, no en el día de pasado mañana. Es muy importante que esto se comprenda. Estamos muy habituados a tener una idea y, después, tratamos de poner esa idea en acción. Primero formulamos lógicamente o ilógicamente —por lo general, ilógicamente— una idea o un ideal, y luego tratamos de ponerlo en acción. Hay, pues, una brecha, una contradicción entre la acción y la idea. El presente vivo es la acción, no la idea. La fórmula es tan sólo una fijación; la acción es el presente activo. Si uno dice: "Debo liberarme del conflicto", eso se convierte en una idea. Hay un intervalo de tiempo entre la idea y la acción, y uno espera que durante ese intervalo tendrá lugar alguna acción peculiar, misteriosa, que generará un cambio.

Si permiten que intervenga el tiempo, no hay mutación posible. El comprender es inmediato, y sólo pueden comprender si observan de manera completa, con todo su ser; como cuando escuchan ese avión que pasa: escuchen el zumbido con todo su ser, no lo traduzcan, no digan: "Eso es un avión", o "¡qué molesto es!", o "cuando quiero escuchar al que habla, tiene que pasar ese avión"; en tal caso, eso se vuelve meramente una distracción, una contradicción, y están perdidos. Escuchar ese avión con todo el ser es escuchar con todo el ser al que les habla. No hay división entre ambas cosas. Hay una división sólo cuando quieren concentrarse en lo que se está diciendo, y eso se vuelve una resistencia. Si están completamente *atentos,* escuchan ese avión y también escuchan a quien les habla.

De igual modo, si están completamente atentos a toda la estructura y anatomía del conflicto, verán que hay un cambio inmediato. Entonces, están completamente fuera del conflicto. Pero si dicen: "Bueno, ¿será siempre así, estaré siempre libre del conflicto?", formulan una pregunta tonta. Ella indica que no están libres del conflicto, que no han comprendido su naturaleza. Lo único que quieren es vencer el conflicto y estar en paz.

Una mente que no ha comprendido el conflicto jamás puede estar en paz. Puede escapar hacia una idea, hacia una palabra llamada *paz,* pero eso no es la paz. Tener paz exige claridad, y la claridad sólo puede llegar cuando no hay conflicto de ninguna clase, lo cual no implica un proceso de autohipnosis. Sólo la mente que ha comprendido el conflicto con toda su violencia, con toda su locura —y la "no violencia" es una forma de locura, porque la mente no ha comprendido la violencia—, sólo una mente así puede llegar muy lejos. Una mente que se esfuerza por ser no violenta es violenta. Casi todos los santos y maestros de ustedes están llenos de violencia, no conocen la claridad de la compasión, es sólo la mente compasiva la que puede comprender aquello que está más allá de las palabras.

Madrás, 22 de diciembre de 1965

¿ES POSIBLE terminar con el conflicto en todas nuestras relaciones, en el hogar, en la oficina, en cada área de nuestra vida? Esto no quiere decir que debamos recluirnos en aislamiento, convertirnos en monjes o retirarnos a algún rincón de nuestra propia imaginación y fantasía; significa comprender el conflicto viviendo en este mundo. Mientras hay conflicto de cualquier clase, nuestras mentes, nuestros corazones y cerebros no pueden funcionar a su más alta capacidad. Pueden hacerlo sólo cuando no hay fricción, cuando hay claridad. Eso es posible cuando la totalidad de la mente —el organismo físico, las células cerebrales, la cosa total llamada mente— se halla en un estado de no conflicto. Sólo entonces es posible tener paz.

Para comprender ese estado, debemos comprender los conflictos cotidianos en constante aumento, la batalla diaria que se desarrolla dentro de nosotros mismos y la que sostenemos con nuestro prójimo, en la oficina, en la familia, la que tiene lugar entre hombre y hombre, entre hombre y mujer; y también la estructura psicológica de este conflicto, el "yo" del conflicto. El comprender, así como el ver y el escuchar, son cosas sumamente difíciles. Cuando ustedes dicen: "Comprendo tal cosa", en realidad quieren decir que no sólo han captado completamente el significado total de lo que se está diciendo, sino que

dicha comprensión es la acción misma. No pueden comprender si se limitan a captar, a escuchar intelectualmente, verbalmente lo que se dice; eso, por cierto, no es comprensión. O si sienten algo tan sólo de manera emocional, sentimental, eso tampoco es comprensión. Uno comprende algo únicamente cuando ello es abarcado por la totalidad de su ser, es decir, cuando nada es considerado fragmentariamente —ya sea con el intelecto solo o con la emoción sola—, sino de manera total.

Así pues, comprender la naturaleza del conflicto exige la comprensión, no de nuestro conflicto particular como individuos aislados, sino la comprensión del conflicto humano como una totalidad que incluye el nacionalismo, las diferencias de clase, la ambición, la codicia, la envidia, el deseo de posición y prestigio, todo el sentido del poder, del dominio, el miedo, la culpa, la ansiedad, y también incluye la muerte, la meditación... es decir, la totalidad de la existencia. Para comprender eso, uno debe ver, escuchar, no fragmentariamente, sino que debe mirar el vasto mapa de la vida. Una de nuestras dificultades es que funcionamos fragmentariamente, parcialmente: como ingeniero, artista, científico, hombre de negocios, abogado, físico, etc.; y cada fragmento está en pugna con otro fragmento, ya sea despreciándolo o sintiéndolo superior.

La pregunta es, entonces: ¿Cómo mirar la vida de una manera no fragmentaria? Cuando miremos la totalidad de la vida —no como un hindú, un musulmán, un católico, un comunista, un socialista, un profesor o un hombre religioso—, cuando veamos el movimiento extraordinario de la vida, el cual lo incluye todo: muerte, dolor, desdicha, confusión, absoluta falta de amor y la imagen del placer que nosotros mismos hemos engendrado durante siglos y que dicta nuestros valores y nuestras actividades, cuando veamos totalmente esta vastedad, entonces nuestra respuesta a ello será por completo diferente. Esta respuesta que surge cuando vemos en su totalidad el movimiento íntegro de la vida, es la que va a originar una revolución

dentro de nosotros, y esta revolución es absolutamente necesaria. Los seres humanos no pueden continuar siendo como han sido, odiándose y asesinándose sanguinariamente unos a otros, dividiéndose en países, en todas sus mezquinas, estrechas actividades individualistas, porque esa manera de vivir implica más desdicha, más confusión y más dolor.

¿Es posible, entonces, ver la totalidad de la vida, que es como un río que se mueve perpetuamente, incansablemente, con gran belleza, porque tiene tras de sí un inmenso caudal de agua? ¿Podemos ver esta vida en su totalidad?

Sólo cuando vemos algo totalmente lo comprendemos, y no podemos verlo totalmente si hay una actividad egocéntrica que guía y moldea nuestra acción y nuestros pensamientos. Es la imagen egocéntrica la que se identifica con la familia, la nación, las conclusiones ideológicas, los partidos políticos o religiosos. Es este centro el que afirma que está buscando a Dios, la verdad y todo lo demás, impidiendo así abarcar y comprender la totalidad de la vida. Para comprender este centro tal como es en realidad, se necesita una mente no obstruida por conceptos, conclusiones. Debo conocer *realmente,* no teóricamente, lo que soy. Conocer lo que pienso, lo que siento, mis ambiciones, codicias y envidias, mi deseo de éxito, de distinción y prestigio, mi avidez, mis pesares... todo eso es lo que soy. Puedo pensar que soy una cosa diferente, que soy Dios, pero eso sigue formando parte del pensamiento, de la imagen que se proyecta a sí misma por medio del pensamiento. Así pues, a menos que comprendan esto, no conforme a Sankara, Buda o cualquier otro, a menos que cada uno de ustedes se vea como realmente es de día en día, el modo cómo habla, como siente, como reacciona no sólo en el nivel consciente, sino en el inconsciente, a menos que eche ahí los cimientos, ¿cómo podrá llegar muy lejos? Por lejos que pueda ir, ello será tan sólo imaginación, fantasía, engaño, y uno será un hipócrita.

Ustedes tienen que echar estos cimientos, que consisten en comprender lo que son. Esto pueden hacerlo sólo observándose a sí mismos, no tratando de corregir, de moldear lo que observan, no diciendo "esto es bueno" o "esto es malo", sino viendo lo que de hecho ocurre, lo cual no implica que se vuelvan más egocéntricos. Por el contrario, se vuelven egocéntricos si se limitan a corregir lo que ven, traduciéndolo de acuerdo con sus agrados y desagrados; pero si tan sólo observan, no hay intensificación del centro.

Ver la totalidad de la vida requiere gran afecto. ¿Saben?, nos hemos vuelto muy duros, insensibles, y ustedes pueden ver por qué. En un país superpoblado, pobre tanto interna como externamente, en un país que ha vivido a base de ideas y no de la realidad, que ha estado adorando el pasado y cuya autoridad tiene sus raíces en el pasado... es natural que la población sea indiferente a lo que de hecho ocurre. Si se observan a sí mismos, verán qué poco afecto tienen, siendo el afecto cuidado, interés. El afecto implica sentido de la belleza, no sólo del ornamento externo. El sentido de la belleza adviene sólo cuando hay gran bondad, consideración, solicitud, que constituyen la esencia misma del afecto. Cuando eso está seco, nuestros corazones están secos y los llenamos con palabras, ideas, citas de lo que ya se ha dicho; y cuando tomamos conciencia de esta confusión, tratamos de resucitar el pasado, veneramos la tradición, retrocedemos. Debido a que no sabemos cómo resolver la presente existencia con toda su confusión, decimos: "Retrocedamos, volvamos al pasado, vivamos conforme a algo muerto." Por eso, cuando se enfrentan con el presente, ustedes escapan hacia el pasado o hacia alguna ideología o utopía y, teniendo vacío el corazón, lo llenan con palabras, imágenes, fórmulas y eslóganes. Obsérvense, y conocerán todo esto.

Producir, pues, de manera natural y libre esta mutación en la mente misma, requiere seriedad y gran aten-

ción. Nosotros no queremos atender, porque nos atemoriza lo que podría ocurrir si reflexionáramos verdaderamente sobre los hechos reales de nuestra vida cotidiana. Tenemos miedo de examinar; quisiéramos más bien vivir ciegamente existencias carentes de sentido, asfixiándonos, desdichados, infelices, triviales y, por lo tanto, vacíos. Y como nuestra vida carece de sentido, tratamos de inventarle un significado. La vida no tiene un significado. La vida es para ser vivida, y en ese vivir mismo uno empieza a descubrir la realidad, la verdad, la belleza de la vida. Para descubrir la verdad, la belleza de la vida, uno debe comprender el movimiento total de la misma, y para eso tiene que terminar con todo ese pensar fragmentario y esta fragmentaria forma de vivir. Tiene que dejar de ser un hindú, no en el nombre sino internamente; tiene que dejar de ser musulmán o budista o católico, con todos, los dogmas, porque estas cosas dividen a las personas, dividen nuestras propias mentes, nuestros propios corazones.

Extrañamente, ustedes escucharán todo esto, escucharán durante una hora; luego volverán a sus casas y repetirán el mismo patrón. Repetirán el patrón interminablemente, y este patrón se basa esencialmente en el placer.

Tienen, pues, que examinar sus propias vidas voluntariamente, no porque el gobierno influya en ustedes o alguien les diga que deben hacerlo. Tienen que examinarlas voluntariamente, sin condenarlas, sin decir esto es bueno o esto es malo; simplemente mirarlos. Cuando miren de ese modo, encontrarán que miran con ojos llenos de afecto, sin condenar, sin juzgar, con profundo interés. Se miran a sí mismos con interés y, por ende, con inmenso afecto; y sólo cuando hay gran afecto y amor vemos la vida en su totalidad.

Roma, 31 de marzo de 1966

¿ES POSIBLE ENCONTRAR un modo de vivir cotidiano que sea básica y radicalmente libre y, por lo tanto, revolucionario? Para mí, existe una sola revolución, y es la revolución religiosa. Las otras, la económica, la social, la política, no son revoluciones. La única revolución es la de la mente religiosa que se rebela, no como una reacción, sino como la acción de una mente que ha establecido un modo de vida exento de contradicciones. Todas nuestras vidas están en contradicción y, por ende, en conflicto, ya sea el conflicto que nace del tratar de amoldarnos, el conflicto causado por nuestra búsqueda de realización, o el conflicto engendrado por la influencia social. Los seres humanos han vivido en este estado de conflicto durante toda la historia conocida.

Todo lo que tocan lo convierten en conflicto, tanto interno como externo. O es una guerra entre los pueblos, o es un campo de batalla interno en la vida de un ser humano. Todos conocemos esta constante, perpetua lucha que se desarrolla tanto exteriormente como internamente. Es verdad que el conflicto produce cierto resultado mediante el uso de la voluntad, pero éste nunca es creativo. Para vivir, para florecer en la bondad, es indispensable que haya paz, no paz económica, no la paz entre dos guerras, no la paz de los políticos que negocian tratados ni la paz de que hablan las iglesias o la prédica religiosa

organizada, sino la paz que uno ha descubierto por sí mismo. Sólo en la paz podemos florecer, crecer, ser y funcionar. Esa paz no puede surgir cuando hay conflicto de cualquier clase, ya sea consciente o inconsciente.

Es posible vivir una vida sin conflicto en el mundo moderno, con toda la tensión, la lucha, las presiones e influencias que existen en la estructura social? Eso es el verdadero vivir, la esencia de una mente que investiga con seriedad. La cuestión acerca de si hay Dios, si existen la verdad y la belleza, puede suscitarse sólo cuando esto se ha establecido, cuando la mente ya no está más en conflicto.

INTERLOCUTOR: ¿Cómo puede uno evitar este conflicto?

KRISHNAMURTI: Usted no puede evitar el conflicto. Tiene que comprender la naturaleza del mismo. El conflicto es una de las cosas más difíciles de comprender. Hemos tratado de evitar el conflicto, y así hemos acudido a la bebida, al sexo, a la iglesia, a la religión organizada, a las actividades sociales, al entretenimiento superficial... a todas las formas de escape. Hemos tratado de evitar el conflicto, pero no hemos sido capaces de lograrlo. La evitación misma contribuye al conflicto.

I.: ¿Podría usted decir algo acerca de la naturaleza del conflicto?

K.: Examinaremos eso. Primero veamos la necesidad fundamental, radical de libertad y paz. Todavía no sabemos qué significa eso. Podemos ver, quizá desde el punto de vista intelectual, la necesidad de una mente, de un corazón, de la estructura total de un ser humano libres de conflicto, porque entonces hay paz. Esa paz es, en realidad, una forma de conducta moral, porque una mente que no es pacífica no puede comportarse bien, no puede tener

una relación correcta; y la relación correcta es conducta, virtud, moralidad, todo lo demás.

Si ambos comprendemos la necesidad de terminar con el conflicto, si la comprendemos siquiera verbalmente por el momento, entonces podemos proseguir; podemos comenzar a investigar qué es el conflicto, por qué surge, y si es del todo posible terminar con él insistiendo en un factor llamado voluntad. Empecemos despacio. Se trata de un tema tremendo; no podemos quitárnoslo de encima en una tarde. ¿Qué es el conflicto, tanto externa como internamente? Podemos ver que externamente somos el resultado de nacionalidades, presiones económicas, prejuicios religiosos y personales. Ha habido guerras religiosas durante toda la historia del mundo. Tal vez el budismo ha contribuido a la guerra, aunque recientemente monjes budistas se han incinerado, pero eso es totalmente contrario a tal enseñanza. Se les ha dicho que jamás tocaran la política, pero la política es el nuevo oráculo; provee elementos para la embriaguez del nacionalismo. Podemos ver, entonces, los factores externos que contribuyen a la guerra: las ideologías; no tenemos que investigar eso.

Luego está el conflicto interno, que es mucho más complejo. ¿Por qué hay conflicto en nosotros? Estamos examinando esto, no decimos que debemos o no debemos vivir sin conflicto. Y para examinar, tenemos que ser muy claros en nuestro pensar, intensamente agudos y alerta en la observación de toda la naturaleza y el significado del conflicto. ¿Por qué hay conflicto? ¿Qué entendemos por la palabra *lucha*? Estamos examinando el significado de la palabra, no qué es lo que da origen al conflicto. ¿Cuándo estamos conscientes de esta palabra, del hecho que implica? Sólo cuando hay dolor, una contradicción, cuando perseguimos el placer o cuando lo negamos. Me doy cuenta del conflicto cuando mi forma de placer en la realización personal, en distintas clases de ambición, se ve obstaculizada. Cuando el placer de la

ambición se frustra, soy consciente del conflicto, pero en tanto ese placer continúa sin obstáculos, no tengo sensación alguna de conflicto. Hay placer en el amoldamiento. Quiero amoldarme a la sociedad porque ello me rinde beneficios. Para tener seguridad, para ganarme la vida, para llegar a ser famoso, reconocido, para ser alguien en la sociedad, debo ajustarme a la norma, al patrón establecido por la sociedad. En tanto esté amoldándome por completo a ella, lo cual implica un gran placer, no hay conflicto; pero el conflicto surge apenas me aparto de ese amoldamiento.

Rajghat, 10 de diciembre de 1967

INTERLOCUTOR: Señor, usted nos ha hablado acerca del interés mutuo, del afecto y del amor, pero ¿cómo es posible que dos naciones sientan interés la una por la otra?

KRISHNAMURTI: Obviamente, no pueden. Cuando usted va hacia el norte y yo voy hacia el sur, ¿cómo puede haber afecto o atención o amor? Cuando usted, como una nación, desea apropiarse de cierto territorio y otra nación desea el mismo territorio, ¿cómo puede haber afecto o amor? Sólo puede haber guerra, que es lo que está sucediendo. En tanto haya nacionalidades, gobiernos soberanos controlados por el ejército y los políticos, con sus estúpidas ideologías y su espíritu separativo, tendrá que haber guerras. En tanto rindan ustedes culto a un trapo llamado bandera y yo reverencie otro trapo de un color diferente, es obvio que vamos a pelear el uno contra el otro.

Sólo cuando no haya nacionalidades ni divisiones tales como cristianos, budistas, hindúes, musulmanes, comunistas o capitalistas, no habrá guerra. Sólo cuando el hombre renuncie a sus insignificantes creencias y prejuicios, a la adoración exclusiva de su propia familia y todas esas cosas, habrá una posibilidad de paz en el mundo. Esa paz podrá llegar únicamente cuando todo el mundo esté

organizado, y el mundo no podrá organizarse económica o socialmente mientras existan estas divisiones. Eso significa que tiene que haber un idiota y una planificación universales, lo cual no desea ninguno de ustedes. Pero en tanto conserven sus creencias, nacionalidades, dioses y gurus particulares, están obligados a guerrear unos con otros. Es como un hombre que pretende ser fraternal cuando todo el tiempo odia a la gente.

Brockwood Park, 8 de septiembre de 1970

KRISHNAMURTI: Antes de que intentemos averiguar cómo es posible educar a los hijos de modo que no se amolden, ¿no deberíamos descubrir si nosotros mismos, los educadores, los padres, los maestros, como seres humanos, no nos estamos amoldando? ¿Imitamos, seguimos cierto patrón, aceptamos fórmulas y adaptamos la vida a esas fórmulas? Todo eso implica, por cierto, amoldarse, aceptar la autoridad, tener una fórmula, un principio o una creencia conforme a la cual uno vive, o rechazar los patrones externos de amoldamiento que nos han impuesto la cultura, la educación y el impacto de las influencias sociales. También podemos tener nuestros propios patrones de amoldamiento interno que aceptamos y a los cuales nos ajustamos, tanto internamente como en el mundo exterior.

¿Me doy cuenta de que me estoy amoldando? No digo que uno debe o no debe hacerlo, sino que primero ha de descubrir si se está amoldando. ¿Qué significa eso? Toda la estructura del lenguaje es una forma de aceptación con respecto al habla, al pensamiento, está condicionada por las palabras, etc. Uno puede ver que ahí se amolda. Además, uno se amolda a los patrones sociales externos: pelo corto, pelo largo, barba o no barba, pantalones, minifaldas, faldas largas y demás. E internamente, ¿acaso no se amolda uno siguiendo una imagen que ha formado acerca

de sí mismo, una conclusión, una creencia, un patrón de conducta? ¿Nos damos cuenta de todo esto? No que uno debe o no debe imitar, pero ¿nos damos cuenta de que todo el tiempo existe este amoldamiento externo e interno? Porque si uno se está amoldando, es obvio que no hay libertad, y sin libertad no hay inteligencia.

Para investigar dentro de sí mismo, uno ha de mirarse con absoluta objetividad, sin sentimentalismo alguno, sin decir esto es bueno o esto es malo, simplemente, ha de observar y descubrir a qué profundidad se está uno amoldando. ¿Se amolda en un nivel muy superficial, o lo hace en la totalidad del ser? Es éste realmente un tema muy complejo, porque hemos sido educados para dividir la vida como el "yo" y el "no yo", como si el observador y lo observado fueran dos cosas separadas. Básicamente, ése es uno de los patrones del amoldamiento: el modo como hemos sido educados. Cuando decimos: "Soy hindú", es conforme al patrón de la particular cultura y sociedad en la cual esta mente ha sido educada, en la que se ha desarrollado. ¿Es eso lo que uno hace? Esto es de veras sumamente interesante si uno lo investiga bien a fondo.

Primero tratemos de ver cómo nos amoldamos ustedes y yo. Si, como educadores, como padres, no comprendemos qué significa amoldarse, ¿de qué modo podemos ayudar a otro a liberarse del amoldamiento? Debemos tener claridad en nosotros mismos. ¡No pongamos el carro delante del caballo!

Vean, esto es realmente muy sutil, y si lo investigamos vemos que tiene una gran profundidad. La educación, el estudio de los hechos, ésta y aquella tecnología, son actualmente memoria y cultivo de la memoria. El camino del conocimiento que ustedes siguen consiste en amoldarse. Seguir el pasado, aceptar una tradición, llamarse a sí mismo alemán, ruso, inglés, es amoldarse, y la rebelión contra ello se convierte en otro patrón de amoldamiento. Por lo tanto, toda reacción es una forma de

amoldamiento. Yo no sé si ustedes aceptan todo esto. Digamos que no me gusta este sistema en particular, el sistema capitalista o el sistema comunista. Me rebelo contra él porque deseo una clase diferente de sistema. Y esa clase diferente de sistema es la consecuencia de estos dos sistemas particulares; prefiero ese otro sistema y me amoldo a él.

Al investigar, pues, esta cuestión —no cómo educar a los hijos, llegaremos a eso más adelante—, uno tiene que descubrir en sí mismo esos patrones de amoldamiento, de imitación.

INTERLOCUTOR: Señor, si no seguimos estos sistemas que existen en nuestra sociedad, ¿cómo podemos educar a nuestros hijos para que aprueben los exámenes?

KRISHNAMURTI: No hablemos de los hijos por el momento. Hablemos acerca de nosotros mismos, que somos responsables por estos infortunados hijos, veamos si *nosotros* nos estamos amoldando. Si es así, entonces, cualquiera que sea nuestra relación con los hijos, siempre produciremos, sutil o brutalmente, un sistema educativo que hará amoldarse al niño, al muchacho o al adolescente. Esto es muy simple. Si estoy ciego, no puedo conducir a otro, no puedo mirar, no puedo ayudarlo. Estamos más o menos ciegos si no sabemos hasta qué profundidades nos estamos amoldando.

I.: Pero el conocimiento de esas profundidades, ¿no es un proceso continuo? ¿No llega a ser más preciso?

K.: Llega a serlo, señor, se vuelve realmente muy preciso. Si es posible, les ruego que concedan un poco de atención a esto. ¿Se están ustedes amoldando? Obviamente, cuando me pongo los pantalones, me estoy amoldando. Cuando voy a la India y visto ropas diferentes, me estoy amoldando. Cuando llevo el cabello corto, me estoy

amoldando. Lo mismo cuando llevo el cabello largo, cuando uso una enorme barba; me estoy amoldando.

I.: ¿Pero no es esto mucho más una cuestión de que nos miramos a nosotros mismos y al mundo exterior como dos cosas separadas?

K.: Es lo que dije. La división como el "yo" y el "no yo", lo interno y lo externo; esta división es otra forma de amoldamiento. Apliquémonos al origen de ello, no a los amoldamientos periféricos, sino a la raíz. ¿Por qué se amolda la mente humana? Esa mente humana, ¿sabe que se está amoldando? Al formular esa pregunta descubriremos los límites mismos del amoldamiento, antes que estar investigando los amoldamientos periféricos, lo cual es una completa pérdida de tiempo Una vez que ha sido comprendido el problema central, podemos abordar lo exterior, el amoldamiento periférico.

I.: Señor yo me siento muy inseguro si no puedo seguir un determinado patrón.

K.: Él dice: si no sigo cierto patrón establecido por una sociedad y una cultura particular, ya sea comunista, finlandesa, alemana, católica, ésta o aquélla, seré rechazado. ¿Correcto? Imagine lo que ocurre en Rusia, bajo la tiranía soviética —aunque ellos la llamen democracia popular y todas esas idioteces—, yo sería barrido, me enviarían a un hospital mental y me administrarían drogas para que me volviera normal. Por lo tanto, antes de decir lo que debo hacer en una cultura particular, antes aún de formular esa pregunta, debemos descubrir por nosotros mismos si nos estamos amoldando y qué significa eso. Vea, ustedes siempre están discutiendo qué hacer en una determinada estructura de la sociedad. Ése no es el problema. El problema es si uno se da cuenta, si sabe que se está amoldando. Ese amoldamiento, ¿es periférico,

superficial, o es muy profundo? Hasta que responda a esa pregunta, usted no podrá habérselas con el problema de si el adaptarse a una determinada sociedad se quiere que haya amoldamiento.

I.: Yo actúo de cierta manera. ¿Cómo puedo saber si me estoy amoldando o no?

K.: Tendremos que averiguarlo, señor. Investiguémoslo. Dediquemos a ello tiempo y paciencia. No formulemos preguntas periféricas como qué debemos hacer.

I.: Parece posible que, al igual que en otras especies, haya en nosotros un deseo natural e instintivo de amoldarnos.

K.: Sí. ¿Por qué? Sabemos esto. Todo nuestro proceso de educación, toda nuestra crianza tiende a amoldarnos. Considérenlo. El animal se amolda. ¿Por qué?

I.: Para proteger la especie.

INTERLOCUTOR 2: Para mantenerse juntos.

INTERLOCUTOR 3: Para proteger el grupo.

K.: Para proteger el grupo, para tener seguridad, para estar a salvo. Por eso nos amoldamos. Ese amoldamiento, ¿contribuye a la seguridad? Decimos que sí, pero ¿lo hace? Quiero decir, llamarse a sí mismo americano, indio, japonés o indonesio, parece conferir una sensación de seguridad. Cuando uno se identifica con una comunidad particular, eso parece darle seguridad. Pero ¿es así? Cuando usted se titula alemán y yo me titulo judío o inglés, esta división misma es una de las principales causas de guerra, o sea, de inseguridad. Donde existe esa división que surge debido a la identificación con una

comunidad particular que, esperamos, habrá de darnos seguridad, eso es el principio mismo de destrucción de la seguridad. Está clarísimo.

I.: Entonces, usted siente que la idea de cualquier comunidad quitaría...

K.: No, señor; no, señor. Decimos que el deseo, el impulso, el instinto de amoldarnos se genera a causa de la esperanza de seguridad, de querer estar físicamente seguros, a salvo. ¿Es eso un hecho? La historia —no es que yo sea un historiador— ha demostrado que cuando usted se considera a sí mismo católico y yo me considero protestante, nos asesinamos el uno al otro en el nombre de Dios y todas esas cosas. Por lo tanto, la mente que busca seguridad mediante el amoldamiento destruye esa misma seguridad. Eso está claro, ¿no es así? Entonces, cuando eso está claro, hemos cesado de identificarnos con una comunidad a través de la cual esperamos estar seguros. El pensar así, el considerarlo de ese modo, se ha terminado. Una vez que usted ve la naturaleza ponzoñosa de esa división entre comunidades y de su propia identificación con una comunidad en la esperanza de hallarse seguro, cuando ve muy claramente eso, la verdad de eso, ya no busca estar a salvo, seguro por medio de una comunidad, de la nacionalidad, de la identificación con un grupo particular.

I.: ¿No hay otra cuestión, el sentimiento de pertenecer a algo?

K.: Sí, señor. Si pertenezco a un determinado grupo, ello me brinda satisfacción, una cálida sensación interna; hace que me sienta seguro. Es la misma cosa.

I.: Es mucho más que estar seguro. Es un sentimiento agradable.

K.: Sí, señor, ¿y eso qué implica? Un sentimiento agradable... pertenezco a esta comunidad de Brockwood, lo cual me brinda un sentimiento agradable. ¿Qué significa eso? Significa que deseo pertenecer a algo. ¿Por qué? Señor, desmenucemos esto y mirémoslo. ¿Por qué quiero sentirme cómodo dentro de una execrable pequeña comunidad? ¡Lo lamento!

I.: Porque en mí mismo me siento insuficiente.

K.: ¿Qué significa eso? En mí mismo soy insuficiente; me siento solo, soy un ente pobre, infeliz, consumido, desdichado; y digo: Dios mío, si pudiera identificarme con una gran comunidad, en ella me olvidaría de mí mismo. ¡Es tan simple esto!

I.: Queremos comunión.

K.: ¿Con quién?

I.: Con otras personas.

K.: ¿Cómo puede usted tener comunión con otras personas cuando está buscando seguridad por medio de otras personas?

I.: No es un asunto de seguridad.

K.: Señor, mire. Yo me siento cómodo, feliz, con un pequeño grupo de personas, con una determinada comunidad. ¿Por qué? Usted tiene que responder a esta pregunta. ¿Por qué me siento cómodo con un grupo particular de personas?

I.: Porque me atemorizan las otras.

K.: No sólo me atemorizan las otras.

I.: No.

K.: No, entonces, ¿qué? No me agradan las otras. No me agrada la apariencia que tienen, su olor, sus ropas, sus barbas, su pelo... Me agrada el grupo. Ese grupo me genera un sentimiento de simpatía,

I.: Necesitamos expansión.

K.: Expandir, ¿qué? ¿Qué estoy expandiendo? ¿Mi soledad, mi miedo, mi desdicha, mi falta de certidumbre? Cuando estoy claro, cuando me siento seguro, usted sabe, vital, no deseo identificarme con nada. No sé por qué perdemos tiempo en cosas así. Deberíamos profundizar más en esto. O sea, cualquier forma de identificación con un grupo, por consoladora, por satisfactoria que sea, implica no sólo bienestar psicológico en la división y, por lo tanto, destrucción, sino que también genera amoldamiento a ese grupo como contrario a otro grupo. Nuestra pregunta es, entonces: ¿Por qué nos amoldamos? Y ¿sé por qué me estoy amoldando? Por favor, aténgase a esas dos cosas. ¿Sabe usted que se está amoldando? Cuando se considera a sí mismo y se titula inglés o francés, ¿no se está amoldando? Cuando se titula católico, protestante, comunista, "Las Panteras" y todo lo demás, ¿acaso no se está amoldando? Y cuando toma conciencia de que se amolda periférica, superficialmente, la pregunta que sigue es: ¿Por qué? Si usted dice que espera estar a salvo, seguro, entonces vea los peligros de esa seguridad. No hay seguridad cuando uno se identifica con un grupo, por satisfactorio que éste sea. Entonces, ¿no está claro eso? Podemos hacerlo a un lado, terminar con ello. Cualquier forma de identificación con un grupo, por satisfactoria y consoladora que sea, no trae seguridad. Por lo tanto, jamás buscaré la seguridad en un grupo. ¿Podemos terminar con eso?

I.: Sí.

K.: Espere. Sí, pero *hágalo.*

I.: A veces no parece que nos estamos identificando cuando lo hacemos, sino que estamos trabajando juntos, y entonces, en cierto modo, pasamos por alto ese hecho.

K.: Sí. La cuestión es que podemos pensar que trabajamos juntos, y no necesariamente nos estamos identificando. La cooperación, ¿es imitación, amoldamiento? Por favor, examínelo un poco más. ¿Estoy cooperando con usted respecto de algo? ¿Respecto de un principio, una utopía, una serie de ideaciones? ¿O coopero con usted porque usted trae esclarecimiento? ¿O tengo el espíritu de cooperación en el que no existe amoldamiento alguno? Si estoy cooperando respecto de algo porque espero obtener un provecho personal a causa de esa cooperación, entonces eso no es cooperación. Pero si tengo el espíritu de cooperación, el sentimiento...

I.: Voy más allá del "yo".

K.: Señora, es justamente eso. ¿Tengo el espíritu, el sentimiento de cooperación? Así que volvamos; debo volver a esta cuestión que es: ¿Sabe uno que se está amoldando, por qué se está amoldando y cuál es la necesidad de amoldarse?

I.: Ello representa una imagen de igualdad.

K.: No, señor, considérelo. Lamento ejercer presión con esto. ¿Está usted amoldándose? Cuando toma drogas —no usted, hablo en general, no me interesa si las toma o no, señor—, ¿no es eso amoldamiento? Cuando bebe, cuando fuma, ¿no se está amoldando?

I.: Parece que uno no puede hablar de una acción, diciendo que es una acción de amoldamiento. Tiene que hablar acerca de la mente.

K.: Señor, acabamos de hacerlo. ¿Por qué se amolda la mente?

I.: Uno puede decir que la mente se amolda, pero ¿puede decir que tal o cual acción se está amoldando, que es realizada por una mente que se amolda?

K.: ¿Sabe usted que se está amoldando mediante la acción del amoldamiento? Hago algo, y el hacerlo revela que me estoy amoldando. O, sin la acción, uno sabe que se está amoldando. ¿Alcanza a ver la diferencia? ¿Sé que tengo hambre porque usted me lo dice? ¿O sé por mi mismo que tengo hambre? ¿Se que me estoy amoldando porque veo desarrollarse la acción del amoldamiento? No sé si me expreso con claridad. Tenga la bondad de acompañarme.

¿Sé, a través de la acción, que me estoy amoldando, o lo sé sin que haya de por medio una acción? Hay dos clases diferentes de conocimiento. El descubrimiento, a través de la acción, de que me estoy amoldando, me lleva a corregir la acción. ¿De acuerdo? Descubro, gracias a un determinado acto, que me estoy amoldando, y entonces me digo que para cambiar, para producir un cambio en el amoldamiento, debo actuar de una manera diferente. Por lo tanto, hago hincapié en la acción, no en el movimiento que da origen a la acción. Eso está claro. Entonces, antes de hablar acerca de la acción, quiero tener bien en claro la naturaleza del amoldamiento.

I.: Señor, no entiendo cómo puede uno observar la naturaleza del amoldamiento sin la acción que lo revela.

K.: De eso se trata, justamente. No puedo descubrir la naturaleza del amoldamiento sin tomar conciencia de la acción que resulta del amoldamiento. ¿Correcto?

I.: El amoldamiento está relacionado con un objetivo.

K.: Señor, cómo sabe usted que se está amoldando?

I.: Por medio de la observación.

K.: Por medio de la observación. Seamos bien claros. ¡Espere un momento! Por medio de la observación, dice usted. El observador que observa la acción dice: "Me estoy amoldando." ¿De acuerdo? El observador mismo, ¿no es el resultado de siglos de amoldamiento?

I.: Sí.

K.: Por lo tanto, está observando, no la acción, sino que se observa a sí mismo amoldándose.

I.: Sí.

K.: *Él* el origen de todo el amoldamiento, no lo que él hace. Lo que él hace —él como el observador, como el censor, el inglés, el tradicionalista, etc.— es el resultado de la corriente del amoldamiento. De modo que cuando formulamos preguntas acerca de quién es el que se amolda, qué es el amoldamiento y por qué se amolda uno, creo que la respuesta a todo eso radica en el observador. El observador es el censor. Ahora bien, el censor toma conciencia de sí mismo al condenar o justificar. Esa condena o esa justificación son el resultado de su amoldamiento al patrón de una determinada cultura en la que se ha educado. Ahí está toda la cosa.

Brockwood Park, 31 de agosto de 1974

TENEMOS QUE OBSERVAR, obviamente, no sólo nuestras propias vidas, sino también lo que ocurre alrededor de nosotros: el conflicto, la violencia, el sentimiento extraordinario de desesperación y dolor, de una existencia sin sentido. Para escapar de eso recurrimos a toda clase de creencias extravagantes y sectarias. Los gurus se están multiplicando por todo el mundo como los hongos en otoño. Traen sus propias fantasías particulares, sus tradiciones, y las imponen sobre los demás. Eso no es religión; es una completa insensatez, la aceptación tradicional de lo que ha sido, de lo que está muerto. Se vuelve, pues, muy importante que demos origen no sólo a un cambio en el mundo exterior a nosotros, sino también a una total revolución psicológica interna. Eso me parece lo más urgente y necesario. Eso producirá, natural e inevitablemente, un cambio en su estructura social, en nuestras relaciones, en toda nuestra actividad.

Me parece, pues, que lo primero es el acto de observación: observar, observar sin el observador. Examinaremos esto porque es bastante difícil.

Observar, no como inglés, norteamericano, hindú, budista, católico, protestante, comunista, socialista o lo que fuere, sino observar sin estas actitudes condicionantes, observar sin la aceptación tradicional, observar sin el "yo" interfiriendo con la observación. El "yo", que es la

consecuencia del pasado, de todas nuestras tradiciones, de nuestra educación, de nuestras influencias sociales, ambientales y económicas, este "yo" es el que interfiere con la observación. Entonces, ¿es posible eliminar totalmente de la observación esta actividad del "yo"? Porque es el "yo" el que separa y, por lo tanto, genera conflicto en nuestras relaciones mutuas.

¿Es posible observar todo este fenómeno de la existencia, observarlo sin el tradicional "yo", sin sus prejuicios, opiniones, juicios, deseos, placeres y temores? Si no lo es, estamos atrapados, en la vieja trampa de las reformas superficiales dentro de la misma área, con un poco más de experiencia, un poco más de conocimiento expansivo, etcétera, pero siempre permaneciendo en la misma área a menos que haya una comprensión radical de toda la estructura del "yo". A mí me parece que esto es muy obvio y, sin embargo, casi todos somos propensos a olvidarlo; la mayoría de nosotros está tan cargada con sus propias opiniones, sus juicios y sus actitudes individualistas, que es incapaz de percibir lo total. En la percepción de lo total radica nuestra salvación. Por la palabra *salvación* entiendo una manera diferente de vivir, actuar y pensar, de modo que podamos vivir totalmente en paz dentro de nosotros mismos, sin conflicto, sin problemas.

Eso es lo que vamos a considerar juntos: si la mente humana, tan condicionada a causa del tiempo, de la evolución, de todas las experiencias, de muchísimos conocimientos, si una mente así, la mente de ustedes, nuestra mente, nuestra conciencia, puede ir más allá de sí misma, No en teoría, no en la fantasía, no en experiencias románticas, sino *realmente,* sin sentido alguno de ilusión. Porque nuestra conciencia es la conciencia del mundo. Me parece importante que esto se comprenda. Nuestra conciencia con su contenido es la conciencia de cada ser humano en el mundo. Podemos variar un poquito aquí y allá, un color diferente, un aspecto diferente, una forma diferente, pero el contenido de nuestra conciencia es,

esencialmente, la conciencia del mundo. Si ese contenido puede ser cambiado, entonces puede ser cambiada la conciencia del mundo. ¿Nos estamos comunicando acerca de esto, estamos hablando el mismo idioma?

Si puedo cambiar el contenido de mi conciencia, ello afectará, obviamente, la conciencia de los demás. Y este contenido compone mi conciencia. El contenido no está separado de la conciencia. Como ser humano, vivo en este mundo con todo el afán, la desdicha, la confusión, el sufrimiento, la violencia, las nacionalidades separadas, el mundo con sus conflictos, sus guerras, sus brutalidades y con todas las calamidades que en él tienen lugar. Eso forma parte de mi conciencia y de la conciencia de cada uno de ustedes, la conciencia educada para aceptar salvadores, instructores, gurus, autoridades. Y bien, ¿puede ser transformada esa conciencia? Si puede ser transformada, ¿cuál es el modo de hacerlo? Evidentemente, no se trata de un método. El método implica un plan preconcebido o un sistema inventado por alguien a quien uno respeta o de quien piensa que tiene la respuesta final, y entonces uno se ajusta a ese método. Eso es lo que hemos hecho y, en consecuencia, eso sigue estando dentro del mismo patrón. Así pues, si uno rechaza el ajuste a cualquier patrón, método, objetivo, haciéndolo no mediante la resistencia, sino gracias a la comprensión, al discernimiento que uno tiene respecto de la necedad que implica ese ajuste, entonces la mente tropieza con un problema mucho más difícil: el miedo. Por favor, esto no es una mera plática, sino que es más bien algo que estamos compartiendo. El compartir implica atención, implica la necesidad de comprender, no intelectualmente, no de manera verbal, sino comprender con nuestras mentes, con nuestros corazones, con la totalidad de nuestro ser.

Como dijimos, nuestra conciencia con su contenido es la conciencia del mundo, porque dondequiera que uno vaya, la gente está sufriendo. Hay pobreza, desdicha, brutalidad; esto forma parte de nuestra vida cotidiana. Hay

injusticia social, están los tremendamente ricos y los tremendamente pobres. A cualquier parte que uno vaya, esto es un hecho absoluto. Cada uno de nosotros está sufriendo, se halla atrapado en toda clase de problemas, sexuales, personales, colectivos, etc. Este conflicto ocurre en todo el mundo y en todos los seres humanos. Nuestra conciencia es la conciencia de ellos. En eso reside la compasión, no la compasión intelectual, sino la verdadera pasión por la totalidad de este ser humano, el cual se halla atrapado en este tormento extraordinario.

Cuando miramos esta conciencia sin interpretarla como buena o mala, noble o innoble, bella o fea, cuando simplemente la observamos sin interpretación alguna, vemos por nosotros mismos que hay una sensación tremenda de miedo, inseguridad, falta de certidumbre, y que, debido a esa inseguridad, escapamos hacia todas las formas de seguridad neurótica. Les ruego que observen esto en sí mismos, no acepten meramente lo que dice quien les habla. Además, cuando observan, ¿quién es el observador? ¿Quién es el observador que está observando todo este fenómeno? El observador, ¿es diferente de aquello que él observa? ¿Es el pensador diferente del pensamiento? ¿Es el experimentador diferente de lo que él experimenta? ¿Me parece que ésta es una de las cosas fundamentales que debemos comprender. Para nosotros, hay división entre el observador y lo observado, y esta división genera conflicto. Dondequiera que haya división, tiene que haber conflicto.

Me parece, pues, que uno debe tener mucha claridad con respecto a estas cuestiones: quién es el observador, y si el observador es diferente de lo observado. Yo miro mi conciencia; no sé si alguna vez han intentado mirar la propia conciencia. Mírenla como si estuvieran mirándose a sí mismos en el espejo. Miren todas las actividades de su conciencia, tanto las conscientes como las inconscientes, las que están dentro del campo del tiempo, dentro del área del pensamiento. Ahora bien, ¿puede uno observar

eso? ¿O lo observa como si fuera algo exterior a uno mismo? Si de hecho lo observa, ¿es el observador que observa diferente de la cosa observada? Y ¿qué es lo que lo hace diferente? ¿Nos estamos comunicando? ¿Hacemos el viaje juntos? No me dejen viajar solo, por favor; estamos todos juntos en esto.

¿Qué es el observador? ¿Cuáles son la estructura y naturaleza del observador. El observador, ¿es el pasado con sus experiencias, sus conocimientos, sus heridas psicológicas acumuladas, sus dolores y demás? ¿Es el pasado? El observador, ¿es el "yo"? Siendo el pasado, ¿el observador es capaz de mirar lo que ocurre alrededor de él *hoy*? O sea, si estoy viviendo en el pasado, con los recuerdos, las heridas, los dolores, con todos los conocimientos acumulados por la mente —todo el conocimiento está siempre en el pasado—, es con esa mente que observo. Y cuando observo con esa mente, siempre estoy mirando a través de ojos que han sido psicológicamente heridos, que recuerdan las cosas del pasado. Siempre estoy mirando desde el pasado, desde la tradición acumulada, y así jamás estoy mirando el presente. Hay una división entre el observador, que es el pasado, y el presente activo, móvil, vital. Existe, pues, un conflicto entre el observador y lo observado.

¿Puede la mente observar sin el observador? Esto no es una adivinanza, un truco, no es algo para especular al respecto. Uno puede verlo por sí mismo, puede tener un destello de discernimiento en la realidad; o sea, que el observador jamás puede observar. Puede observar lo que desea observar; observa conforme a sus deseos, sus temores, sus inclinaciones, sus requerimientos románticos y demás. Lo observado se torna en algo por completo diferente cuando el observador mismo es por completo diferente. Si he sido educado como católico, budista, hindú o Dios sabe qué más, y observo la vida, este movimiento extraordinario de la vida, con mi mente condicionada, mis creencias, mis temores, mis salvadores, etc., no estoy

observando "lo que es"; observo mi propio condicionamiento y, por consiguiente, jamás observo "lo que es".

Cuando observo, ¿es el observador diferente de mí mismo? ¿O el observador *es* lo observado? ¿Comprenden? Lo cual elimina por completo el conflicto. Porque vemos que nuestras vidas, nuestra educación, nuestra manera de vivir, se basan en el conflicto; todas nuestras relaciones, nuestras actividades, el modo como vivimos, como pensamos, brotan de este perpetuo conflicto entre unos y otros, tanto el externo como el interno. Y la vida religiosa, hasta ahora ha intensificado el conflicto, ha convertido la existencia en una tortura: uno debe llegar a Dios, o como quieran llamarlo, mediante el amoldamiento, la aceptación de una creencia, que son todas formas de conflicto. Y es obvio que una mente en conflicto no es una mente religiosa.

Así llegamos al punto: ¿Puede la mente, la mente de ustedes, observar sin el observador? Ello se vuelve extremadamente arduo porque suscita toda la cuestión del temor. Están no sólo los temores conscientes, sino los temores profundamente arraigados. Ahora bien, ¿puede la mente hallarse libre de temor? No de unos cuantos temores o de los que uno es consciente, sino de toda la estructura del temor, tanto de la consciente como de la inconsciente. Quizás ustedes digan que eso no es posible, que ningún ser humano puede vivir sin temor en este mundo. Ahora bien, nosotros preguntamos si una mente que vive en el temor, temor al mañana, a lo que ha sido, a lo que podría ser, a lo que es, temor en la relación, temor a la soledad... muchísimas formas de temor, los temores más absurdos y más trágicos; preguntamos si la mente puede estar libre de todo eso.

Entonces, ¿cómo investiga uno el temor? Me atemorizan muchísimas cosas. ¿Cómo investigo el temor y me libero de él, teniendo presente que el observador es lo observado, que el temor no es diferente del observador? El observador es parte del temor, evidentemente. ¿Cómo

hará la mente, entonces, para liberarse del temor? Porque con la carga del temor uno vive en la oscuridad, y del temor surgen la agresión, la violencia, todas las actividades neuróticas que tienen lugar no sólo en el campo religioso, sino en la relación de todos los días. Por lo tanto, una mente sana, cuerda, íntegra, necesita estar libre del temor. No con una libertad parcial, sino totalmente libre; no hay tal cosa como la libertad parcial. Así pues, el observador es él mismo el temor, y cuando observa el temor como algo separado de sí mismo, hay conflicto. Entonces trata de superar el conflicto, de reprimirlo, de escapar de él, etc. Pero cuando uno tiene un destello de discernimiento en esta verdad de que el observador es lo observado, ¿qué ocurre?

Expresémoslo de una manera diferente: estoy furioso. Esa furia, ¿es diferente de mí, del observador que dice: "Estoy furioso"? ¿O la furia forma parte de mí? Esto parece muy simple. Y cuando me doy cuenta de que el observador es lo observado, de que la furia que reconozco forma parte de mí mismo, que no es algo separado, entonces, ¿qué debo hacer con esa furia? No estoy separado de esa furia; yo *soy* la furia. No estoy separado de la violencia; *soy* la violencia. Esa violencia ha surgido a causa de mi temor, el cual ha engendrado agresión. *Soy*, pues, todo eso. ¿Qué ocurre, entonces?

Veámoslo un poco más. Cuando estoy furioso, cada respuesta es la que llamo *furia*, la reconozco porque he estado furioso anteriomente. Así, cuando vuelvo a estar furioso, reconozco eso, lo cual fortalece aún más la furia, porque miro esta nueva respuesta, con el reconocimiento de una furia anterior. Por lo tanto, estoy meramente reconociendo la furia. No voy más allá; cada vez me limito a reconocer eso. ¿Puedo, pues, yo, puede la mente observar esa furia sin que haya reconocimiento, sin usar la palabra *furia*, la cual es una forma de reconocimiento? Somos, de múltiples maneras, seres humanos violentos; podemos tener un rostro amable y una voz tranquila, pero interna-

mente somos personas violentas. Desarrollamos actividades violentas, tenemos un hablar violento y demás. Ahora bien, esa violencia, ¿es diferente de mí, del observador? Veo que el observador forma parte de esa violencia; no es que el observador sea no violento y, por lo tanto, observe la violencia, sino que el obsevador mismo forma parte de esa violencia.

¿Qué hará, entonces? Yo soy parte de esa violencia, y antes me he separado de esa violencia, diciendo: "Debo reprimirla, debo conquistarla, debo trascenderla"; por consiguiente, había un conflicto entre esa violencia y yo mismo. Ahora he eliminado ese absurdo, veo el hecho de que soy violento, de que mi estructura misma es violenta. ¿Qué sucede, entonces? Obviamente, no hay deseo de superar esa violencia, porque soy parte de ella. No es cuestión de tratar de superarla, de reprimirla; la represión, la superación, el escape, son un desperdicio de energía, ¿no es así? Ahora bien, cuando el observador es lo observado, dispongo de toda esa energía que antes era disipada escapando, reprimiendo. Ahora tengo esa tremenda energía que se genera cuando el observador es lo observado, y esa energía puede ir mas allá de la violencia.

Para hacer cualquier cosa necesitamos energía, ¿verdad? Necesito energía para ir más allá de la violencia, y he gastado esa energía a causa de la represión, el amoldamiento, la racionalización y toda clase de escapes y justificaciones. Cuando veo que el observador es lo observado y toda esa energía se concentra, cuando esa energía total está ahí, no hay violencia. Son sólo los fragmentos los que crean la violencia.

INTERLOCUTOR: Hay una interacción.

KRISHNAMURTI: No se trata de interacción, señor; atengámonos a una sola cosa. No introduzcamos todavía la interacción, ya llegaremos a eso. Señor, mire, los seres humanos de todo el mundo han intentado, en el

viejo modo tradicional, de superar la violencia, la ira, mediante la racionalización, la justificación, los escapes, mediante toda clase de actividades neuróticas, y no han ido más allá de la violencia, de la ira, de la brutalidad y demás. Ahora bien, ¿puede la mente ir más allá de todo eso y, de una vez por todas, terminar con la violencia? Ello es posible sólo cuando comprendemos que el observador es lo observado, porque en la observación no hay, entonces, escape, ni interpretación, ni racionalización; sólo eso existe y, por lo tanto, uno tiene la energía para ir más allá. Hágalo y lo verá. Pero primero debe comprender la razón, la lógica, la verdad de que el observador es lo observado.

Cuando alguien mira a otra persona, a la esposa, al marido, a la novia, al novio, ¿es uno diferente de lo observado, de la persona a la que observa? La forma —un hombre, una mujer— puede ser diferente, el sexo puede ser diferente, pero en lo psicológico, ¿es la conciencia de quien observa diferente de la conciencia de otro, él o ella? Investiguemos esto a medida que avanzamos. Cuando uno observa, está observando su propia imagen, no observa al otro. La imagen que uno ha formado por obra de diversas interacciones, la imagen que ha formado de ella o de él, esa imagen es la que está mirando. Esto es muy obvio, ¿verdad? Por lo tanto, cuando uno comprende realmente, no de manera verbal o intelectual, sino como un hecho, como algo verdadero, que el observador es lo observado, todo conflicto llega a su fin y nuestra relación mutua experimenta, entonces, una transformación radical.

¿Puede, pues, la mente, observar el temor? Volvamos a eso: nuestro temor a la muerte, a la vida, a la soledad, a la oscuridad, a ser nadie, a no convertirse en un éxito extraordinario, a no ser un dirigente, un escritor, esto o aquello, muchas cosas diferentes... En primer lugar, ¿se da uno cuenta de eso? ¿O lleva una vida tan superficial, hablando perpetuamente de otras cosas, que jamás tiene

conciencia de sí mismo, de sus propios temores? Entonces, si uno se percata de esos temores, ¿a qué nivel se torna consciente de ellos? ¿Es una conciencia intelectual de los propios temores, o se percata *realmente* de ellos, tal como se percata del color que tiene el jersey de la persona que se sienta junto a uno? ¿Es uno consciente de su temor en los niveles profundos, en los escondrijos ocultos de su mente? Y si están ocultos, ¿cómo han de ser puestos al descubierto? ¿Debe uno acudir al analista? Y el analista es uno mismo. Él necesita analizarse también; de lo contrario, ¡no podría ser un analista!

Entonces, ¿cómo ha de descubrir uno toda esta estructura, las complejidades del temor? ¿Saben?, éste es un problema tremendo, no es algo para prestarle atención sólo por dos o tres minutos y después olvidarlo; debemos averiguar por nosotros mismos si es posible poner al descubierto todos los temores, o si hay un solo temor central con múltiples ramas. Y si, cuando uno ve el temor central, las ramas comienzan a marchitarse. Ahora bien, ¿cómo abordan ustedes esto? ¿Desde la periferia o desde el centro? Si la mente puede comprender la raíz del temor, entonces las ramas, los diversos aspectos del temor no tienen sentido; se marchitan. ¿Cuál es, entonces, la raíz del temor? ¿Pueden ustedes mirar su temor? Mírenlo ahora, invítenlo; naturalmente, ustedes no sienten temor aquí, pero saben qué temores tienen: temor a la soledad, a no ser amados, el temor de no ser bien parecidos, de perder su posición, su empleo, esto o aquello... muchas cosas diferentes. Y bien, al mirar un temor, un temor en particular, ustedes pueden ver la raíz de ese temor, y no sólo la raíz de ese temor, sino la raíz de todo temor. Al observar un temor, en el sentido de que el observador es lo observado, verán por sí mismos que, a través de un temor, descubren la raíz de todos los temores. Supongamos que uno siente temor, ¿temor a qué?

I.: A la soledad.

K.: A la soledad. Uno teme a la soledad. Ahora bien, ante todo, ¿ha mirado usted la soledad, o es una idea que lo atemoriza? No el hecho de la soledad, sino la idea de la soledad; ¿ve la diferencia? ¿Cuál de las dos cosas es? ¿Lo atemoriza la idea, o lo atemoriza la realidad?

I.: No están separadas, ¿verdad?

K.: No es eso, señor. Mire: yo tengo una idea de la soledad. La idea es la racionalización del pensamiento que dice: "No sé lo que es la soledad, pero la temo." O bien conozco la soledad, no como una idea sino como un hecho. La conozco cuando estoy en medio de una multitud y de pronto siento que no estoy relacionado con nada, que estoy absolutamente disociado, perdido, que no puedo confiar en nadie. Se han cortado todas las amarras y me siento tremendamente solo, asustado. Eso es un hecho. Pero la idea *acerca* de eso no es un hecho, y creo que la mayoría de nosotros sólo tiene una idea acerca de eso.

Entonces, si no se trata de una idea, sino de un hecho, ¿qué es la soledad? ¿No la estamos engendrando todo el tiempo a causa de nuestra actividad egocéntrica, de este tremendo interés que tenemos en nosotros mismos, en nuestro aspecto, en nuestras actitudes y opiniones, en nuestros juicios, en nuestra posición e importancia, en nuestro *status,* en todo eso que es una forma de aislamiento? Hemos hecho esto, lo hemos hecho todos los días, a lo largo de años, y de pronto nos encontramos completamente aislados; nuestras creencias, Dios, todo ha desaparecido. Existe esta sensación de tremendo aislamiento que no puede ser traspasada; y eso, naturalmente, trae consigo un gran temor. Ahora observo que en mi vida, en mi vida cotidiana, todas mis actividades, mis pensamientos, mis deseos, mis placeres, mis experiencias

me aíslan más y más. Y la sensación final de aislamiento es la muerte... pero ésa es una cuestión distinta. Observo, pues, esto. Lo observo en mis movimientos y actividades de todos los días. Y en la observación de esta soledad, el observador forma parte de ella, es en esencia esa soledad. El observador es, pues, lo observado. Por lo tanto, no puede escapar de la soledad. No puede disimularla, tratar de llenarla con buenas obras o lo que fuere, largándose a la iglesia, meditando y demás. Así pues, el observador es lo observado. ¿Qué ocurre, entonces? Uno ha eliminado el conflicto por completo, ¿no es así? No trata de escapar de él, de disimularlo, de racionalizarlo; se enfrenta con el hecho de que uno *es* eso. Cuando uno se enfrenta con ello completamente y no hay escape y uno *es* eso, el problema no existe, ¿verdad? No hay problema, porque entonces no hay sentimiento alguno de soledad, de aislamiento.

Entonces, ¿puede usted observar su temor? ¿Puede, a través de un temor, seguir la pista hasta la raíz misma de todos los temores? O sea, siguiendo la pista de este sentimiento de soledad, ¿no ha dado con la raíz del temor? Me siento solo. Sé lo que eso significa, lo sé no como una idea, sino como un hecho. Sé lo que es el hambre, lo sé como un hecho, no porque alguien me haya dicho lo que es el hambre. Existe esta sensación extraordinaria de soledad, de aislamiento. El aislamiento es una forma de resistencia, de exclusión. Estoy plenamente consciente de esa soledad, y también me doy cuenta de que el observador es lo observado. Y veo que allí hay temor, un temor hondamente arraigado; y a trevés de uno de los factores del temor —la soledad— he sido capaz de descubrir y mirar el hecho central del temor, que es la existencia del observador. Si el observador no existe —el observador es el pasado, son sus opiniones, sus juicios, evaluaciones, racionalizaciones, interpretaciones, toda la tradición—, si ese observador no existe, ¿dónde está el temor?

Si el "yo" se halla ausente, ¿dónde está el temor? Pero desde el punto de vista religioso, y en los colegios,

las escuelas y universidades, nos han educado para afirmar, cultivar el "yo" como el observador. Yo soy católico, protestante, inglés, soy esto, aquello y todo lo demás. Y, observando un temor, la mente ha sido capaz de mirar y rastrear el hecho central del temor, que es la existencia del observador, del "yo". Y ¿puedo vivir en este mundo, sin ser "yo", cuando todo lo que me rodea es una afirmación del "yo", cuando la cultura, las obras de arte, los negocios, la política, la religión, todo alrededor de mí dice: *cultiva el "yo"*? En una cultura semejante, en una civilización así, ¿puede uno vivir sin el "yo"? El monje dice que no es posible; escapa del mundo, se va a un monasterio, cambia su nombre, consagra su vida a esto o aquello, pero el "yo" sigue estando ahí, porque ese "yo" se ha identificado con la imagen que ha proyectado de sí mismo como esto, aquello o lo de más allá. El "yo" sigue estando ahí de una manera diferente.

Entonces, ¿puede uno vivir —ésta es una pregunta tremendamente importante y muy seria—, puede uno vivir sin "yo" en este mundo monstruoso? Es decir, ¿puede uno vivir cuerdamente en un mundo de locura? *Es* un mundo demente, con todo el engaño de las religiones. ¿Puede usted vivir en un mundo demente y estar totalmente cuerdo?

Y bien, ¿quien habrá de responder a esa pregunta excepto usted mismo? Eso significa que usted debe ver que su conciencia, con todo su contenido, es la conciencia del mundo. Esto no es una mera declaración; es una realidad, es algo tremendamente factual. El contenido de nuestra conciencia compone nuestra conciencia. Sin el contenido no hay conciencia. Nuestro contenido ahora es temor, placer, todo lo que ocurre en el mundo, la cultura que está siendo tan exaltada, tan elogiada —¡qué cultura tan maravillosa, con sus guerras, sus brutalidades, sus injusticias, su hambre, su inanición!—; pertenecemos a esa conciencia. Y si nuestra conciencia experimenta un cambio radical, ese cambio afecta la conciencia del

mundo, lo hace *realmente*. Tomen a cualquiera de las personas que han generado la así llamada revolución física, Lenin, las personas de la Revolución Francesa. Uno puede no aprobar lo que ellas hicieron, pero afectaron la conciencia del mundo, igual que Hitler, Stalin y toda esa banda.

I.: Como Cristo.

K.: ¡Oh!, muy bien, Cristo. ¿Ve usted cómo escapa? Escapa hacia sus viejas tradiciones. No dice: "Mire, *yo* tengo que cambiar. Mi conciencia debe experimentar una transformación radical." Ésta es la cuestión central: ¿Puede su conciencia experimentar un cambio radical? Puede hacerlo sólo cuando es visto el hecho fundamental: que el observador es lo observado. Cuando usted ve eso, llega a su fin todo el conflicto interno. Pero donde existe una división entre el observador y lo observado, entre la ira y la no ira, hay conflicto. Cuando el árabe y el judío ven que son seres humanos iguales, no hay necesidad de conflicto. Así pues, ¿puede usted observar su conflicto y ver que éste no se halla separado de usted, que usted *es* ese conflicto?

Ojai, 13 de abril de 1975

EL PROBLEMA ES: ¿Qué acción hay que no se base siempre en la memoria? Porque la acción basada en la memoria debe conducir inevitablemente a la degeneración. Ése es nuestro problema. Porque la mente humana está degenerando, y uno de los factores de esa degeneración lo constituyen el conflicto, el temor y la perpetua persecución del placer, todo basado en el movimiento del pensar, que es un proceso de la materia. ¿Hay una acción que no degenere? ¿Hay una acción que consista en percibir y actuar? Realmente, percibir y actuar sin que haya un intervalo de tiempo.

Lo plantearé de otra manera. La vida es relación. Sin relación no hay vida, no existe un verdadero vivir. No obstante, en nuestras relaciones hay muchísima memoria acumulada; entre dos personas hay ofensas, riñas, placeres, enojos, dominación mutua, etc. Ustedes conocen lo que sucede en una relación así. Todo eso se almacena en la memoria como una imagen. Si tiene una imagen de ella y ella tiene una imagen de él. Y estas dos imágenes dicen: "Estamos relacionados. Nos amamos el uno al otro." Esas imágenes son recuerdos, y así llaman ustedes amor a la recordación de cosas pasadas. Eso es un hecho, sucede en la vida de todos los días. Ahora bien, ¿pueden ustedes vivir sin estas imágenes? Sólo entonces hay amor. En esa relación en la que no hay imagen alguna,

existe una acción de instante en instante que es siempre nueva.

Estamos relacionados íntimamente con alguien, esposa, novia, novio o quien fuere. Viviendo juntos por un día o durante quince o treinta años, hemos creado, formado una imagen de ella o de él. Eso es un hecho. Pueden verlo en su propia vida. Esa acumulación de diversos incidentes, insultos, enojos, impaciencias, ira, placer y dominio se ha convertido en memoria, en una imagen, y esa imagen es la que siempre está respondiendo. Esa memoria es la que siempre responde en la relación. Ahora bien, ¿puede uno vivir sin formar una imagen en absoluto? Sólo entonces existe una relación. Entonces, ¿pueden hacerlo, no crear jamás una imagen, sea lo que fuere que ocurra? No digan que sí ni que no; vamos a descubrirlo. Si dicen: "No, eso no es posible", entonces no hay problema, ustedes continuarán su propio camino. Pero si quieren descubrir lo que significa vivir de una manera diferente, deben formularse esta preguntas: ¿Es posible vivir sin una sola imagen? ¿Quieren descubrirlo? Lo señalaré para ustedes y avanzaremos juntos. Yo no soy el guru de ustedes, ¡gracias a Dios!, ni el maestro, ni el explicador, nada.

Ustedes tienen que descubrir qué es la atención y qué es la inatención. Digamos que estoy relacionado con usted, íntimamente, familiarmente, y que tengo una imagen de usted. ¿Por qué se ha formado esa imagen? ¿Se forma cuando hay atención? Por lo tanto, tengo que descubrir qué es la atención.

¿Qué es la atención? ¿Es concentración? ¿Qué es la concentración? Cuando uno se concentra, excluye, pone todo su ser en un determinado punto. Por lo tanto, erige una resistencia en torno de sí mismo, y en esa resistencia hay conflicto, un no desear y desear algo. Debo, pues, descubrir qué es la atención. Si hay atención, ¿habrá imagen alguna? Porque la relación es de la más alta importancia en la vida. Si tengo con usted una relación verda-

dera, tengo una relación verdadera con todo, con la naturaleza, con mi prójimo, con todas las cosas en la vida. Y debido a que no tengo una verdadera relación con usted, todo sale mal. Debo descubrir, pues, si hay una imagen cuando hay atención. ¿O sólo hay una imagen cuando hay inatención? ¿Comprende mi pregunta? Usted, que es mi esposa, mi marido o lo que fuere, me dice algo cruel; a causa de que no presto atención, eso se registra. Pero si presto atención completamente en el instante del insulto, ¿registro en absoluto? Descúbralo. Investíguelo y hágalo. Es decir, cuando hay atención, no hay un centro. Cuando uno se concentra, existe un centro. Cuando atiendo completamente, no hay "yo", no hay imagen, nada. Si, por ejemplo, usted está escuchando ahora con atención completa, si lo hace, ¿qué ocurre? No hay acuerdo ni desacuerdo, hay cuidado, afecto, amor, de modo que está escuchando totalmente. De igual manera, cuando en la relación hay una palabra, un gesto, una mirada que lastima, si en ese instante hay atención completa, no hay imagen, no hay nada que registrar.

Saanen, 30 de julio de 1978

¿QUÉ ENTENDEMOS POR LA PALABRA *orden*? Cuando escuchan esa palabra, ¿qué sienten, qué responden, cuál es la respuesta instintiva de ustedes? El orden, según los totalitarios, consiste en obedecer a unos pocos y ajustarse a un patrón establecido por ellos. Lo planteo en términos simplistas, pero son suficientes para comprender lo que los totalitarios entienden por la palabra *orden:* que no habrá disenso, que todos pensamos igual, que todos trabajamos para el Estado. Cualquiera que se desvía es llamado disidente y es destruido. Ésa es una clase de orden. Vamos a cuestionarla.

Luego ha existido el orden victoriano —entendiéndose la palabra *victoriano* como propio de los finales del siglo diecinueve—, el cual consiste en mantener todo ordenado exteriormente. Interiormente podemos tener caos, confusión, desdicha, pero exteriormente debemos mostrar que somos muy ordenados. En oposición a eso, más recientemente hemos cultivado la permisividad. Para el hombre o la mujer que viven en una sociedad permisiva, el orden es una abominación. Para el hombre o la mujer que viven en la era victoriana, el orden era control, no expresar las propias emociones, abstenerse, reprimirse. Y ahora tienen ustedes el orden totalitario. Éstos son hechos muy simples, hechos cotidianos. Exteriormente, decimos que debemos tener orden, e interiormente somos

muy desordenados. ¿Dirían eso ustedes? Desordenados implica contradicción, confusión, dar importancia a unas cosas en contra de otras, convertir el sexo en algo enormemente importante, tal vez en lo único importante, y lo demás dejarlo a un lado o relegarlo a un lugar secundario. E internamente hay una lucha y una batalla constantes; todo eso es desorden. Esto está claro, por cierto.

Ahora bien, ¿qué es lo que contribuye al desorden, tanto externo como interno? ¿Nos damos cuenta de que vivimos en desorden? Exteriormente hay desorden cuando estamos en guerra. Eso es terrorismo total organizado, considerado respetable y bendecido por los sacerdotes. Un terrorismo así es, obviamente, desorden reconocido como algo necesario por casi todos los seres humanos. El desorden existe cuando hay nacionalidades. Tenemos, pues, desorden en lo externo y desorden en lo interno. ¿Estamos familiarizados con nuestro desorden interno? Sabemos, leyendo los diarios y las revistas, que hay un monstruoso desorden externo. Pero es mucho más difícil conocer nuestro desorden interno. Me pregunto, pues, y ustedes se preguntan, cuál es la raíz de este desorden y por qué vivimos de este modo. ¿Por qué vivimos así? ¿Por qué toleramos esto? ¿Por qué lo aceptamos? Hay desorden entre el hombre y la mujer. Por íntima, placentera, confortable y satisfactoria que sea la relación que tienen, hay entre ellos una batalla constante, la cual es desorden.

INTERLOCUTOR: No siempre es así.

KRISHNAMURTI: Puede haber excepciones, de acuerdo. Una o dos, media docena, unas pocas personas en el mundo puede que tengan una relación maravillosa la una con la otra, pero una relación espantosa y alarmante con el mundo. Dije que *pueden* tenerla.

Así pues, ante todo, ¿estamos familiarizados con este desorden? ¿Lo percibimos internamente, lo conocemos?

¿Vemos u observamos que vivimos en desorden? Puede haber excepciones, esa señora y unos pocos más. Si no nos damos cuenta de que vivimos en desorden, ¿quién va a decírnoslo? A nadie le importa. Por el contrario, ellos quieren que vivamos en desorden; es ventajoso para la sociedad, para los negocios, que ustedes vivan en desorden, porque tan pronto tienen orden interno se vuelven un peligro.

Así que, por favor, averigüen por sí mismos si internamente la vida de ustedes es ordenada o desordenada. Ordenada puede significar conforme a un patrón, a una tradición. Eso es lo que, por lo general, se llama ordenada: ajustarse a lo que han dicho las personas religiosas, los monjes, los gurus, los maestros, los libros que llamas sagrados; si ustedes siguen esas cosas y se ajustan a ellas, dicen: "Estoy viviendo de un modo ordenado." ¿Genera orden el ajuste? ¿O es la raíz misma del desorden? Uno se ajusta a un patrón cuando en este país se pone pantalones y una camisa; cuando va a la India, se pone ropas diferentes. Pero estamos hablando del ajuste, del amoldamiento interno, psicológico. ¿Nos amoldamos? ¿Sabe uno, se da cuenta de que se amolda?

* * *

LO INVESTIGAREMOS más a fondo. Empecemos con esto: yo o ustedes, ¿nos estamos ajustando a un patrón, ya sea a uno establecido por la sociedad, o a uno que hemos establecido nosotros mismos? Yo puedo rechazar por completo la autoridad externa, pero internamente tengo autoridad de mi experiencia, de mi conocimiento, y a esa autoridad me ajusto. Eso es también amoldamiento. Por lo tanto, ¿se dan cuenta por sí mismos de esto hecho? Si no es así, entonces, ¿quién va a despertarlos? ¿Quién va a ejercer presión sobre ustedes para que digan: "Sí, estoy en desorden, lo he descubierto"? Porque no lo descubrirán por medio de la presión. La presión

externa es la que hace que se amolden o no se amolden. Por consiguiente, y si me permiten que lo pregunte otra vez: ¿Están ustedes, de algún modo, amoldándose psicológicamente? Si lo examinan bien a fondo, éste es uno de los puntos más sutiles o importantes. Uno tiene que ajustarse a ciertas leyes, tiene que manejar conservando la mano derecha en Europa y la mano izquierda en Inglaterra. Si dice: "Bueno, no voy a ajustarme a eso", y conduce del lado derecho en Inglaterra, la policía lo perseguirá.

Les ruego, pues, que se pregunten si se están ajustando a la tradición, a sus propias respuestas agresivas y violentas. ¿Se están ajustando a todo eso? Si imitan, no externa sino internamente, psicológicamente, vean qué problema tremendo es ésto. ¿Se tomarán tiempo, una tarde, una noche o un rato durante el día, para observarse a sí mismos? Esto es lo que están haciendo ahora; si puedo señalarlo con el mayor respeto, se están mirando a sí mismos y descubriendo por sí mismos si se ajustan, si imitan, si uno se amolda a un patrón y otro a un patrón diferente, de modo que hay conflicto entre ambos y, en consecuencia, desorden.

Entonces, si saben, si se dan cuenta, si ven que están en desorden, ¿permanecerán con el desorden sin tratar de cambiarlo sin decir: "Debo trascenderlo, reprimirlo, comprenderlo, racionalizarlo", sino simplemente sosteniéndolo en los brazos, por decirlo así, sin ningún movimiento? El bebé está dormido en nuestros brazos; apenas nos movemos, se despierta y llora.

Éste es el punto: ¿Comprenderá uno y generará orden en su vida mediante reglas, disciplina, control, represión? ¿O, al ver el desorden en sí mismo, no escapará de él, no lo interpretará según su propia idiosincrasia, su temperamento, sino que tan sólo lo mirará, observándolo, vigilándolo?

Hemos dicho en otra ocasión que la palabra *arte* significa poner las cosas en su lugar exacto, no dando

importancia indebida a una o a otra. Si uno da importancia excesiva a la tecnología, entonces concede demasiado poca a otros aspectos de la existencia; por lo tanto, hay falta de armonía. Si uno da la más alta y devastadora importancia al sexo, lo convierte en la única cosa que importa en la vida, como lo hace la mayoría —quizás hay excepciones—, y entonces nuevamente exagera y produce falta de armonía. Si ustedes estiman el dinero como de máxima importancia, otra vez hay contradicción; o si dicen que el poder, la dominación, son sumamente importantes, vuelve a generarse contradicción. Por lo tanto, vivir armoniosamente significa ponerlo todo en su justo lugar. ¿Harán esto? Esto es, no darán al cuerpo la importancia tremenda que se le da en el mundo occidental —la apariencia, las ropas—, lo cual no quiere decir que no deban vestirse de manera apropiada y decente. ¿Harán todo esto? Si no, ¿por qué hablan acerca del orden? No tiene ningún sentido. Pero si queremos vivir en orden y, por consiguiente, en armonía, con un sentido de gran belleza, quizá también de paz, entonces debemos tener orden.

El orden no tiene nada que ver con ir de tienda en tienda mirando los escaparates, pero sin comprar nunca nada. Ustedes piensan que son extraordinariamente comprensivos yendo de un libro a otro, de un maestro a otro, de un guru a otro, de un sacerdote a otro, de un filósofo a otro. *Jamás, jamás, jamás permanecen en un lugar y descubren.* ¿Por qué hace eso la gente? ¿Se lo han preguntado alguna vez? Van a la India; están hartos de su sacerdote aquí, de modo que tal vez haya alguno allá. ¡Todo un desatino romántico! A esto se le llama reunir conocimientos o tener una mente abierta. En realidad, eso no es una mente abierta, ¡es una gran criba con grandes agujeros, con nada en ella sino agujeros! Esto es lo que hacen ustedes todo el tiempo, de diferentes maneras. Preguntamos, pues: ¿Son ustedes lo bastante serios, entregados, consagrados, como para vivir una vida de orden total?

I.: Parece más fácil vivir en desorden.

K.: Es mucho más fácil vivir en desorden, ¿no es así?

I.: Los que viven en desorden es porque no han comprendido en absoluto qué es el desorden.

K.: Por favor, averigüemos por nosotros mismos si nos gusta vivir en desorden; aparentemente, a la mayoría le gusta: desorden en su habitación y demás. Si eso les gusta, no hay nada que decir al respecto. Pero si dicen que vivir en desorden genera estragos en nuestra vida, desdicha, confusión, violencia, entonces, evidentemente, tienen que conocer su propio desorden, familiarizarse con él.

Si encuentran que viven en desorden, para averiguar qué deben hacer o no hacer, es preciso que investiguen la pregunta siguiente: ¿Cuál es la verdadera raíz del desorden que da origen a toda esta confusión, a este conflicto, a esta desdicha? ¿Cuál es la raíz de este desorden total en que vivimos? No digan: "Es el yo", o "es el ego"; ésas son palabras, pensamientos. Descúbranlo por sí mismos.

I.: Aceptamos el error de la mayoría... (el resto inaudible).

K.: Señor, descarte todo eso. Descarte a Krishnamurti, descarte todos esos disparates y descubra. Realmente, no estoy interesado en mí mismo. Estoy demasiado viejo para esa clase de cosas infantiles.

I.: El origen del desorden es que no sentimos afecto por los demás.

K.: Estamos hablando acerca del desorden. ¿Cuál es la razón, el origen, la esencia del desorden? ¡Un momento!, no cite a nadie, incluyéndome a mí. Porque usted se

limita a responder, a decir algo que otros han dicho. Deseche, pues, lo que han dicho otros, incluyendo a esta persona que les habla. No pertenezca a Krishnamurti. Eso sería fatal. No forme grupos Krishnamurti, ¡por Dios!

¿Cuál es la raíz del desorden? ¡Cualquier cosa que sea limitada, que funcione dentro de un espacio muy estrecho, tiene que crear desorden. Si yo la quiero como a un ser humano en particular y odio a otros, si estoy apegado a usted y no siento afecto alguno por el mundo con tal de que usted y yo estemos perfectamente felices en nuestro pequeño hogar, tengo que crear desorden. Estamos, pues, descubriendo algo: cualquier cosa que actúa, que vive en un espacio pequeño, en una cáscara muy pequeña, o aun en una cáscara enorme, sigue siendo limitada. Cualquier cosa que se mueve, funciona y actúa dentro de un espacio estrecho, debe crear desorden. Si pertenezco a ese guru y no pertenezco a ninguno de los otros gurus, entonces estoy actuando muy limitadamente. Es obvio. Pero si no tengo gurus en absoluto, si no sigo absolutamente a nadie, entonces puedo actuar de manera amplia y comprensiva.

Le pregunto, pues: El desorden, ¿es producido por un modo de vida limitado? "Mi esposa y nadie más." Digo que debo ser amable, generoso, compasivo, que debo amar a los demás... pero éstas son sólo palabras, porque me concentro totalmente alrededor de una persona o de una cosa. Eso puede generar desorden. He descubierto, pues, que cualquier acción limitada debe crear desorden. O sea, si actúo como nacionalista, eso es desorden; si actúo como católico, protestante, hindú, budista y demás, eso es desorden.

Ahora bien, ¿se ha mirado usted a sí misma, se ha familiarizado consigo misma y dijo: "Así es esto, lo dejaré y se acabó"? Si está interesada en descubrir qué es el orden, entonces todo lo que genera desorden es abandonado instantáneamente. Como un científico que investiga: su investigación es lo fundamental que le interesa y a

ello entrega toda su vida; las otras cosas son secundarias. Así pues, ¿puede usted descubrir por sí misma si está actuando, viviendo en un círculo estrecho?

I.: ¿Piensa usted que es tan fácil que uno mismo cambie, que tenga un destello de discernimiento en el desorden?

K.: ¿Es tan fácil que uno mismo cambie? Ésa es la pregunta central. Yo digo que sí. Pero no *crea* lo que le digo, porque usted no va a cambiar tan fácilmente. Si ve el peligro real, como ve el peligro de un precipicio, actúa. Pero usted no ve el peligro de la acción limitada, de una limitada forma de vivir. "Estoy apegado a ti, tú me perteneces, ¡por Dios!, vivamos juntos en paz, no riñamos y olvidémonos del mundo... el mundo es horrible. Tengo que salir al mundo para ganar dinero y todo eso, pero nosotros dos estamos unidos." Esto llega a ser demasiado infantil.

* * *

CUANDO USTED COMPRENDE el peligro del desorden en la vida, el cual se expresa de diferentes maneras: amoldamiento, vivir en una pequeña y estrecha rutina, o quizás en una muy ancha, pero siempre rutina, cuando ve todo eso no verbalmente, no intelectualmente, sino que de hecho ve el peligro que es el desorden, se acabó. Hay orden.

I.: Yo pienso que no es tan fácil que uno mismo cambie. Ahora, tengo el discernimiento, me doy cuenta de los peligros; después vuelvo a la ciudad, vuelvo a mis amigos y lo olvido.

K.: La ciudad, los negocios, la esposa, el marido, son los factores más peligrosos porque todo eso implica

apego. Espere un momento. No significa que usted no deba casarse o tener una amiga y todas esas cosas, pero le ruego que vea el peligro de vivir como estamos viviendo en un círculo pequeño y estrecho. Usted sabe, en Saanen, esta pequeña localidad, hablan alemán. Uno se aleja dos millas y hablan francés, y las personas no se comunican unas con otras; permanecen en un reducido círculo. Nosotros hacemos lo mismo. ¿Ve usted realmente el peligro de esa manera de vivir? Si no lo ve, ¿cómo va uno a hacérselo ver, a ayudarle a que lo vea? Digamos que yo no veo el peligro de ajustarme a una tradición, a una norma, ya sea externa o interna; no veo que eso causa desorden. Usted me lo ha explicado de diez modos diferentes, pero yo rehúso verlo. ¿Comprende? No quiero verlo porque eso es muy perturbador; yo estoy acostumbrado a vivir de una manera desordenada y, lo que usted me pide que mire, es algo que me causa temor, que me espanta.

Ustedes se han habituado al desorden, se han habituado a las guerras; se han habituado a reñir con sus esposas, con sus maridos. Están habituados a vivir en este caos. ¿Saben?, esto es muy interesante: la palabra *cosmos* significa orden, y el universo está en orden, en completo orden. Nosotros vivimos en desorden y tratamos de comprender el cosmos, el universo. ¿Cómo puedo comprender algo que es el orden total, sin una sola grieta, cuando yo mismo estoy viviendo en desorden?

Bombay, 31 de enero de 1981

¿QUÉ ES lo que desea cada uno de ustedes? Yo no puedo darles dinero, ni un empleo, ni conducirlos al cielo ni a la salvación; entonces, ¿qué puede hacer quien les habla? Todo cuanto puede hacer es señalar ciertos factores, sucesos, ciertas experiencias que son nocivas para la existencia humana; él puede señalar que el nacionalismo es un gran peligro, que cualquier religión que no libera al hombre, es un peligro extraordinario —los libros que ustedes llaman sagrados son inútiles si no los ayudan a liberarse—. ¿Podemos, pues, ayudarnos el uno al otro a estar libres, libres del miedo, del dolor, de la ansiedad, a fin de que tengamos en el mundo alguna clase de paz, de amor? ¿Podemos hacer esto juntos? ¿O es imposible? ¿Les gustaría que quien les habla lo hiciera acerca de la terminación del dolor? ¿Quisieran que les comunicara una manera de vivir totalmente distinta de la manera como vivimos ahora? Eso será posible solamente si nuestras relaciones y nuestras acciones son las debidas, las correctas.

¿Examinaremos, entonces, qué es la acción correcta? Es decir, la acción que será correcta bajo todas las circunstancias y sea donde fuere que vivamos, cualquiera que sea el medio y por limitada que sea nuestra actividad. ¿Podemos descubrir juntos qué es la acción correcta? Eso es muy importante. Por lo tanto, averigüemos el signifi-

cado de esas dos palabras: *correcta* y *acción*. Cuando decimos *correcta*, usamos esa palabra con el significado de una acción total, no fragmentada, no dividida, una acción completa en la que no hay lamentaciones que no contiene en sí ninguna clase de perturbación. Un movimiento correcto quiere decir que es constantemente íntegro, preciso, exacto bajo todas las circunstancias. Y una *acción* significa algo que estoy *haciendo,* no que he hecho o que haré. La acción correcta implica, pues, "haciendo", es una acción inmediata y total. ¡Cuál es, actualmente, nuestra acción real? Ella se basa en un ideal, en un recuerdo o en una acción que *debería* realizarse; por lo tanto, está siempre elaborando, siempre deviniendo. Si tenemos un motivo para actuar, esa acción es esencialmente inacción, porque en ella estamos continuamente deviniendo; en consecuencia, sólo nos interesa el llegar a ser, no la acción en sí. Vamos, pues a descubrir por nosotros mismos qué es la acción correcta.

Si pueden comprenderlo verdaderamente por sí mismos, habrán resuelto numerosos problemas. Toda nuestra vida es un devenir, un llegar a ser. Si uno es un oficinista, quiere llegar a ser gerente; si es gerente, director principal, y así sucesivamente. Quieren ascender en la escala, ya sea en los negocios o en la política, y lo mismo ocurre en el mundo religioso. En el mundo religioso, si uno está practicando, siguiendo cierta dieta, ciertos conceptos, ciertas ideas, está también deviniendo, tratando constantemente de alcanzar ciertas metas.

Así pues, si observamos nuestra vida actual, vemos que es un proceso constante de devenir. En ese devenir está involucrado el tiempo: soy esto, seré aquello, lo cual implica un movimiento de aquí hacia allá, una distancia psicológica. Ustedes necesitan tiempo para ir desde aquí hasta sus casas. Ahí el tiempo es necesario, porque ustedes viven lejos o cerca; en ambos casos, el volver implica tiempo. Psicológicamente, internamente, ustedes se dicen: "Soy esto, pero llegaré a ser aquello." Hay una

distancia entre lo que son y lo que desean ser, la cual es tiempo en el que están deviniendo, llegando a ser alguna cosa. Así, nuestra vida es siempre un devenir, y la acción tiene lugar en ese devenir. ¿Correcto? Por consiguiente, la acción jamás es completa. Me pregunto si ven esto. Cuando ustedes admiten el tiempo en la acción, ese tiempo indica que se están moviendo de un punto a otro punto. De modo que esa acción será inevitablemente limitada; y, como cualquier acción que es limitada, generará un conflicto mayor aún.

¿Existe, pues, una acción que no involucre al tiempo? Por favor, vean la importancia de esto. Está el tiempo biológico, la evolución a partir del bebé, está el tiempo psicológico, y está el tiempo del reloj, o sea, los días y las noches. Hay, pues, tres tipos de tiempo; respecto del tiempo biológico uno nada puede hacer, ese tiempo está contenido en los genes mismos. Para poder crecer desde la infancia hasta el estado adulto y la vejez, ahí el tiempo es necesario. Y el tiempo es necesario para que vayan desde aquí hasta sus casas. Pero nosotros creemos que el tiempo también es necesario para producir una acción correcta: aprenderé qué es la acción correcta, y ese aprender implica tiempo. ¿Hay, pues, una acción que no involucre al tiempo? Es decir, ¿hay una acción que no esté controlada por la idea del devenir? ¿Está claro todo eso? Les ruego que vean la importancia que implica el tiempo, el tiempo psicológico. O sea, estoy furioso; me tomaré tiempo para superar mi furia. Así es como funciona nuestro cerebro; ha sido adiestrado durante milenios para funcionar de ese modo. Ustedes piensan también que la iluminación, el esclarecimiento interno, necesita tiempo, vida tras vida, seguir un sistema de meditación, obedecer... todo eso que implica tiempo.

Estamos diciendo que el tiempo es un peligro. El tiempo psicológico es un peligro porque nos impide actuar. Si uno es violento y dice: "Seré no violento", se ha tomado tiempo. En ese tiempo, uno no está libre de la

violencia; es violento. Así pues, si comprendemos la naturaleza del tiempo, habrá acción inmediata. Es decir, la violencia llega a su fin inmediatamente. Comprendemos la cuestión del tiempo. Eso es muy importante, porque pensamos que para cambiar necesitamos tiempo; pensamos que necesitamos tiempo para crecer, para evolucionar psicológicamente; ese tiempo significa: lo que somos y lo que deberíamos ser. Ésta es nuestra constante, continua tradición, nuestro condicionamiento. Ahora estamos señalando el *peligro* del tiempo psicológico, no del tiempo biológico o el del reloj, sino del tiempo psicológico, es decir, la admisión del mañana, un mañana que puede estar a cien días de distancia; significa admitir la idea de que el tiempo es necesario para cambiar de "lo que es" a "lo que debería ser". Estamos diciendo, pues, que ése es uno de los factores más peligrosos en la vida: Admitir el tiempo en la acción. Ahora esperen un momento. Yo necesito tiempo para aprender un idioma, necesito tiempo para obtener un título de ingeniero. Si quiero ser un experto en computadoras, tengo que estudiar, investigar; eso lleva tiempo. Necesitamos del tiempo físicamente para ir de aquí hasta allá. Para aprender un idioma, para llegar a ser experto en algo, para ser un buen carpintero... para todo eso necesitamos tiempo.

Por tanto, todo nuestro cerebro trabaja con el concepto del tiempo. Toda nuestra vida es para llegar a ser algo. Y esto "llegar a ser" es el factor más peligroso en la acción. Vean, jamás hemos investigado si es posible actuar sin el mañana, sin el futuro; el futuro es el "llegar a ser". Además, nunca hemos investigado qué es "ser". Hemos aceptado la tradición, el condicionamiento de que toda la vida es un devenir, un llegar a ser. Plantamos una semilla; deviene planta, árbol, lo cual toma tiempo. Así, el mismo movimiento es aceptado en el mundo psicológico. Estamos cuestionando eso. Decimos que cualquier forma de devenir psicológico no sólo impide la acción verdadera, sino que es una ilusión. *No existe un mañana*

psicológico, pero el pensamiento ha creado la idea del "llegar a ser", y el pensamiento ha proyectado el mañana. No es que no exista un mañana; existe, uno tiene que levantarse mañana. Lo que el pensamiento ha proyectado es la idea de que psicológicamente, internamente llegaré a ser esto o aquello, de que finalmente encontraré el cielo, la iluminación, la vida después de la vida, de que, si vivo correctamente, tendré mi recompensa. El tiempo es necesario para que crezca una planta, y creemos que también es necesario para que lleguemos a ser alguna cosa.

Ahora bien, en ese "llegar a ser" residen todos nuestros problemas: yo debo ser mejor, más afectuoso. O soy codicioso de dinero, y siempre estoy buscando dinero, dinero y dinero; con el tiempo, dejaré de ser codicioso. ¿Ven lo que sucede? El cerebro es el resultado del tiempo; ha evolucionado desde el simio hasta nuestros días. Ha crecido por obra de la experiencia, el conocimiento, la memoria, el pensamiento y la acción. Vean, entonces, lo que ocurre: experiencia, conocimiento, memoria, acción... adquirir conocimiento requiere tiempo.

Preguntamos, pues: ¿Qué es la acción correcta? No puede hallarse en el campo del tiempo. No puedo aprender acerca de la acción correcta. Si aprendo acerca de la acción correcta, ese aprender toma tiempo. Si uno capta inmediatamente el significado pleno de esto, entonces, a causa de esa percepción inmediata, *existe* una acción no contenida en el tiempo. Investigaré esto más profundamente.

Como dije, el tiempo es un peligro. O ustedes perciben directamente y actúan directamente ahora, o dicen: "Reflexionaré sobre lo que él ha dicho y veré si es acertado o erróneo." En tal caso, emplean tiempo, mientras que si dicen: "Escuchemos cuidadosamente lo que él está diciendo", eso significa que están prestando atención, y esa atención no pertenece al tiempo. Atienden, escuchan; no que escucharán o que escuchan e interpretan lo que se dice —lo cual toma tiempo—, ni que traducen lo que

oyen a lo que ya conocen, lo cual también toma tiempo. ¿Pueden, pues, escuchar de manera tan completa que captan inmediatamente el significado del tiempo? Examinaré esto de nuevo. Los científicos, especialmente los expertos en computadoras, se han dado cuenta de que todo lo que el pensamiento puede hacer o ha hecho también puede hacerlo la computadora. Eso es un hecho. Lo que el pensamiento puede hacer, la computadora es capaz de hacerlo más rápidamente, con mucha mayor exactitud; puede hacer cosas extraordinarias. Los expertos se están preguntando qué es, entonces, la inteligencia. Si la computadora puede hacer lo que puede hacer el pensamiento, ¿qué es el hombre? Ahora bien, la computadora está programada por un ser humano, y la computadora nunca puede estar libre del conocimiento; se basa en el conocimiento. Los seres humanos pueden liberarse del conocimiento. Ésa es la única diferencia. La liberación respecto del conocimiento, no es tiempo.

El hombre es el único que puede liberarse de lo conocido. La computadora no puede. Lo conocido es tiempo; adquirir conocimientos requiere tiempo. ¡Espere!, ustedes piensan que para conocerse a sí mismos necesitan tiempo. Conocerme a mí mismo es leer el libro de la humanidad. Yo *soy* la humanidad, y pienso que para leer ese libro necesito tiempo. Debo comprender por qué tengo reacciones, por qué he acumulado recuerdos, por qué esto y aquello. Pensamos, pues, que para leer ese libro, que es el conocimiento propio, necesitamos tiempo. Es decir, necesito conocerme a mí mismo, ese "mí mismo" que constituye toda la estructura del conocimiento. Pienso que, para conocerme, necesito tiempo. Estamos aplicando el mismo principio para aprender un idioma que para aprender acerca de nosotros mismos. Pensamos, pues, que el tiempo es necesario. *Y allí no necesito tiempo.* Creemos que necesitamos del tiempo para "llegar a ser".

Preguntamos, pues: ¿Implica tiempo la acción correcta? Voy a mostrarles algo. Nuestras acciones se basan en

la experiencia, el conocimiento, la memoria, el pensamiento. Ésa es la cadena en que vivimos, desde la que actuamos. Ese proceso es un movimiento en el tiempo. Ahora estamos señalando otra cosa: que este movimiento de la experiencia, el conocimiento, la memoria, la acción, y la repetición posterior de ese mismo patrón, es tiempo; y como hemos vivido en ese proceso, estamos atrapados en él, condicionados por él. Ahora bien, actuar quiere decir hacer *ahora*, no mañana, no haber actuado. La acción significa "haciendo", un hacer exento de tiempo. Eso es acción. Si tengo un problema, no llevo ese problema conmigo de la noche a la mañana, no permito que el tiempo lo resuelva; el tiempo jamás lo resolverá. Se trata de no cargar nuestra mente con problemas psicológicos. Si uno es un técnico, se ha adiestrado para resolver problemas. Eso es simple. Pero ahora ustedes están siendo condicionados por el tiempo, esto es, adquieren conocimiento, actúan desde lo que ya han aprendido. Decimos que vean este movimiento: experiencia, conocimiento, memoria, pensamiento, acción; vean ese hecho. Eso es un hecho; véanlo en el sentido de percibirlo, y si ven eso muy claramente, la percepción que tienen está libre de tiempo y, por lo tanto, hay una acción que no involucra al tiempo en absoluto. Se lo mostraré.

Casi todos somos lastimados psicológicamente desde la infancia. En la escuela nos comparan con algún otro que es más brillante y quedamos lastimados. Llevamos con nosotros esta herida, la llevamos a través de la escuela, del colegio, de la universidad; o bien somos heridos psicológicamente, internamente por alguien, mediante una palabra, un gesto, una mirada. Todos nosotros, casi todos los seres humanos estamos psicológicamente heridos. *La que está herida es la imagen que uno ha formado acerca de sí mismo.* Eso está claro. Esa *imagen* queda herida. En tanto tengan ustedes una imagen van a sentirse lastimados, o halagados —es la misma cosa, son dos caras de la misma moneda—. Eso también es un hecho.

Casi todos los seres humanos tienen heridas psicológicas, las llevan consigo durante toda la vida; y esas heridas dan como resultado más y más separación, temor, resistencia, evasión, aislamiento. Ustedes ven todo eso. Es decir, han escuchado, han visto las razones, la lógica de ello; lo han captado intelectualmente, lo cual quiere decir que han comprendido sólo el significado verbal pero no han visto la verdad de ello. La verdad es que, en tanto estén psicológicamente heridos, esa herida es la imagen que tienen acerca de sí mismos, imagen generada por la sociedad en que viven, la familia, la educación, etc. Han formado esa imagen —como el político, que forma una imagen de sí mismo anhelando el poder, la posición—, y cuando viene alguien y clava un alfiler en esa imagen, quedan lastimados. Ahora bien, ¿ven ese hecho, o es tan sólo una idea? ¿Entienden la diferencia?

Ustedes oyen verbalmente lo que se dice. Lo escuchan y hacen de ello una abstracción que se convierte en una idea que después persiguen; no es la realidad. ¿Acaso ven el hecho real de que tienen una imagen de sí mismos? Si lo ven, y eso es un hecho, esa imagen es la que va a ser lastimada. No pueden escapar de eso. Está ahí. Entonces, ¿se dan cuenta por completo de que, en tanto tengan una imagen de sí mismos, van a ser lastimados? ¿Ven eso como un hecho? Si lo ven como un hecho, entonces pueden preguntarse quién lo ha creado. El pensamiento, la experiencia, la educación, la familia, la tradición, todo eso contribuye a crear la imagen. Y ustedes ven la verdad de que, en tanto tengan una imagen, van a ser lastimados con todas las consecuencias que se derivan de eso. Si lo ven, si perciben el hecho real, entonces la imagen desaparece instantáneamente. Si dicen: "¿Cómo he de librarme de la imagen? Muéstreme el método y lo practicaré", en todo eso están admitiendo el tiempo y, por lo tanto, están perpetuando la imagen. Mientras que si ven el hecho, la verdad de que en tanto tengan una imagen acerca de cualquier cosa, van a ser lastimados, el ver

esa verdad es terminar con la imagen. Es decir, es sumamente importante ver el hecho. Percepción y acción inmediata.

Así pues, los seres humanos tenemos problemas. Como dije, uno de estos problemas es el conflicto, conflicto entre "lo que es" y "lo que debería ser". Eso es un conflicto. Y la creencia en cualquiera de sus formas, que brinda cierta clase de seguridad psicológica, es nociva para el hombre. Si ustedes ven que el conflicto es un peligro, miren ese hecho, no se alejen de él; entonces, la percepción misma de ese hecho termina con ello. Por eso uno tiene que comprender la complejidad enorme del tiempo. Si la comprende intelectualmente, eso carece de valor, es tan sólo una comunicación verbal. Pero si uno la comprende de verdad, esto es, si ve realmente que es codicioso —y no digan "no debe ser codicioso", porque entonces se alejan del hecho—, si permanece con la codicia, si la ve instantáneamente, esa percepción misma es la acción que pone fin a la codicia. ¿Están *haciéndolo,* o se limitan a aceptar *verbalmente* todo esto?

Como dijimos, hemos estado explorando juntos nuestro cerebro humano, nuestra vida humana, la existencia cotidiana con todos sus conflictos, sus ilusiones y demás. Y pensamos que el tiempo, la próxima vida, resolverá todos estos problemas. El tiempo es el mayor enemigo que uno puede tener, porque el tiempo impide la acción, la acción que es total, completa, indivisa, de modo tal que no deja huella alguna como arrepentimiento o lamentación. De modo que, si han escuchado muy atentamente, si han visto esto por sí mismos, comprenderán que la libertad con respecto al tiempo es la mayor iluminación que existe.

Ojai, 2 de mayo de 1982

JUNTOS ESTAMOS observando por qué los seres humanos no pueden vivir en paz unos con otros. Esto es la afirmación de un hecho, no una exageración; y nuestro modo de abordarlo es, o bien con una observación objetiva, pura o impersonal, o con una reacción personal. Si ustedes lo abordan con una reacción personal, el conflicto continuará para siempre. Pero si lo hacen de manera objetiva, desapasionada, sin dirección alguna, ¿cuál es el estado de la mente cuando mira el problema? Muy bien, planteémoslo de otro modo: ¿Por qué hay conflicto entre hombre y mujer, entre hombre y hombre, ustedes saben, toda el área de la relación? Les ruego que lo consideren; respóndanlo por sí mismos, examínenlo por sí mismos. No dependan de mí, de quien les habla, eso no tiene valor. Él es sólo una entidad verbal, un teléfono. *Ustedes* tienen que descubrir el porqué del conflicto. Estamos observando juntos. Ustedes no aprenden de quien les habla; él no les enseña nada, ustedes no son sus seguidores, él no es ni la autoridad ni el guru de ustedes.

Observando juntos, vamos a descubrir por qué existe este conflicto y si es posible terminar con él por completo; no teóricamente, no por un día, sino ponerle fin. Este conflicto existe, tiene que existir porque... no, no se lo diré, porque entonces eso se vuelve algo muy tonto. Si yo se lo explico, ustedes dirán: "Sí, es perfectamente cierto",

y después regresarán a lo suyo. No será algo que ustedes mismos han descubierto. ¿Saben qué ocurre cuando descubren algo por sí mismos en el campo psicológico? Tienen una energía inmensa, y la necesitan para liberar a la mente de su condicionamiento. Riño con mi esposa, si es que la tengo, o con mi amiga, con quien fuere; riño con ella porque soy un hombre solitario, porque quiero poseerla. Quiero depender de ella, necesito su consuelo, su estímulo, su compañía, necesito de alguien que me diga que soy maravilloso. Así, estoy elaborando una imagen de ella. Y ella también quiere ser poseída, quiere realizarse sexualmente en mí, quiere que yo sea diferente de lo que soy. Viviendo juntos por un día, una semana o durante años, cada uno ha elaborado del otro una imagen que se convierte en conocimiento, conocimiento mutuo.

¿Puedo examinar un poco la cuestión del conocimiento? Esto es serio. El conocimiento es destructivo en la relación. Digo que conozco a mi esposa porque he vivido con ella. Conozco todas sus tendencias, sus irritaciones, su impetuosidad, sus celos, lo cual se convierte en mi conocimiento acerca de ella o la forma como camina, como se arregla el cabello, como se mueve. He reunido una gran cantidad de información y conocimiento respecto de ella. Y ella ha reunido muchísimo conocimiento respecto de mí; ese conocimiento pertenece al pasado —el conocimiento es siempre del pasado, no hay conocimiento acerca del futuro—. Tenemos, pues, este conocimiento el uno del otro.

Por lo tanto, hemos de investigar a fondo la cuestión del conocimiento. ¿Qué lugar tiene el conocimiento en la vida? ¿Estamos juntos en esta observación? El conocimiento, ¿transformará al hombre? ¿Qué lugar ocupa el conocimiento en la mutación o en la terminación del condicionamiento? El condicionamiento es esto: yo la he condicionado a ella a causa del conocimiento y ella me ha condicionado a causa del conocimiento. Por favor, yo no les estoy impartiendo enseñanza. Ustedes están obser-

vando con toda su energía y capacidad, a fin de ver este hecho, que donde interviene el conocimiento en la relación, tiene que haber conflicto. Yo debo poseer conocimiento, para manejar un automóvil, para escribir una frase, para hablar inglés o francés. Debo poseer conocimientos tecnológicos. Si soy un buen carpintero, debo conocer la madera, las herramientas que uso y demás; pero en la relación con mi esposa, con un amigo, con quien fuere, ese conocimiento que he acumulado a través de la constante irritación, de la constante separación, de la ambición, etc., va a impedir una verdadera relación.

¿Es esto un hecho o es meramente una suposición, una teoría, una idea? Una idea es la abstracción de un hecho. La palabra *idea* se deriva de la griega *ideein,* que significa observar, ver; implica aproximarse mucho a algo para percibirlo, no hacer de ello una abstracción que se convierte en una idea. No tratamos, pues, con ideas sino con la relación real, la cual se halla en conflicto, y ese conflicto se manifiesta cuando he acumulado muchísima información acerca de ella y ella la ha acumulado acerca de mí. Nuestra relación se basa, pues, en el conocimiento, y el conocimiento jamás puede ser completo acerca de nada en la vida. Les ruego que entiendan esto. El conocimiento siempre tiene que ir acompañado por la sombra de la ignorancia. Uno no puede conocer nada acerca del universo. Los astrofísicos pueden describirlo pero, para percibir esa inmensidad, no se requiere ningún conocimiento de los que provee la información; es preciso tener una mente tan vasta, tan completamente ordenada como el universo mismo. Pero ésa es una cuestión diferente.

* * *

DE MODO QUE es muy importante comprender el lugar del conocimiento y que el conocimiento es un obstáculo en la relación. El amor no es conocimiento, el

amor no es recuerdo. Cuando no guardo conocimientos acerca de ella, la miro como a un ser humano nuevo, nuevo cada día. ¿Saben ustedes lo que eso hace? Son demasiado eruditos, están llenos de conocimientos librescos, de lo que han dicho otras personas. Por eso una cosa muy simple como ésta se vuelve terriblemente difícil de comprender.

Bombay, 23 de enero de 1983

ESTE ESPÍRITU TRIBAL glorificado que llamamos nacionalismo, ha dado origen a innumerables guerras; y donde hay división, no sólo división en las relaciones entre hombre y mujer, sino también divisiones raciales, religiosas y lingüísticas, tiene que haber conflicto. Hemos investigado la pregunta: ¿Por qué existe este conflicto constante? ¿Cuál es su raíz, la causa de todo este caos, en esta cuasi anarquía: los malos gobiernos, los diferentes grupos que se arman, cada nación preparándose para la guerra, una religión creyendo que es superior a la otra, etc.? Vemos esta división en todo el mundo, y ella ha existido históricamente durante muchos siglos. ¿Cuál es la causa? ¿Quién es el responsable? Dijimos que es el pensamiento; el pensamiento que ha dividido al hombre contra el hombre y que también ha creado la extraordinaria arquitectura, la pintura, la poesía, así como todo el mundo de la tecnología, la medicina, la cirugía, las comunicaciones, las computadoras, los robots, etc. El pensamiento ha contribuido a la buena salud, ha dado origen a la buena medicina, a diversas formas de bienestar humano.

Pero el pensamiento también ha creado esta enorme división entre los seres humanos. Nos preguntamos, pues: ¿Cuál es la causa de todo esto? Dijimos que donde hay una causa, hay una terminación para esa causa; cuando padecemos determinada enfermedad, podemos descubrir

su causa y así curar la enfermedad. Dondequiera que haya una causa, es posible terminar con esa causa. Eso es, obviamente, un hecho. Y si el pensamiento ha creado esta confusión, esta incertidumbre, este perpetuo peligro de guerra, si el pensamiento es el responsable de eso, entonces, ¿qué va a suceder si no usamos el pensamiento de la manera como lo hacemos?

También dijimos que esto no es una conferencia. Estamos investigando, explorando juntos para descubrir por qué el hombre —la mujer incluida, por supuesto— perpetúa el conflicto en todo el mundo, no sólo internamente, sino en lo externo, en la sociedad, en la religión, en la economía. Si el pensamiento es el responsable de la confusión, de toda la desdicha humana, lo cual resulta bastante obvio, si uno reconoce eso como un hecho, no como una teoría o una aseveración filosófica, si uno comprende el hecho real de que por inteligente, hábil, erudito que sea, el pensamiento es el responsable, entonces, ¿qué ha de hacer el hombre?

Hemos dicho también que el pensamiento ha creado catedrales, templos y mezquitas maravillosas, y que todo cuanto contienen es invención del pensamiento.

El pensamiento ha creado a Dios. Debido a que el pensamiento encuentra incertidumbre, inseguridad, conflicto en este mundo, busca, inventa una entidad, un principio, un ideal que le dé seguridad, consuelo, pero esa seguridad y ese consuelo son su propia invención. Creo que es bastante obvio, si uno observa su propio pensar, que el pensamiento, por sutil, estúpido, astuto o hábil que sea, ha creado esta división y este conflicto. ¿Podemos preguntar, entonces, por qué existe este conflicto? ¿Por qué hemos vivido desde tiempos inmemoriales con este conflicto entre el bien y el mal, entre "lo que es" y "lo que debería ser", lo real y el ideal?

Investiguemos no sólo por qué hay conflicto, sino también por qué existe la división entre lo bueno y lo malo, entre el mal y aquello que es bello, santo. Por

favor, estamos pensando juntos, no concordando ni aceptando, sino que, habiendo observado el estado del mundo, la sociedad en que vivimos, nuestros propios gobiernos, la situación económica, los múltiples gurus, habiendo observado todo esto con objetividad, raciocinio y cordura, nos preguntamos por qué vive el hombre en conflicto. ¿Qué es el conflicto? Si me permiten que se lo recuerde —lo haré una y otra vez—, estamos sosteniendo un diálogo juntos. Ustedes y quien les habla tienen una conversación, no se limitan a escuchar algunas ideas, conceptos o palabras, sino que están compartiendo esto. Y uno puede compartir algo, sólo si está realmente interesado en ello.

Si lo que se está diciendo lo consideramos tan sólo como una serie de ideas, conclusiones, suposiciones, entonces nuestro diálogo se termina; no hay comunicación entre ustedes y quien les habla. Pero la hay si se interesan, si están completamente despiertos a las cosas que ocurren en el mundo: la tiranía, la búsqueda de poder, la aceptación del poder, el vivir con el poder. Todo poder es maligno, temible, ya sea el poder sobre la esposa o el de la esposa sobre el marido, o el poder de los gobiernos en todo el mundo. Donde hay poder, éste va acompañado de todas las cosas horribles que padecemos.

Nos preguntamos, pues, por qué el hombre vive en conflicto. No sólo el conflicto que existe entre dos personas, hombre y mujer, sino también el de una comunidad contra otra comunidad, el de un grupo contra otro grupo. ¿Cuál es la naturaleza del conflicto? Hablamos de cosas muy serias, no de filosofía, sino que investigamos la vida que llevamos día tras día, año tras año hasta que morimos. ¿Por qué los seres humanos viven con el conflicto? Puede que algunos de ustedes hayan visto esas cuevas que hay en el sur de Francia y que tienen una antigüedad de veinticinco o treinta mil años; hay una pintura que representa a un hombre luchando contra el mal, simbolizado en la forma de un toro. Durante miles de años hemos vivido con el conflicto. Meditar se vuelve un con-

flicto. Todo lo que hacemos o dejamos de hacer se ha convertido en un conflicto.

El conflicto, ¿existe donde hay comparación? La comparación significa medida; uno se compara con otro que es más brillante, más inteligente, que tiene una posición, poder, etc. Donde hay comparación tiene que haber temor, conflicto. ¿Puede uno, pues, vivir sin comparar en absoluto? Pensamos que comparándonos con alguien estamos progresando. Uno quiere ser como su guru o sobrepasar a su guru, superarlo. Quiere lograr iluminación, *status:* quiere tener un séquito, quiere ser respetado. Donde hay un devenir psicológico, tiene que haber conflicto. ¿Estamos reflexionando juntos acerca de esto, acerca de si es posible vivir una vida, una vida moderna, sin ninguna clase de comparación y, por lo tanto, sin ningún conflicto? Estamos cuestionando el devenir psicológico, el "llegar a ser". Un niño, con los años, deviene un adulto. Para aprender un idioma necesitamos tiempo; lo mismo para adquirir cualquier destreza. Y preguntamos: el devenir psicológico, ¿es una de las razones del conflicto? Quiero que "lo que es" se transforme en "lo que debería ser". No soy bueno, pero seré bueno. Soy codicioso, envidioso, pero quizás un día estaré libre de todo eso.

El deseo de "llegar a ser", que es medida, comparación, ¿es una de las causas del conflicto? ¿Hay otra razón? ¿Se trata de la dualidad? Esto no es filosofía. Estamos examinando algo para comprender la naturaleza del conflicto y descubrir por nosotros mismos si es posible estar completamente libres de conflicto. El conflicto desgasta el cerebro, envejece la mente. Un hombre que ha vivido sin conflicto es un ser humano extraordinario. En el conflicto se disipa una energía tremenda. Así que, si me permiten señalarlo, es importante, indispensable comprender el conflicto. Hemos visto, pues, que la medida, la comparación, originan conflicto.

Además, hemos afirmado que hay dualidad. Algunos de nuestros filósofos han postulado eso y han dicho que

esta dualidad es una de las razones del conflicto. La dualidad existe: noche y día, luz y sombra, alto y bajo, brillante y opaco, el Sol que asoma y el Sol que se pone. Físicamente hay dualidad. Usted es mujer y él es hombre. Por favor, reflexionen junto con quien les habla, no acepten lo que él dice, porque entonces ustedes y yo no podemos cooperar. Eso significa que deben desechar sus opiniones, conclusiones y experiencias, porque si se adhieren a ellas y otro también se adhiere a las suyas, no hay cooperación posible, no hay un reflexionar juntos; hay división, hay conflicto. Les ruego, pues, que pensemos juntos, porque esto es muy serio. ¿Existe, en absoluto, una dualidad psicológica? ¿O sólo existe "lo que es"? Digamos que soy violento. Ése es el único estado: la violencia, no la no violencia. La no violencia es tan sólo una idea, no es un hecho. Así, pues, donde hay violencia y no violencia, tiene que haber conflicto. En este país, ustedes han hablado perpetuamente de la no violencia, pero probablemente son también personas muy violentas. Están el hecho y el no hecho: el hecho es que los seres humanos de todo el mundo son violentos. Eso es un hecho. La violencia implica no sólo violencia física sino también imitación, amoldamiento, obediencia, aceptación.

El hecho es "lo que es"; lo otro no existe. Pero si ustedes están condicionados respecto de lo otro, o sea, si persiguen la no violencia siendo violentos, se están alejando del hecho, y entonces es inevitable que tengan conflicto. Porque mientras uno está buscando la no violencia, sigue siendo violento, está sembrando las semillas de la violencia. Existe un sólo hecho, y es que soy violento. Así, pues, en la comprensión de la naturaleza y estructura de la violencia, puede estar la terminación de la violencia.

De modo que sólo existe el hecho, no el opuesto. Esto es muy evidente: que el ideal, el principio, eso que ustedes califican de noble, son todas ilusiones. El hecho es que somos violentos, innobles, corruptos, inseguros, etc.

Ésos son hechos, y nosotros tenemos que tratar con hechos. Los hechos, si los afrontamos, no crean problemas: tal cosa es como es. Descubro, pues, que soy violento, y para eso no tengo ningún opuesto; rechazo totalmente el opuesto como carente de sentido. Sólo tengo este hecho. ¿De qué modo miro el hecho? ¿Cuál es mi motivo al mirarlo? ¿En qué dirección quiero que el hecho se mueva? Debo darme cuenta de la naturaleza y estructura del hecho, darme cuenta sin optar. ¿Están haciéndolo mientras hablamos? ¿O sólo escuchan despreocupadamente un montón de palabras, recogiendo aquí y allá algunas que les parecen convenientes y satisfactorias, sin prestar atención total al propio movimiento interno de investigación?

¿Cómo trata uno con el hecho? ¿Cómo observo el hecho de que soy violento? Esa violencia se manifiesta cuando estoy furioso, celoso, cuando trato de compararme con otro. Si hago todo eso, entonces no puedo enfrentarme a los hechos. Una buena mente afronta los hechos. Si uno está en los negocios, se enfrenta a los hechos y trata con ellos; no supone que logrará algo apartándose de los hechos, porque en tal caso uno no es un buen hombre de negocios. Pero aquí nosotros somos muy ineficaces, no cambiamos porque no tratamos con los hechos. Psicológicamente, internamente, los eludimos, escapamos de ellos; o, cuando alguna vez los descubrimos, optamos por reprimirlos. Por lo tanto, no resolvemos ninguno de ellos.

De aquí podemos pasar a otra cosa importante. ¿Qué es una buena mente? ¿Se han preguntado eso alguna vez? ¿Una buena mente es la que está llena de conocimientos? Y ¿qué es el conocimiento? Estamos muy orgullosos de tener conocimientos, conocimientos académicos, conocimientos por medio de experiencias, sucesos, accidentes. El conocimiento es memoria acumulada, experiencia acumulada; y la experiencia jamás puede ser completa. Entonces, una buena mente, ¿es la que está llena de conocimientos? ¿Es una buena mente, la mente libre, com-

prensiva, global? ¿O una buena mente es una mente parroquial, estrecha, nacionalista, tradicional? Es obvio que ésa no es una buena mente. Una buena mente es una mente libre. No es una mente contemporánea; una buena mente no pertenece a una época, no está comprometida con el medio. Puede habérselas con el medio, con la época, pero en sí misma es totalmente libre. Y una mente así no tiene miedo. Quien les habla dice esto porque nuestras mentes han sido educadas, adiestradas de tal modo que no tenemos nada que sea original. Carecemos de profundidad; el conocimiento es siempre superficial.

Estamos interesados en comprender al ser humano, su mente, su acción, su conducta, sus respuestas, que son limitadas, porque sus sentidos son limitados. Para comprender la profundidad, la naturaleza del conflicto y si es posible liberarse por completo de él, uno debe tener una buena mente, no sólo una acumulación de palabras. Lo cual no significa una mente ingeniosa, hábil, que casi todos nosotros tenemos. Tenemos mentes hábiles pero no buenas. Somos muy agudos, sutiles, engañosos, deshonestos, cualidades que no son las de una buena mente. ¿Es, entonces, posible para nosotros, viviendo en este mundo moderno, tener una buena mente a pesar de todas las actividades, presiones, influencias, de los periódicos y de la constante repetición? Nuestras mentes son programadas como computadoras: si hemos sido programados como hindúes por los últimos tres mil años, somos repetitivos. Tal repetición no es el signo de una buena mente; una buena mente es fuerte, sana, activa, decisiva, plena de un apasionado estado de alerta. Una mente así es indispensable. Sólo entonces es posible dar origen a una revolución psicológica y, en consecuencia, a una nueva sociedad, a una nueva cultura.

El arte de escuchar consiste en prestar atención, ver la verdad de algo y actuar. Nosotros, en cambio, vemos algo que es verdadero, lo comprendemos lógicamente, razonablemente, pero no actuamos. Si ustedes ven la violencia

en sí mismos, si la ven como un hecho y no tratan de volverse no violentos, lo cual *no* es un hecho, verán la naturaleza, la complejidad de la violencia. Y eso pueden hacerlo si prestan atención a su propia violencia; si la escuchan, ella les revelará su naturaleza. Pueden conocerla por sí mismos. Cuando perciben su propia violencia y actúan, la violencia se termina completamente. Mientras que la percepción con un intervalo antes de la acción implica conflicto.

De "El Último Diario de Krishnamurti"

Ojai, 31 de marzo de 1983

EL HOMBRE se está formulando hoy una pregunta que debió haberse formulado hace muchos años, no en el último momento. Se ha estado preparando para las guerras durante todos los días de su vida. La preparación para la guerra parece ser, desafortunadamente, nuestra tendencia natural. Habiendo recorrido un largo trecho de ese camino, ahora nos preguntamos qué podemos hacer. ¿Qué hemos de hacer nosotros, los seres humanos? Al enfrentarnos realmente al problema, ¿cuál es nuestra responsabilidad? Éste es el interrogante que, de hecho, está afrontando nuestra humanidad actual, no qué tipos de instrumentos de guerra debemos inventar y construir. Siempre originamos una crisis y después nos preguntamos qué hacer. Dada la situación tal como es ahora, los políticos y el gran público en general decidirán con su orgullo nacional y racial, con sus patrias, sus suelos natales y todo eso.

La pregunta es demasiado tardía. La pregunta que debemos formularnos, además de la acción inmediata que hemos de emprender, es si resulta posible terminar con todas las guerras —no con una clase particular de guerra, la nuclear o la convencional—, y también debemos descubrir muy seriamente cuáles son las causas de la guerra. Hasta que esas causas sean descubiertas y disueltas, ya sea que tengamos una guerra convencional o la forma

nuclear de guerra, continuaremos igual y el hombre destruirá al hombre.

De modo que, realmente, debemos preguntarnos: ¿Cuáles son esencialmente, fundamentalmente, las causas de la guerra? Tenemos que ver juntos las verdaderas causas, no las causas inventadas, las románticas, las patrióticas y toda esa insensatez, sino ver realmente por qué el hombre se prepara para el asesinato legal: la guerra. Hasta que no investiguemos esto y encontremos la respuesta, las guerras proseguirán. Pero no lo estamos considerando con suficiente seriedad, no estamos seriamente comprometidos en descubrir las causas de la guerra. Desechando lo que hoy tenemos que afrontar, lo perentorio del problema, la crisis presente, ¿podemos descubrir juntos las verdaderas causas y anularlas, disolverlas? Esto requiere que tengamos el impulso de descubrir la verdad.

Uno debe preguntarse por qué existe esta división: el ruso, el norteamericano, el inglés, el francés, el alemán, etcétera, por qué existe esta división entre hombre y hombre, entre raza y raza, cultura contra cultura, una serie de ideologías contra otra. ¿Por qué? ¿Por qué esta separación? El hombre ha dividido la Tierra como "mía" y "tuya", ¿por qué? ¿Es porque tratamos de encontrar seguridad, autoprotección en un grupo particular o en una determinada fe o creencia? Porque las religiones también han dividido al hombre, han puesto al hombre contra el hombre: los hindúes, los musulmanes, los cristianos, los judíos, etc. El nacionalismo, con su desafortunado sentimiento patriótico, es en realidad una forma glorificada, ennoblecida del espíritu tribal. En una tribu pequeña o en una tribu muy grande impera el sentimiento de estar unidos mediante la misma lengua, las mismas supersticiones, la misma clase de sistema político y religioso. Y así uno se siente seguro, protegido, cómodo, feliz. Y por esa seguridad, por esa comodidad, estamos dispuestos a matar a otros que desean igualmente estar seguros, sentirse protegidos, pertenecer a algo. Este deseo terrible de

identificarnos con un grupo, con una bandera, con un ritual religioso y demás, nos da la sensación de que tenemos raíces, de que no somos nómadas sin hogar. Existe ese deseo, ese apremio por encontrar las propias raíces.

Y también hemos dividido el mundo en esferas económicas, con todos sus problemas. Tal vez una de las principales causas de guerra sea la industria pesada. Cuando la industria y la economía marchan de la mano con la política, deben alimentar inevitablemente una actividad separativa, a fin de mantener su situación económica. Todos los países, tanto los grandes como los pequeños, están haciendo esto. Los pequeños son armados por las grandes naciones —algunos silenciosamente, subrepticiamente, otros abiertamente—. La causa de toda esta desdicha, de este sufrimiento y del enorme despilfarro de dinero en armamentos, ¿es el visible mantenimiento del orgullo, del anhelo de ser superiores a otros?

Ésta es nuestra Tierra, no la Tierra mía o la de él. Hemos nacido para vivir en ella, ayudándonos unos a otros, no destruyéndonos unos a otros. Esto no es ningún disparate romántico, sino el hecho real. Pero el hombre ha dividido la Tierra esperando con eso encontrar, en lo particular, la felicidad, la seguridad, un sentido de bienestar duradero. Hasta que ocurra un cambio radical y eliminemos todas las nacionalidades, las ideologías, las divisiones religiosas, y establezcamos una relación global, primero psicológicamente, internamente, antes de organizar lo externo, continuaremos con las, guerras. Si dañamos a otros, si matamos a otros, ya sea en medio de la guerra o mediante el asesinato organizado que llamamos guerra, cada uno de nosotros —que es el resto de la humanidad, no un ser humano separado que pelea con el resto de la humanidad— se está destruyendo a sí mismo.

Éste es el problema real, básico, que ustedes deben comprender y resolver. Hasta que no se comprometan y dediquen a erradicar estas divisiones nacionales, económicas y religiosas, estarán perpetuando la guerra, serán

responsables por todas las guerras, ya sea la guerra nuclear o la tradicional.

Ésta es en verdad una cuestión importante y urgente: si el hombre, cada uno de nosotros, puede originar este cambio en sí mismo; no decir: "Si yo cambio, ¿tendrá eso algún valor? ¿No será tan sólo una gota en un lago muy vasto, sin efecto alguno en absoluto? ¿Qué sentido tiene que yo cambie?" Ésta es una pregunta equivocada, si se me permite señalarlo. Es equivocada, porque uno es el resto de la humanidad. Uno es el mundo, no está separado del mundo. Uno no es un norteamericano, un ruso, un hindú o un musulmán. Existimos aparte de estas etiquetas y estas palabras; uno es el resto de la humanidad, porque su conciencia, sus reacciones, son similares a las de los demás. Uno puede hablar un idioma diferente, tener costumbres, diferentes. Eso es la cultura superficial —todas las culturas son, aparentemente, superficiales—, pero nuestra conciencia, nuestras reacciones, nuestra fe, nuestras creencias e ideologías, nuestros temores, nuestras ansiedades, la soledad, el dolor y el placer son similares a los del resto de la humanidad. Si uno cambia, ello afectará a toda la humanidad.

Es importante considerar esto, no de una manera indefinida o superficial, sino examinando, investigando, buscando las causas de la guerra. La guerra sólo podrá ser comprendida y se le podrá poner fin, si uno mismo y todos aquellos que se interesan profundamente en la supervivencia del ser humano sienten que son totalmente responsables por la matanza de otros. ¿Qué es lo que nos hará cambiar? ¿Qué hará que nos demos cuenta de la espantosa situación que ahora hemos originado? ¿Qué hará que nos opongamos a toda división, religiosa, nacional, ética y demás? ¿Lo hará un mayor sufrimiento? ¡Pero si hemos tenido miles y miles de años de sufrimiento y el hombre no ha cambiado, sigue persiguiendo la misma tradición, el mismo sentimiento tribal, las mismas divisiones religiosas de "mi Dios" y "tu Dios"!

El pensamiento es el que han inventado los dioses o sus representantes; no tienen realidad factual alguna en la vida cotidiana. Casi todas las religiones han dicho que matar a los seres humanos es el mayor de los pecados. Mucho antes del cristianismo, los hindúes ya decían esto, lo decían los budistas; sin embargo, la gente mata a pesar de su creencia en Dios o de su creencia en un salvador y cosas así. Continúa por la senda de la matanza humana. ¿Nos cambiará la recompensa del cielo o el castigo del infierno? Eso también se le ha ofrecido al hombre. Ninguna posición externa, ni leyes ni sistemas detendrán jamás la matanza del hombre. Tampoco terminará con las guerras ninguna convicción intelectual o romántica. Las guerras terminarán sólo cuando cada uno de nosotros, como el resto de la humanidad, vea la verdad de que, en tanto haya división en cualquier forma, tendrá que haber conflicto, limitado o extenso, reducido o expansivo, tendrá que haber lucha, dolor. De modo que uno es responsable, no sólo hacia sus propios hijos, sino hacia el resto de la humanidad. A menos que esto se comprenda profundamente, no de manera verbal o a base de ideas o del mero intelecto, sino que lo sintamos en nuestra sangre, en nuestro modo de mirar la vida, en nuestras acciones, estaremos apoyando el asesinato organizado que llamamos guerra. La percepción inmediata es mucho más importante que la respuesta inmediata a un problema que es la consecuencia de miles de años en que el hombre viene matando al hombre.

El mundo está enfermo, y no hay nadie de afuera que pueda ayudarle a uno, excepto uno mismo. Hemos tenido líderes, especialistas, toda clase de agentes externos, incluyendo a Dios, y no han tenido efecto, no han ejercido influencia alguna sobre nuestro estado psicológico. No pueden guiarnos. Ningún estadista, ningún maestro, ningún guru, nadie puede hacer que en lo interno seamos fuertes y supremamente sanos. En tanto estemos en desorden, en tanto no mantengamos nuestra casa interna

en una condición apropiada, en un estado correcto, crearemos el profeta externo y éste nos llevará siempre por un camino errado. Nuestra casa está en desorden, y nadie en esta Tierra o en el cielo puede generar orden en ella. A menos que comprendamos por nosotros mismos la naturaleza del desorden, la naturaleza del conflicto, de la división, nuestra casa, que somos nosotros mismos, seguirá estando siempre en desorden, en guerra.

No es cuestión de quién tiene el mayor poder militar; nuestro problema es más bien el del hombre contra el hombre; el hombre que ha creado las ideologías y cuyas ideologías están las unas contra las otras. Hasta que estas ideas, estas ideologías lleguen a su fin y cada hombre se vuelva responsable por los otros seres humanos, no podrá haber paz en el mundo.

Saanen, 26 de julio de 1983

INTERLOCUTOR: Usted dijo que es necesario no tener opiniones acerca de nada. Yo siento que es necesario tener opiniones acerca de cosas tan serias como el nazismo, el comunismo, la propagación de los armamentos, el uso de la tortura por parte de los gobiernos. Uno no puede simplemente sentarse y observar que estas cosas ocurren. ¿No debe uno decir algo o quizás hacer algo al respecto?

KRISHNAMURTI: Esto no es un juego que estamos jugando. ¡Usted no me va a sorprender a mí ni yo voy a sorprenderlo a usted! ¿Por qué tenemos opiniones? Yo no digo que sea necesario o innecesario. ¿Por qué las tenemos? Las opiniones son algo que no ha sido puesto a prueba —el prejuicio es también una forma de opinión—. ¿Por qué las tenemos, entonces? No es que no existan el nazismo, la propagación de los armamentos, el uso de la tortura por los gobiernos. Eso está sucediendo; todos los gobiernos se entregan a esas cosas, en nombre de la paz, de la ley, del patriotismo, de Dios. Todas las religiones, excepto el budismo y el hinduismo, han torturado a la gente. Éstos son hechos. Inglaterra vende armas a la Argentina; vea la ridiculez de eso. Francia y otros países venden armamentos. Usted puede tener firmes opiniones acerca de que esto no debería ocurrir. ¿Qué es lo que va a

hacer? ¿Unirse a un grupo, manifestar, vocear consignas, ser molido a palos por la policía, respirar el gas lacrimógeno que le arrojan? Usted ha visto todo eso en la televisión o lo ha experimentado si forma parte del circo, del espectáculo.

Su opinión, ¿ha originado un cambio? La cuestión de los armamentos ha estado ocurriendo durante siglos. Todos dicen que no debemos hacer eso; no obstante, negocios enormes, la industria, dicen que no podríamos existir si no lo hacemos. Entonces, ¿dejará usted de pagar impuestos? En tal caso, lo envían a prisión. En primer lugar, vea la lógica de todo esto. ¿Qué hará usted respecto de todas estas cosas? Son malas, crueles, generan muchísima violencia. Eso es un hecho. En Chile torturan hoy a la gente; ocurre en Belfast y en otras partes. Ningún gobierno está libre de ello. Ocurre, ya sea de manera sutil o muy obvia. ¿Qué ha de hacer uno, pues? Usted puede oponerse fuertemente al nazismo, a Hitler y compañía. Ellos han cometido cosas terribles en el mundo. Alemania era un país europeo altamente civilizado que descollaba en filosofía, en invenciones. Ese mismo pueblo, altamente culto, dejó que se apoderara de él un lunático.

¿Qué es, entonces, una opinión? Yo tengo una opinión contra todo esto. ¿Qué valor tiene esa opinión? ¿Afectará la venta de armamentos, impedirá el nazismo, evitará la tortura? ¿O toda la cosa es mucho más profunda que el mero tener opiniones? Hay un interrogante más serio, más grave: ¿Por qué el hombre está contra el hombre? Formúlese *esa* pregunta, no si mi opinión es justificada o no. Pregúntese por qué, después de todos estos siglos de la así llamada civilización y cultura, el hombre sigue estando contra el hombre. Si pudiéramos examinar eso, lo cual requiere una investigación más seria que el sostener o no sostener opiniones, entonces penetraríamos en un área donde sería posible hacer algo.

¿Por qué usted, como ser humano, está contra otro ser humano? ¿Por qué se opone a otra ideología? Usted tiene

su propia ideología, pero se opone a otra. La ideología democrática y la ideología totalitaria están en guerra. ¿Por qué los hombres viven a base de ideologías? Las ideologías no son algo real, son algo inventado por el pensamiento. El pensamiento, después de haber estudiado muchísimo la filosofía materialista, llega a cierta conclusión, y eso se convierte en ley para determinadas personas, las que quieren que todas las demás la acepten. Y la otra parte hace lo mismo de una manera diferente. El mundo democrático, al así llamado mundo libre, no nos pone en prisión, puesto que podemos estar aquí sentados hablando. En un Estado totalitario, probablemente eso no sería posible.

Nos estamos formulando una pregunta muy profunda y fundamental: ¿Por qué el hombre está contra el hombre? ¿Acaso no está usted contra alguien? ¿No es usted violento? Y usted es toda la humanidad. Yo sé que nos gusta pensar que somos individuos separados, almas particulares; pero no lo somos. Usted es el resto de la humanidad, porque sufre, se angustia, se siente solo, se deprime igual que los demás. De modo que, básicamente, fundamentalmente, es el resto de la humanidad. Usted *es* la humanidad, y lo es, le guste o no, en el sentido global. Si usted es hostil, violento, agresivo, patriótico —mi país es mejor que su país, mi cultura es superior a las demás, y todo ese disparate—, entonces está vendiendo armamentos; ha contribuido a torturar gente, porque es católico, protestante, hindú. Donde hay división, tiene que haber conflicto y todo lo demás. Así pues, ¿está usted actuando de una manera total, o lo que actúa es el pequeño "yo"? En ese caso, usted es un hombre que está en contra de otros hombres.

I.: Por lo que leemos, usted ha tenido experiencias extrañas y misteriosas. ¿Es esto el kundalini o se trata de algo superior? Leemos que usted considera el así llamado "proceso" que ha experimentado como una especie de

expansión de la conciencia. ¿Podría ser, en lugar de eso, algo autoinducido y psicosomático, causado por la tensión? La conciencia de Krishnamurti, ¿no está compuesta de pensamiento y palabras?

K.: Alguien se interesa en esto, de modo que debo responder. ¿Esto le interesa? Por supuesto, ¡es mucho más excitante que el deseo! Yo quisiera que ustedes fueran bien simples con respecto a todas estas cosas. Krishnamurti, aparentemente, ha tenido diversas experiencias. Pueden ser psicosomáticas, o una placentera proyección de sus propios deseos o cosas así. En la India, la palabra *kundalini* tiene un gran significado. Ellos han escrito libros al respecto, y algunas personas afirman que lo han despertado. No examinaré todo eso. No se dejen hipnotizar por esta palabra. Significa una clase de liberación de energía, de modo tal que ésta es inagotable. Tiene otros significados diferentes: despertar la energía y permitirle que funcione de manera total. Y el así llamado "proceso" podría ser imaginación, etc.

¿Importan estas cosas? En Rusia están experimentando con la lectura del pensamiento de otras personas. Andropov podrá leer los pensamientos de Mr. Reagan. Mr. Reagan podrá leer los pensamientos de Andropov, y entonces, ¡se acabó! Si usted puede leer mis pensamientos y yo puedo leer los suyos, la vida se vuelve terriblemente compleja y más bien aburrida. Han experimentado con esto en la Universidad de Duke, en Norteamérica. Esto es toda la antigua tradición india. Quizá Krishnamurti ha hecho algunas de esas cosas, pero ¿es importante esto? Es como darse un buen baño; después de un día caluroso darse un baño con un buen jabón y una toalla limpia, y al final de ello uno se siente limpio y fresco. Lo que importa es que uno está limpio. Ponga todo esto en ese nivel. No le dé tanta importancia. Krishnamurti ha pasado por todo esto; conoce muchísimo al respecto. Pero considera que es innecesario. Existe la energía que

ha sido mal empleada por nosotros en peleas, disputas, vanidades: "Lo mío es mejor que lo tuyo, he llegado a ocupar esta tribuna", etc. Mucho más importante es investigar por qué los seres humanos se comportan como lo hacen, no toda esta trivialidad. Esto *es* trivialidad. Lo hemos discutido con algunas de las personas que afirman haber experimentado este despertar. Tengo una pequeña experiencia y entonces abro la tienda, me convierto en un guru y ya estoy en el negocio. Tengo discípulos, les digo lo que deben hacer, gano dinero, me siento en determinada postura, y soy muy... ¡toda esa idiotez!

De modo que uno tiene que cuidarse terriblemente de sus propias pequeñas experiencias. Lo que de verdad importa es descubrir sensatamente, racionalmente, lógicamente, cómo desperdiciamos nuestra energía a causa del conflicto, las riñas, el miedo y la vanidad. Cuando nuestra energía no se desperdicia en absoluto, tenemos toda la energía del mundo. En tanto nuestro cerebro no se deteriora a causa del conflicto, la ambición, el esfuerzo, la lucha, el sentimiento de soledad, el desaliento y todo eso, tenemos energía en abundancia. Pero si sólo liberamos cierta clase de insignificante energía, hacemos un daño infinito a otros.

Así que, por favor, no caigan en la trampa de esos gurus que dicen: "Yo sé, tú no sabes; yo te lo diré". Existen diversos centros en Norteamérica y probablemente en Europa y en la India, donde una o dos personas afirman: "He despertado esta cosa peculiar y les diré todo al respecto. Les enseñaré." Usted sabe, ¡el viejo juego de siempre! Todo eso se vuelve tan trivial cuando el hombre está luchando contra el hombre, el mundo está degenerando, desintegrándose... ¡Y ellos hablan de sus triviales y mezquinas experiencias!

El interlocutor pregunta, además, si la conciencia de Krishnamurti no está compuesta de pensamientos, tal como toda conciencia con su contenido es el resultado del movimiento del pensar. Nuestra conciencia tiene su

contenido de temor, creencia, soledad, aislamiento, dolor; el seguir a alguien, el profesar una fe, el decir que el país de uno es el mejor, que la cultura de uno es superior... todo eso forma parte de nuestra conciencia; es lo que somos. Si estamos libres de eso, entonces nos encontramos en una dimensión por completo diferente. Ésta no consiste en la expansión de la conciencia, sino en negar el contenido de la conciencia, no en expandirlo y volvernos más y más egocéntricos.

San Francisco, 5 de mayo de 1984

PARA OBSERVAR y examinar todo el mundo psicológico de cada uno de nosotros se requiere pasión, no sólo entretenimiento intelectual, disección o análisis. Uno necesita pasión y energía. Esa energía se desperdicia ahora a través del conflicto, porque cada uno de nosotros, rico o pobre, ignorante o gran científico, una persona corriente con su monótona vida cotidiana o el hombre inculto en la pequeña aldea de la jungla, vive en constante conflicto. Todos los seres humanos viven así, en medio de la lucha y el dolor. Para investigar si es posible terminar con eso conflicto interno, psicológico, se requiere no sólo energía, sino verdadera pasión: pasión para descubrir si el conflicto humano puede terminar alguna vez o si debe proseguir perpetuamente.

Conforme a los arqueólogos y biólogos, se supone que hemos vivido en esta Tierra por unos cuarenta o cincuenta mil años, desde las civilizaciones más antiguas hasta la actualidad. Todos hemos vivido en conflicto, no sólo con la naturaleza sino interna y externamente en medio de guerras. Estos cuarenta o cincuenta mil años de evolución nos han traído hasta donde estamos ahora: todavía en conflicto. Me pregunto si nos damos cuenta de eso, pero no de manera teórica o intelectual, sino si realmente nos damos cuenta de lo profundo que es este conflicto no sólo de unos en relación con otros, sino interna-

mente en cada ser humano. Hemos aceptado el conflicto como nuestro modo de vida, externamente en la forma de guerra, que es la glorificación del espíritu tribal y destruye a millones y millones de personas. Aunque las religiones hablan acerca de paz en la Tierra, todas ellas, excepto quizás el budismo y el hinduismo, han matado a seres humanos. Hay competencia, agresión, cada cual está buscando su propio éxito, su propia realización. Estamos en conflicto, tanto externa como internamente. Eso es un hecho, no es una teoría.

Jamás hemos investigado si podemos estar libres de conflicto. Es inevitable y natural que pregunten a quien les habla: "¿Está *usted* libre de conflicto?" Si no lo estuviera, no podría hablar acerca de ello. Eso sería hipocresía, y él, prácticamente durante toda su vida, ha aborrecido cualquier clase de pensar o forma de vida deshonesta, hipócrita. Ahora bien, investigar esto juntos requiere que ustedes lo compartan, que se involucren en ello y se comprometan a descubrir si el conflicto puede terminar mientras viven en el mundo, no largándose a un monasterio o escapando hacia algún *ashram* y todo ese tonto disparate.

¿Por qué estamos en conflicto? ¿Cuál es la causa, la verdadera naturaleza y estructura del conflicto? Casi todos nosotros esperamos una respuesta, que alguien nos lo diga. Ésa es la función del especialista. Pero aquí no hay especialistas. Nos preguntamos el uno al otro cuál es la causa del conflicto, de las guerras económicas y sociales, y de la destrucción de los seres humanos. ¿Cuál es la causa? ¿No son las nacionalidades, cada nación pensando que está separada del resto del mundo? No sólo el nacionalismo, el sentimiento tribal glorificado, sino también las ideologías de los Estados totalitarios y del mundo democrático, las diferentes creencias, el materialismo dialéctico por un lado y la creencia en Dios, en los ideales democráticos por el otro. Ésos siguen siendo ideales. Los ideales, pues, están en guerra, las creencias están en guerra. Si uno cree en ciertas formas de dogmatismo cris-

tiano o en las supersticiones y los dogmas del hinduismo o del budismo, estas creencias mismas dividen a los seres humanos. Uno es católico, otro es protestante, y hay incontables divisiones en el protestantismo, como las hay en el hinduismo y en el budismo —hay budistas del norte y budistas del sur.

Así pues, la causa principal del conflicto externo es la división. Donde hay división tiene que haber conflicto; y dentro de nosotros mismos estamos divididos, fragmentados. Cada uno de nosotros cree que está separado del otro, ¿no es así? Las religiones de todo el mundo han alentado la creencia de que uno está separado, que tiene un alma separada, una individualidad separada. Por favor, no rechacen esto. No les estamos pidiendo que acepten nada; estamos investigando.

En el mundo asiático, en la India, creen en esta individualidad separada, en el *atman* separado, tal como ustedes lo hacen aquí en el mundo cristiano, con el alma individual que debe ser salvada. Así que, desde la infancia, este sentido de división, de fragmentación dentro de nosotros mismos, es la causa básica del conflicto, cada uno buscando su propia salvación religiosa —cualquier cosa que eso pueda significar—. Cada cual desea expresarse, realizarse en lo personal, persigue sus propios ideales, sus propias ambiciones; y la esposa y el marido hacen exactamente lo mismo: cada uno persigue su propio placer, su propio deseo.

Podemos ver que el conflicto debe existir en tanto haya división. ¿Puede esta división terminar? Esta división, que ha originado tanta desdicha, confusión, fealdad y brutalidad en el mundo, ¿puede llegar a su fin en cada uno de nosotros? Ustedes pueden formularse esta pregunta intelectualmente y especular sobre ella. Tal vez algunos, dirán: "No, no es posible. En la naturaleza hay conflicto. Todo lucha por alcanzar la luz, el animal más grande mata al más pequeño, etc. Como nosotros somos parte de la naturaleza, debemos vivir en conflicto. La

vida es así." Hemos aceptado esto, no sólo como una tradición, sino que hemos sido educados, instruidos, alentados para continuar con el conflicto.

¿Puede terminar esta división dentro de nosotros mismos? Es decir, los deseos opuestos, el desear y el no desear —ustedes saben, todas las energías antagónicas que originan un conflicto y un infortunio tan extraordinarios—, ¿puede llegar a su fin todo eso? No puede hacerlo mediante la volición, es decir, por medio de la voluntad. Cualquier forma de volición, de deseo, de motivación, de querer terminar con este conflicto —ese deseo mismo de terminar con el conflicto—, engendra más conflicto. ¿No es así? Quiero terminar con el conflicto. ¿Por qué? Porque abrigo la esperanza de vivir una vida muy pacífica y, no obstante, tengo que vivir en este mundo, el mundo de los negocios, la ciencia, las relaciones humanas mutuas, etcétera, el mundo moderno. ¿Puedo existir sin conflicto en este mundo moderno? Todo el mundo de los negocios se basa en el conflicto, en la competencia, una empresa contra otra. Éste es el conflicto interminable que tiene lugar externamente. Y ¿puede terminar primeramente el conflicto interno? Siempre estamos formulando preguntas acerca de vivir sin conflicto en el mundo exterior, pero encontraremos la verdadera respuesta, la acción correcta, cuando investiguemos el conflicto que se desarrolla dentro de cada uno de nosotros. Toda esta división, los deseos opuestos, los requerimientos antagónicos, los impulsos individuales... ¿puede todo eso llegar a su fin?

Lo hará sólo si podemos observar el conflicto sin tratar de terminar con él o de transformarlo en otra forma de conflicto; simplemente, observarlo. Lo cual implica estar alerta, conceder atención completa a lo que el conflicto es y a cómo surge, a los impulsos antagónicos de la energía; sólo observar todo eso.

¿Alguna vez hemos observado algo de manera completa? Cuando contemplan el mar, turbulento una mañana y completamente tranquilo al anochecer, ¿lo han observa-

do sin palabras, sin decirse "qué bello, qué ruidoso, qué molesto es"? ¿Alguna vez han observado con todos los sentidos, con la totalidad del ser, esas aguas extraordinarias? Observar el mar, observarlo sin ninguna reacción, simplemente observar. Si lo han hecho, observen del mismo modo el conflicto, sin reacción alguna, sin ningún motivo, porque apenas tienen un motivo, ese motivo imprime una dirección al acto de mirar. En esa dirección hay conflicto, pero no si observan simplemente todo el fenómeno del conflicto, su causa, no sólo la división, sino la imitación, el amoldamiento, todo eso; o sea, si están atentos a la total naturaleza y estructura del conflicto. Cuando presten una atención tan completa, verán por sí mismos si el conflicto termina o no. Pero, como dijimos, eso exige muchísima energía, la cual afluye sólo cuando tras ello hay pasión, cuando realmente anhelan descubrir. Ustedes conceden una gran cantidad de tiempo y energía para ganar dinero, tal como lo hacen para sus entretenimientos. Pero jamás entregan energías seria y profundamente, en estado de atención completa, para descubrir si el conflicto puede terminar alguna vez.

Se trata, pues, de la observación, no de la volición, no de ejercer la voluntad, sino de observar con la totalidad del ser la naturaleza y estructura del conflicto. Entonces llega a su fin uno de los condicionamientos del cerebro. Porque un todo el mundo los seres humanos están condicionados, condicionados como católicos, protestantes, hindúes, budistas, musulmanes... todas las variedades de invención humana.

Necesitamos investigar nuestro condicionamiento. Estamos condicionados; ustedes son norteamericanos, siguen el estilo norteamericano de vida. Si son católicos, han sido condicionados durante dos mil años; si son protestantes, desde el periodo de Enrique VIII, quien deseaba librarse del papa a fin de poder casarse a su voluntad con tal o cual mujer. Hay distintas formas de condicionamiento religioso, social, cultural, en la India, Japón y en

el resto del mundo. Estamos condicionados. Y ese condicionamiento es nuestra conciencia.

Estamos condicionados por los diarios y todos los medios de comunicación. Este condicionamiento *es* nuestra conciencia, no sólo las reacciones biológicas, sensorias, sexuales —eso es parte de nuestro condicionamiento—, sino que también estamos condicionados por diversas formas de creencia, fe y dogma, por ideologías, por los distintos rituales religiosos. Está la cuestión del condicionamiento lingüístico, saber si el lenguaje condiciona el cerebro.

Así pues, estamos condicionados. Nuestra conciencia es todo el conocimiento que hemos adquirido, la experiencia; no sólo la fe, la creencia, el dogma y los rituales, sino también el miedo, el placer, la pena, el dolor. Estamos condicionados, esencialmente, por el conocimiento. Hemos adquirido conocimientos por cuarenta mil años o más. Y a eso estamos añadiendo nuevos conocimientos. Los científicos lo hacen día tras día, mes tras mes: añaden más a lo que ya conocen. Y este conocimiento lo adquieren por medio de la experiencia, analizando, probando; si no tienen éxito, descartan eso y comienzan nuevamente. Existe esta constante expansión del conocimiento, tanto en lo interno como externamente Y el conocimiento, por basarse en la experiencia, es limitado. No puede haber conocimiento completo acerca de nada, incluyendo a Dios. El conocimiento es y será siempre, ahora y en el futuro, limitado; puede ser expandido, se le puede añadir más conocimiento, pero sigue siendo limitado.

Por lo tanto, el pensamiento, que nace del conocimiento acumulado como memoria en el cerebro, es limitado. No hay pensamiento que sea completo. Por favor, cuestionen esto, duden, descubran. Es muy importante, porque nuestra conciencia es, esencialmente, pensamiento, conocimiento. Por consiguiente, nuestra conciencia, toda la capacidad del cerebro, es siempre limitada y está condicionada. El pensamiento puede imaginar, especular

acerca del espacio inmensurable, infinito, etc., pero, haga lo que hiciere, seguirá siendo limitado. ¿Vemos este hecho? Porque es muy importante comprender esto, no sólo de manera intelectual, sino ver realmente que, sea lo que fuere que estemos pensando, es siempre limitado, ya se trate de algo político, económico o religioso. El pensamiento ha inventado a Dios —lo siento, espero que esto no les choque—. ¡Esperen un momento! Si uno no tiene miedo en absoluto a los sucesos o accidentes externos, y en lo interno no tiene miedo a la muerte, al mañana, al tiempo, entonces, ¿qué necesidad tiene de Dios? Entonces existe ese estado que es lo eterno; no examinaremos eso ahora.

De modo que es importante, esencial, que comprendamos la naturaleza del pensamiento. El pensamiento ha creado las cosas más asombrosamente bellas: grandes pinturas, grandes poemas. El pensamiento ha creado también todo el mundo de la tecnología, desde la bomba de neutrones a la comunicación instantánea, ha creado todos los instrumentos de guerra, el submarino, la computadora y demás. El pensamiento ha hecho todo esto. Las más bellas catedrales de Europa, y todas las cosas que contienen las catedrales y las iglesias son creación del pensamiento. Pero el pensamiento, cualquier cosa que haya creado externa o internamente, es limitado y, por lo tanto, se halla fragmentado.

El pensamiento es un proceso material; en consecuencia, nada de lo que pueda crear el pensamiento es sagrado. Todo lo que llamamos religión ha sido creado por el pensamiento. Ustedes podrán decir que es una revelación divina que proviene directamente del cielo, pero esa idea misma de "directamente del cielo" o de "revelación" sigue siendo la actividad del pensamiento, así como lo es la "conciencia superior", etc., todas esas invenciones de los gurus que, desafortunadamente, han venido a este país. Ustedes tienen sus propios gurus, los sacerdotes; no les agreguen ninguno más, con ellos ya tienen bastante.

Tenemos que comprender, pues, la naturaleza del pensamiento, comprenderla realmente. El pensamiento se origina en el conocimiento almacenado como memoria en el cerebro; por consiguiente, es un proceso material. Desde luego, en cierto nivel de la existencia el conocimiento es necesario: necesito del conocimiento para escribir una carta, para ir de aquí hacia allá. Lo necesito para conducir un automóvil, para hacer cualquier cosa físicamente. El conocimiento tiene cierto lugar. Pero preguntamos: ¿Tiene lugar alguno en el mundo psicológico? ¿Tiene lugar alguno en la relación entre la esposa y el marido? Siendo el conocimiento los recuerdos que ambos han acumulado en esa relación, ya sean recuerdos sexuales, recuerdos de placer, dolor, antagonismo; y también las imágenes de uno con respecto al otro.

Formulamos, pues, una pregunta muy fundamental: El conocimiento, ¿no es en la relación uno de los factores del conflicto? Ustedes tienen, por cierto, una imagen de sus esposas o sus maridos, de sus novios o sus novias, etcétera, ¿no es así? Cada uno crea no sólo su propia imagen, sino también la imagen del otro. Estoy seguro de que han creado una imagen de quien les habla; de otro modo, no estarían aquí. Y esa imagen es lo que impide que puedan comprenderse verdaderamente el uno al otro.

Cuando dos personas viven muy íntimamente, a través de esa relación acumulan, día tras día, recuerdos la una de la otra. Estos recuerdos, que son imágenes, impiden la verdadera relación. Esto es un hecho. Estos recuerdos son el factor decisivo y, por eso, causan conflicto entre hombre y mujer. ¿Pueden, entonces, cesar los procesos de registro que tienen lugar en esa relación? Si uno está casado... supongamos que estoy casado, no lo estoy, pero supongamos que lo estoy. (No me pregunten: "¿Por qué no se ha casado? Ésa sería una manera cómoda de esquivar el problema.) Supongamos que estoy casado: hay atracción, sexo y todo lo demás. Día tras día, mes tras mes, durante años, he reunido mucho conocimiento

respecto de ella. Y ella ha hecho exactamente lo mismo respecto de mí. Y estas imágenes, este conocimiento que cada uno tiene respecto del otro, genera una división y, por ende, conflicto. ¿Puede terminar este conflicto en la relación? Esto es sumamente importante, esencial. Si uno puede tener una relación sin la más mínima sombra de conflicto, esa relación es una de las cosas más admirables que hay en la vida, y uno no puede vivir sin relación en esta Tierra maravillosa.

El sentimiento de soledad, de aislamiento, es una forma de separación total, de total división. Temerosos de esta soledad, con toda su depresión, su fealdad, tratamos, consciente o inconscientemente, de establecer una relación con otro. Por eso, quedamos apegados a la imagen, al recuerdo de esa persona, hombre o mujer. Y la verdadera libertad implica estar libre del proceso de formación de imágenes; eso es la verdadera libertad, no el hacer lo que nos plazca —lo cual es demasiado infantil, completamente inmaduro—, sino que es la libertad total que adviene cuando en la relación no hay acumulación alguna de recuerdos. ¿Es eso posible? ¿O es una esperanza vana, algo que sólo puede desearse en el cielo, lo cual, desde luego, es absurdo?

Investiguémoslo. Quien les habla lo ha hecho muy a fondo por sí mismo, pero para investigarlo *ustedes*, deben averiguar por qué el cerebro registra. El cerebro registra, eso forma parte de su función: registrar el aprendizaje del francés o del ruso, registrar las diversas actividades comerciales, etc.; todo el mecanismo del cerebro consiste en registrar. Pero ¿por qué debe registrar en la relación? ¿Por qué mi cerebro debe registrar el insulto o el estímulo o el halago de mi esposa? ¿Por qué? ¿Lo han investigado alguna vez? Probablemente no. Probablemente es demasiado aburrido. Casi todos nosotros estamos satisfechos con la manera como vivimos: aceptando, continuando así hasta que envejecemos y morimos. Seguir de ese modo es un desperdicio de energía. En eso no hay arte, no hay

belleza. Simplemente continuar, día tras día, siguiendo la misma rutina de desdicha, confusión, inseguridad y, al final de todo ello y con igual falta de sentido, morir.

En cierto nivel, físicamente, el cerebro necesita registrar: cómo manejar un automóvil, cómo ser un buen carpintero o alguna clase de feo político. Pero en la relación de unos con otros, ¿por qué debería haber registro en absoluto? Ese registro, ¿nos da seguridad en nuestra relación? ¿Existe la seguridad en la relación? Creo que en este país hay actualmente más divorcios que casamientos.

La relación es una cosa muy, muy seria. Pero la calidad de esa relación se destruye cuando el cerebro registra todos los insignificantes y triviales incidentes, los regalos, los placeres. Ustedes saben lo que ocurre en las relaciones corrientes, cada uno persiguiendo su propia ambición, su realización, su placer. Eso destruye totalmente la relación.

Por otra parte, ¿es el amor una cuestión de pensamiento? ¿Es deseo el amor? ¿Es placer? ¿Es recuerdo? Por favor, investiguen todo esto, no sólo intelectualmente, investíguenlo de hecho, de modo tal que la investigación misma sea la acción. Cuando uno actúa, ello exige pasión, no sólo deseo o concepción intelectual. El amor no es lujuria, no está dentro de la órbita del pensamiento, y cuando en la relación el cerebro es una misma máquina grabadora, destruimos todo lo que es amor.

Probablemente digan: "Es muy fácil para usted hablar de ese modo, porque no está casado." Muchas persona me han dicho esto, lo cual es un disparate. Quien les habla vive con una gran cantidad de personas, en la India, en Europa y Norteamérica, con muchísimas personas, constantemente. Cuando la naturaleza, la estructura, la actividad y la limitación del pensamiento han sido realmente comprendidas, esto es, observadas, esa observación misma es la acción. Entonces hay una calidad de relación por completo diferente, porque el amor está fuera del cerebro, no dentro de los confines del pensamiento.

Nuestro condicionamiento es, pues, al igual que el temor, el movimiento del pensar. Hemos vivido con el temor durante miles de años y seguimos siendo temerosos, en lo externo y en lo interno. Exteriormente, necesitamos seguridad física. Uno *debe* tener seguridad física. Pero esa seguridad externa se convierte en inseguridad cuando uno busca la seguridad psicológica. En primer lugar, queremos seguridad psicológica, estar a salvo psicológicamente; queremos estar completamente seguros en nuestra relación: ¡Mi esposa permanente! O, si la permanencia no existe con esa mujer, trataré de encontrarla con otra. Ustedes pueden reírse, pero esto es lo que está sucediendo en el mundo. Probablemente, les ha sucedido a ustedes. Quizá por eso lo toman tan rápidamente a risa.

Uno tiene que investigar bien a fondo si en la vida hay alguna seguridad interna, alguna permanencia. ¿O la búsqueda de seguridad interna, cuya máxima expresión es Dios, es ilusoria y, por lo tanto, psicológicamente no existe la seguridad, sino sólo esa suprema inteligencia —no la de los libros, no la del conocimiento— que adviene, existe sólo donde hay amor y compasión? Entonces, lo que actúa es esa inteligencia. Tal vez ustedes digan: "¡Todo esto es tan rebuscado, tan complicado!", pero no lo es. La vida —el vivir— es un proceso muy complejo. Ustedes deben saberlo mejor que el que les habla. Ir a la oficina, a la fábrica... todo nuestro modo de vivir es un proceso muy complejo. Y lo que es complejo debe ser abordado con gran simplicidad. Uno ha de ser psicológicamente simple, no estúpidamente simple; ha de ver qué implica la condición de simplicidad. La palabra *inocencia* significa, etimológicamente, no lastimar ni ser lastimado. Pero nosotros somos lastimados desde la infancia por nuestros padres, por los compañeros de estudios, cuando cursamos la universidad, etc.; somos perpetuamente heridos en lo psicológico. Esa herida psicológica, con toda su angustia, la llevamos con nosotros a lo largo de toda la vida. Cuando somos lastimados, existe

siempre el temor de ser lastimados nuevamente; por lo tanto, construimos un muro alrededor de nosotros y resistimos. Pero la simplicidad psicológica consiste en no ser lastimados jamás.

Ahora bien, con esa simplicidad debemos abordar el muy complejo problema de la vida, lo cual constituye el arte de vivir. Todo esto requiere muchísima energía, pasión, y un gran sentido de libertad para observar.

Rajghat, 12 de noviembre de 1984

¿LES GUSTARÍA discutir por qué los seres humanos viven perpetuamente en conflicto y con problemas? ¿Lo han investigado? Sus vidas están en conflicto, ¿no es así? Sean honestos y sencillos por una vez. ¿Qué es el conflicto? Deseos opuestos, requerimientos opuestos, opiniones antagónicas: yo pienso esto y usted piensa eso, mi prejuicio contra su prejuicio, mi guru es mejor que el suyo; más profundamente aún, mi egocentrismo contra su egocentrismo. Está, pues, este proceso contradictorio que se desarrolla dentro de nosotros, el cual constituye la actitud dualista hacia la vida: lo bueno y lo malo. ¿Alguna vez se han preguntado si existe una relación entre lo bueno y lo malo? ¿Es todo esto algo nuevo para ustedes? Hay dualidad, ¿entienden?, odio y no odio.

Tomemos una cosa: la violencia y la no violencia. ¿Hay una relación entre la violencia y un cerebro que no contiene violencia alguna? Si la hay, entonces eso implica una conexión entre ambas. Si existe una relación entre la violencia y aquello que no es violencia, entonces una ha nacido de la otra. Presten atención a esto por un rato. Dos opuestos: violencia... o, si no les gusta la violencia, digamos envidia y no envidia. Si la envidia se relaciona con la no envidia, entonces una nace de la otra.

Miren, si el amor está relacionado con el odio o con los celos —eso es mejor, tomemos un hecho cotidiano

muy común—, si el amor se relaciona con el odio, entonces no es amor, ¿verdad?

Si aquello que es no violento está relacionado con la violencia, sigue formando parte de la violencia. De modo que la violencia es algo por completo diferente de lo que es la no violencia. Si uno ve ese hecho, el conflicto llega a su fin. Miren, si estoy ciego, acepto eso. No puedo estar continuamente luchando, diciendo que debo tener más luz, que debo ver. Estoy ciego. Pero si no lo acepto y digo que tengo que ver, tengo que ver, tengo que ver... entonces hay conflicto. Esto es un hecho muy simple. Acepto que estoy ciego. Con la aceptación del hecho de la ceguera tengo que cultivar los otros sentidos. Puedo sentir lo cerca que estoy de una pared. La acción de ver el hecho de que estoy ciego contiene su propia responsabilidad. Pero si me digo y me repito constantemente que tengo que ver, estoy en conflicto.

Esto es lo que ustedes están haciendo. Si acepto que soy torpe, lo hago porque me comparo con otro que es hábil. Conozco la torpeza sólo a través de la comparación. La veo a ella, que es muy brillante, ingeniosa, inteligente, y veo, comparado con ella, cuán torpe soy. Pero si no comparo, *soy lo que soy.* ¿Correcto? Puedo comenzar, entonces, desde allí; pero si me estoy comparando todo el tiempo con usted, que es brillante, inteligente, bien parecido, capaz y todo eso, estoy en perpetuo conflicto con usted. Pero si acepto lo que soy —soy *esto*—, puedo comenzar a partir de ahí. Por lo tanto, el conflicto existe tan sólo cuando negamos el hecho real de "lo que es". Soy *esto,* pero si todo el tiempo trato de convertirme en *aquello,* estoy en conflicto. Ustedes están así porque todos se ocupan del devenir psicológico. Todos quieren llegar a ser hombres de negocios, o santos, o desean meditar apropiadamente, ¿no es cierto? Por consiguiente, se hallan en conflicto. En vez de comprender el hecho de que soy violento y no apartarse de ese hecho, finjo que no soy violento; y cuando finjo que no soy violento, empieza

el conflicto. ¿Dejarán, pues de fingir, y dirán: "Soy violento, ocupémonos de la violencia"? Cuando tienen un dolor de muelas, acuden al dentista, hacen algo al respecto, ¡pero cuando fingen que no tienen un dolor de muelas...! El conflicto termina, pues, cuando ven las cosas como son y no fingen ni pretenden algo que no es.

Bombay, 7 de febrero de 1985

¿PUEDEN USTEDES mirar algo sin la palabra? ¿Pueden mirar, mientras están sentados aquí, a esta persona que les habla, mirarla sin la palabra, sin la imagen, sin la reputación y toda esa insensatez? ¿Pueden mirarla? La palabra, ¿no es, acaso, el observador? Y el observador, ¿no es el trasfondo de ser un hindú o un musulmán o lo que fuere, con todas las supersticiones, las creencias y las implicaciones de ello? Es la memoria la que hace que el observador parezca diferente de la cosa observada. ¿Puede uno mirar, observar sin el trasfondo, sin los recuerdos del pasado interfiriendo con lo que está siendo observado ahora? Cuando hacen eso, sólo existe lo observado. No hay un observador que observe lo observado.

Cuando hay una diferencia, una división entre el observador o testigo y lo observado, tiene que haber, como dijimos antes, conflicto. Y comprender por qué los seres humanos viven en conflicto desde el instante en que nacen hasta que mueren, es descubrir por qué existe esta división entre el observador y lo observado, o si sólo existe lo observado.

Lo que decimos es que, dondequiera que haya división, tiene que haber conflicto. Es una ley, una ley eterna. Donde hay separación, una división en dos partes, tiene que haber conflicto. Ese conflicto se convierte finalmente

en guerra, en matanza de seres humanos. Como se demuestra actualmente en el mundo en América, en Rusia, en el Líbano, en el mundo islámico y en el no islámico, hay conflicto. Comprender el conflicto y estar libre de él, realmente libre, es comprender por qué el observador llega a ser tan dominante y se separa de la persona o cosa que está siendo observada. Si tengo una esposa o una amiga y la observo, hay entre nosotros una división, una división real y no sólo física, sino una división tradicional; siempre hay una división en nuestras relaciones y, por lo tanto, siempre hay conflicto entre los seres humanos.

Hay muy pocos seres humanos en el mundo que tengan una relación exenta de conflicto, y ese conflicto existe porque hemos creado una separación entre el observador y lo observado. Yo soy diferente de mi ira, de mi envidia, de mi dolor; en consecuencia, siendo diferente, hay conflicto. O sea: "Tengo que liberarme de mi dolor. Dígame cómo superar el dolor. Dígame qué hacer con mi miedo." De modo que hay conflicto todo el tiempo. Pero yo *soy* el dolor. No soy diferente del dolor, de la ira, de mis deseos sexuales, ¿verdad? No soy diferente de la soledad que siento: soy la soledad. Pero nosotros decimos: "Sí, me siento solo, pero debo escapar de la soledad." Por lo tanto, acudo al templo o busco algún entretenimiento. Uno no es diferente de la cualidad que lo caracteriza: esa cualidad *es* uno mismo. Yo *soy* la ira, el dolor, la soledad, el desaliento. Ahora bien, antes, cuando me separaba, actuaba sobre mi dolor. Si me sentía solo, escapaba de la soledad, trataba de superarla o analizarla o llenarla con toda clase de diversiones o actividades religiosas. Pero ahora sé que, si me siento solo, no puedo hacer nada al respecto. Me siento solo, pero esa soledad no es algo diferente de mí: yo mismo soy eso. Antes actuaba sobre eso; ahora no puedo actuar sobre eso, porque yo soy la soledad.

¿Qué ocurre, entonces, cuando el observador es lo observado? Cuando la ira *soy* yo, ¿qué ocurre? ¿Han

investigado esto, o sólo dicen: "Sí, soy el observador y lo observado"? Eso no tiene sentido. Pero investíguenlo y descubran si la ira es diferente de uno. La tradición, el condicionamiento, dice: "Yo soy diferente de mi ira"; por lo tanto, actúo sobre ella. Pero cuando uno comprende que *es* la ira, ¿qué hace, qué ocurre?

En primer lugar, cesa todo conflicto. Todo conflicto llega a su fin cuando uno comprende de veras que es eso. Soy moreno, se acabó. Es un hecho; moreno claro o moreno oscuro, o morado o el color que sea. De ese modo eliminamos por completo este proceso divisivo que genera conflicto dentro de nosotros.

Además, ¿por qué convertimos un hecho en una abstracción? El hecho es que siento ira, estoy celoso, me siento sólo. ¿Por qué convertimos eso en una idea, en una abstracción? ¿Es más fácil hacer una abstracción que afrontar el hecho? Porque puedo jugar con las ideas. Digo: "Sí, ésta es una buena idea, aquélla es una mala idea; convénzame; usted no me convence", y así puedo seguir. Cuando no hay una abstracción, sino que sólo existe el hecho, tengo que habérmelas con él. Pero entonces me separo y digo: "Voy a hacer algo al respecto." Cuando me doy cuenta de que no hay separación —soy eso, soy "lo que es", soy hindú, musulmán, cristiano, soy un hombre de negocios, soy desagradable, soy brutal, soy todo eso—, entonces he eliminado por completo el sentido de división en mí mismo; por consiguiente, el conflicto llega a su fin. ¿Saben ustedes cómo es el cerebro cuando no hay conflicto alguno? Cuando el cerebro se halla en perpetuo conflicto, como sucede con los cerebros de casi todas las personas, ¿qué le ocurre a ese cerebro? Está herido, lastimado.

Probablemente, han vivido durante mucho tiempo con el conflicto, la pena, el dolor y el miedo, y han dicho: "Eso forma parte de mi vida. Lo acepto", y han continuado de ese modo. Jamás han investigado qué le hace el conflicto al cerebro, a la psique de un ser humano. Si uno

es golpeado, bombardeado constantemente por el conflicto, ¿saben qué le pasa al cerebro? Se contrae. Se vuelve muy pequeño, limitado, feo. Eso es lo que nos sucede a todos nosotros. De modo que el hombre muy inteligente se pregunta: "¿Por qué debo vivir en conflicto por el resto de mi vida?" Comienza a investigar qué es el conflicto. El conflicto debe existir cuando hay división, tanto interna como externa. Esta división existe, profunda y fundamentalmente, entre el "yo", el observador, y la cosa observada. Ocurren dos actividades separadas, lo cual no es real, por que yo soy la ira, yo soy la violencia. Si uno llega a ese punto y se da cuenta de que el observador es lo observado, existe una actividad por completo diferente.

Del Diario de Krishnamurti

30 de septiembre de 1961

EL SOL se estaba poniendo tras las colinas de Roma entre grandes nubes coloreadas; eran nubes brillantes, el cielo estaba salpicado de ellas, y toda la Tierra se puso espléndida, aun los postes del telégrafo y las interminables filas de edificios. Estaba oscureciendo temprano y el automóvil se deslizaba velozmente. Las colinas se desvanecían y la campiña se aplanaba. Mirar con el pensamiento y mirar sin el pensamiento son dos cosas diferentes. Mirar con el pensamiento esos árboles al costado de la carretera y los edificios al otro lado de los áridos campos mantiene al cerebro atado a sus propias amarras de tiempo, experiencia, memoria; la maquinaria del pensamiento trabaja incesantemente sin descanso, sin frescor; el cerebro se vuelve torpe, insensible, sin el poder de recuperación. Está perpetuamente respondiendo al reto, y su respuesta es inapropiada, nunca es fresca, nueva. Mirar con el pensamiento mantiene al cerebro en el surco del hábito y el reconocimiento, lo torna cansado y perezoso; vive dentro de las estrechas limitaciones de su propia hechura. Jamás es libre. Esta libertad tiene lugar cuando no es el pensamiento el que mira; mirar sin el pensamiento no significa una observación en blanco, estar ausente, distraído.

Cuando no mira el pensamiento, entonces sólo hay observación, sin el proceso mecánico de reconocer y

comparar, sin justificación ni condena; este ver no fatiga al cerebro, porque han cesado todos los procesos mecánicos del tiempo. Mediante el completo descanso, el cerebro se refresca a fin de responder sin reacción, de vivir sin deterioro, de morir sin la tortura de los problemas. Mirar sin el pensamiento es ver sin la interferencia del tiempo, del conocimiento y del conflicto. Esta libertad para ver no es una reacción; todas las reacciones tienen causas; mirar sin reacción alguna no es indiferencia, ni aislamiento ni insensible separación. Ver sin el mecanismo del pensamiento es el ver total, sin particularización ni división, lo cual no significa que no existan la separación y la desigualdad. El árbol no se transforma en una casa ni la casa en un árbol. Ver sin el pensamiento no adormece el cerebro; por el contrario, éste se halla plenamente despierto, atento, sin fricción ni dolor. La atención sin las fronteras del tiempo es el florecimiento de la meditación.

Fuentes bibliográficas y reconocimientos

Del texto literal de la primera plática pública en Ojai, 27 de mayo de 1945, volumen IV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 Krishnamurti Foundation of America (KFA).

Del texto literal de la cuarta plática pública en Ojai, 17 de junio de 1945, volumen IV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la octava plática pública en Bombay, 7 de marzo de 1948, volumen IV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Bangalore, 11 de julio de 1948, volumen V, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la primera plática pública en Poona, 1° de septiembre de 1948, volumen V, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Bombay, 19 de febrero de 1950, volumen VI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la decimoquinta charla a los estudiantes en la Escuela de Rajghat, Varanasi, 22 de enero de 1954, volumen VIII, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la primera plática pública en Rajghat, 9 de enero de 1955, volumen VIII, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* 1991 KFA.

Del texto literal de la primera plática pública en Ojai, 6 de agosto de 1955, volumen IX, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* 1991 KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Nueva Delhi, 27 de octubre de 1963, volumen XIV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal de la primera plática pública en Madrás, 22 de diciembre de 1965, volumen XVI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal del primer diálogo público en Roma, 31 de marzo de 1966, volumen XVI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal de la primera plática pública en Rajghat, 10 de diciembre de 1967, volumen XVII, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

De la grabación magnetofónica del primer diálogo público en Brockwood Park, 8 de septiembre de 1970, © 1970/1994 Krishnamurti Foundation Trust, Ltd. (KFTL).

De la grabación magnetofónica de la primera plática pública en Brockwood Park, 31 de agosto de 1974, © 1974/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la segunda plática pública en Ojai, 13 de abril de 1975, © 1975/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica del quinto diálogo público en Saanen, 30 de julio de 1978, © 1978/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la tercera plática pública en Bombay, 31 de enero de 1981, © 1981/-1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la segunda plática pública en Ojai, 2 de mayo de 1982, © 1982/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la segunda plática pública en Bombay, 23 de enero de 1983, © 1983/-1994 KFTL.

Del *Último Diario de Krishnamurti,* 31 de marzo de 1983, © 1987 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la tercera sesión de preguntas y respuestas en Saanen, 26 de julio de 1983, © 1983/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la primera plática pública en San Francisco, 5 de mayo de 1984, © 1984/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la segunda plática pública en Rajghat, 12 de noviembre de 1984, © 1984/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la segunda sesión de preguntas y respuestas en Bombay, 7 de febrero de 1985, © 1985/1994 KFTL.

Del *Diario de Krishnamurti*, 30 de septiembre de 1961, © 1976 KFTL.

“Cuando entró en mi habitación, pensé: sin lugar a dudas, el Señor del Amor acaba de hacer su aparición.”

JALIL GIBRÁN

“Una figura religiosa de la más alta distinción. Es el ser humano más maravilloso que haya visto nunca.”

GEORGE BERNARD SHAW

“He aquí un hombre de nuestro tiempo, de quien puede decirse que es un maestro de la realidad.”

HENRY MILLER

En 1982, Krishnamurti preguntaba: “¿Por qué existe esta división entre hombre y hombre, entre raza y raza, cultura contra cultura, una serie de ideologías opuesta a otra? ¿Por qué existe esta separación?”.

Este libro ofrece las más profundas reflexiones de Krishnamurti en relación con la naturaleza del conflicto humano. Estas enseñanzas vitales muestran cómo el origen del conflicto global y de la violencia radica en el disturbio y la confusión individuales. Tal vez nos sorprenda descubrir lo que de algún modo sabemos que es cierto: que “la actividad interna dicta nuestra actividad externa”.

Krishnamurti sugiere que, a fin de liberarnos del conflicto y la contradicción, y, de esta manera, aliviar de la violencia al mundo, debemos afrontar nuestros propios conflictos psicológicos, comprenderlos e ir más allá.

ISBN 84-7640-945-1



4

SOBRE EL CONFLICTO KRISHNAMURTI



EDAF